

168

EL ESPAÑOL

2'50 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 19 - 25 Junio 1955 Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 342

SUN TESTIGO DECLARA ANTE LA HISTORIA

CUARENTA AÑOS ENTRE LOS BASTIDORES DE LA VIDA POLITICA



Confesiones sensacionales de don Juan de la Cierva Peñafiel

CITA DE ALCALDES EN MADRID

I Congreso Iberoamericano de Municipalistas, por Enrique Ruiz García (pág. 55)

Carta del Director para don Juan López López (página 13) * La ofensa viva de Gibraltar (pág. 14) * Todo es naranja en Burriana, por F. Costa Torró, enviado especial (pág. 19) * Misionero seglar, por fray León, obispo de Teruel (pág. 24) * Entrevista con el capitán Palacios, por J. L. Castillo Puche (pág. 25) * Nuestro difícil y hermoso tiempo colonial, por Carlos Rivero (pág. 30) * Evocación del tiempo dorado de la habanera, por Antonio Manuel Campoy (pág. 32) * Entrevista con Carmen Dolores Barbosa, por Ernesto Salcedo (pág. 45) * «Doce años con Hitler», resumen del libro de Otto Dietrich (página 48) * Cómo vive en España la colonia alemana, por Diego Jalón (pág. 51) * «Las llaves del Vaticano» (página 58)

LA CASONA

Novela por Carmen Debén (página 38)

Don Juan de la Cierva y Peñafiel, autor de las sensacionales confesiones que publicamos a partir de la página 3. Arriba: Don Juan de

**Ni droga
NI
MEDICAMENTO**



La "Sal de Fruta" ENO es un producto consagrado por cerca de un siglo de uso en el mundo entero para el mantenimiento de la salud. Aviva cuerpo y mente.

Es una bebida natural, depurativa, tónica y estimulante que iguala la acción de la fruta fresca y madura.



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

UNIVERSALMENTE ESTIMADA

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

UN TESTIGO DECLARA ANTE LA HISTORIA

CUARENTA AÑOS ENTRE LOS BASTIDORES DE LA VIDA POLITICA

CONFESIONES SENSACIONALES DE DON JUAN DE LA CIERVA PEÑAFIEL

En su primera época se ocupó EL ESPAÑOL de algunos de los hechos, que ahora aparecen también relatados en la obra «Notas de mi vida», de don Juan de la Cierva y Peñafiel, publicada estos días por la Editorial Reus. Don Juan de la Cierva, hombre con un acusado sentido de la rectitud y de la eficacia política, siempre leal a la Monarquía y testigo presencial de muchos acontecimientos importantes a lo largo de más de cuarenta años de vida pública, relata gran parte de ellos en sus «Memorias», que hoy conocemos. A continuación reproducimos textualmente una serie de fragmentos de algunos capítulos del libro.

MINISTRO POR PRIMERA VEZ, EN EN EL GABINETE AZCARRAGA

A crisis fué muy difícil y laboriosa. Encargado el general Azcárraga de formar el Gobierno, encontró grandes dificultades para lograrlo. Siempre que en aquellos tiempos se acudió al general, hombre inteligente, caballeroso y bueno, fidelísimo al Rey, se entendía que se trataba de un Gabinete puente, que preparaba otro más definitivo. El Rey tuvo que influir con varias personas para que aceptaran las carteras: el general Villar y Villate, jefe del Cuarto Militar del Monarca, entre otros. Sin decirme nada, el marqués de Pidal, Dato y Silveira, que aun separado de la política era consultado, me indicaron a Azcárraga como ministro de grandes condiciones. Me designó para Gobernación, pero el marqués del Vadillo hizo gestiones eficaces para ocupar esa cartera, y entonces se me designó para la de Instrucción Pública. No sé si Villaverde me indicó también para ministro, pero debo suponerlo porque si bien yo no le seguí en el comienzo de disidencia que esbozó cuando le sustituyó Maura, aunque no acepté puesto en el Gobierno de éste, me conservé su estimación y me la demostró pronto. Cuando fui a saludar a Maura me dijo: —¿Puede usted dudar de que yo le quería preparar para entrar en el Gobierno? Cobian, íntimo del Rey y de su preceptor el conde del Grove, prometió aceptar la cartera de Marina cuando mejorara de una ligera enfermedad que padecía.

Me halagaba ser Ministro en la misma situación conservadora que me otorgó los otros puestos de director y de gobernador que había desempeñado. Ascendía rápidamente, pero quiero hacer constar que mi ambición política no me llevaba a codiciar éste o el otro cargo y a gestionar para conseguirlo. Yo sentía el ansia de trabajar, de emplear mi actividad en la política, pero no elegía el sitio, ni buscaba en las tertulias de los hombres importantes apoyos para mi crecimiento. A todos trataba y todos me consideraban, pero ninguno podía decir que era suyo y lo sería cualquiera que fuese el rumbo que adoptase. Proclamé siempre que yo me presenté a Cánovas, y desde entonces vivía en el tronco del partido conservador, sin coadyuvar a ninguna disidencia que lo quebrantara. Por ser tenaz y consecuente, esos propósitos me han guiado siempre, con los riesgos que más tarde advertí y sufrí. Pero, así he sido, y nadie podrá señalarme un acto de ambición, que me llevara a romper los vínculos que he querido mantener. Tal vez la política española habría ganado bastante si yo me hubiera decidido a romper el cerco que formaron las intrigas que contra mí actuaban, especialmen-



El señor La Cierva, cuando era Ministro de la Guerra, en una visita que hizo a los frentes de la guerra de Africa

te sobre mi venerado e inolvidable amigo don Antonio Maura, y hubiera tomado la dirección personal de partido y Gobierno, que estaban a mi disposición. Pero no he podido vencer los escrúpulos sentimentales que me apartaban de ese camino, y seguí laborando por la unión de fuerzas que estimaba indispensable para la defensa de la Monarquía y de los principios esenciales de la sociedad española.

EN GOBERNACION, CON MAURA

En enero de 1907 se formó el Gabinete Maura y yo ocupé la cartera de Gobernación. Dato había de presidir el Congreso. Era un Gobierno que desde los primeros momentos inspiró gran confianza. Osma, Rodríguez San Pedro, Berádo, Ferrándiz, general Loño, Allendesalazar y marqués de Figueroa. Al día siguiente de jurar, Maura fué a ver a Sánchez de Toca y le ofreció la Alcaldía de Madrid, que había ocupado ya con gran lucimiento. Volvió el presidente disgustado. No había querido aceptarla, y aunque por prudencia no me lo dijo entonces, supe que había tomado como pretexto que no tenía yo altura para ser su jefe. Pretexto, porque a mí me estimaba bastante, y hoy mismo, después de grandes vicisitudes, subsiste nuestra amistad. Es que él aspiraba al puesto que yo tenía, y creyó que Maura había proyectado dárselo. No había tal cosa. Yo creo que Maura no olvidaba lo de Nozaleda, de que antes hablé. Propuse que se nombrara a Dato, que tenía gran popularidad, y cuando pasara a presidir el Congreso pensaríamos lo que había de hacerse. Le encantó la idea, corrí a casa de Dato, estaba en el baño, y allí me dió su aceptación, contentísimo de prestar un buen servicio y de que se frustrara el propósito de Toca, de crear la primera dificultad. El efecto en la opinión fué magnífico.

El gobernador liberal de Valencia era el señor Comenge, amigo de Romanones, a quien sustitui



Grupo de asistentes al banquete del Congreso de Aviación que presidió don Juan de la Cierva y Peñafiel

en Gobernación. Desde este Ministerio se puso en último momento un telegrama que decía: «Camorra». Comenge, a pesar de decirle yo que esperaba a su sucesor, se vino, pero dejó acordada por los gremios la huelga general, para ayudar a los empleados de Consumos, que la habían declarado mucho antes. La coincidencia entre el telegrama que decía Camorra y estos hechos, cada cual podrá comentarla según el juicio que las personas le merezcan. Maura fué a comer a una Embajada. Era el segundo o tercer día de constituirse el Gobierno. Al regresar el presidente a su casa me preguntó si ocurría algo. Le dije que no. Una hora después llamó el secretario del Gobierno de Valencia, en funciones de gobernador interino, y me dijo que a primera hora de la mañana se llamaría la huelga general. Le ordené que se reunieran las autoridades y se declarara el estado de guerra, para que de madrugada se leyeran los bandos. Así se hizo, y los huelguistas se arrepintieron aquel mismo día y no pasó nada. Me habían tomado el pulso y lo encontraron firme. Cuando despertó Maura y leyó la conferencia y los telegramas que le envió, me llamó entusiasmado y me felicitó ardientemente. El hecho de no consultarle siquiera, por no despertarle, la rapidez con que procedí y el éxito fueron convenciéndole de que había acertado al nombrarme.

DESPUES DE LA SEMANA TRAGICA

Debo hacer constar, como antecedente necesario para juzgar este período político de nuestra historia, que Maura, antes de abrirse las Cortes, expuso a S. M. la situación social y política de España, a fin de saber si contaba con el apoyo y confianza del Rey para seguir gobernando con decisión y energía. La contestación fué terminante y absoluta de plena confianza.

Comenzó el ataque contra mí. Lo que había hecho en Barcelona, lo que seguía haciendo servía de base a la ofensiva, y yo expliqué los hechos y nuestros actos. Pocas veces se ha visto una Cámara más profundamente agitada. La mayoría, aun viendo el peligro de morir porque nos arrollaran, estaba hecha un bloque, llena de patriotismo y adhesión al Gobierno que contaba, ciertamente también, con la inmensa mayoría de la opinión española. Habíamos sabido mantener la dignidad del Poder público y gobernar con serenidad y energía.

Los periódicos del Trust publicaron con grandes caracteres telegramas de París dando cuenta de una manifestación de «cien mil» personas contra España y el fusilamiento de Ferrer. De que habían llenado de barro nuestro escudo de la Embajada y de que la efervescencia era muy grande. Nuestro embajador en París calculaba en seis a ocho mil personas las que iban en la manifestación, y la agencia Fabra, que suscribía los telegramas, me enseñó el texto y fijaba el número en unos «diez mil». Hice que me escribieran manifestando que ese era el número que había comunicado a los periódicos y comprobé, además, que ningún otro telegrama habían recibido los del Trust sobre ese asunto.

Con tales datos abordé aquella tarde la cuestión de los malos españoles, que cooperaban a la campaña de difamación con falsedades e insidias, y cité el caso con presentación de los antecedentes y documentos. El efecto fué enorme. Miguel Moya me amenazaba con el Código Penal, gritando que revelar la correspondencia de los periódicos era un delito. Yo le replicaba que tenía derecho a intervenir el telégrafo, y sobre todo le preguntaba si era o no cierto lo que yo había dicho. No me contestaba y seguía gritando; pero quedé acreditado que, contra el buen nombre de España, se empleaba el engaño y la mixtificación.

Leí un periódico inglés que copiaba de otro español la noticia de hallarse atestadas las cárceles y en Fernando Poo deportados muchos cientos de anarquistas y republicanos. El diputado Soriano exclamó: «En Fernando Poo, no». Y tenía razón, porque no se había deportado a nadie. Pero yo dije: —Eso lo ha copiado de «España Nueva», periódico de S. S.—. Y lo leí. El escándalo subió de punto. Por último como se quejaron de que a los periodistas no se les dejara permanecer en Melilla, leí un telegrama que poco más o menos decía: Ministro de la Guerra al comandante general de Melilla. «No consienta V. E. que permanezcan en esa plaza los periodistas corresponsales

de periódicos, que son una lepra capaz de imposibilitar las operaciones militares.» Creyeron por el escándalo que se produjo, que lo había leído yo para que se viera cómo opinaba de la Prensa el ministro de la Guerra, y el general Linares, que estaba en el banco azul, me comenzaba a preguntar qué era aquello. Yo le hice señas para que callara, y seguí: Telegrama del general López Domínguez, ministro de la Guerra (que estaba sentado entre los diputados), al general Margallo el año 1833 en la anterior agitación de Marruecos (publicado en la historia de Ortega Rubio, página 2). López Domínguez, liberal democrata, tenía una gran autoridad y el golpe les descompuso.

Así fui combatiendo a los que atacaban y des haciendo sus planes. No sé si fué en esa ocasión, o en otra posterior, cuando Ventosa, en nombre de la liga regionalista, declaró que el fusilamiento de Ferrer no había impresionado a Barcelona en el sentido de protesta, y que nadie había pensado ni pidió el indulto.

Moret se consideró en el caso de hablar y se quejó de los procedimientos empleados en la prisión. Yo le pregunté si él había pedido el indulto de Ferrer o de algún otro de los ejecutados. No quería contestar y mostró gran enojo. Yo insistí, preguntándole si opinaba que no debíamos haber fusilado a Ferrer, y sin querer contestar se manifestó más enojado. Entonces yo, razonando sobre el sistema que se seguía con nosotros, de atacarnos porque habíamos defendido la tranquilidad de España y respetado la justicia hecha por los Tribunales competentes, le dije que una manifestación anunciada para pocos días después con marcado carácter revolucionario no la consentiría, y al contestar que se celebraría a pesar de todo, dije que la fuerza del Gobierno, en nombre de la ley, sería irresistible. Por último, dije a Moret que nosotros teníamos nuestros modos de gobernar, ajustados a la ley, y los suyos conducían directamente al 31 de mayo de 1906 (atentado contra los Reyes). Escribo como repetidamente he dicho, sin archivo y sin notas, pero el espíritu y las frases principales corresponden a lo que consta en el «Diario de las Sesiones».

LA CRISIS DE OCTUBRE DE 1909

Herido Moret en lo más sensible de su vida de gobernante, la responsabilidad por no haber sabido prever ni evitar el terrible crimen saltó girado y declaró que rompía toda relación con el Gobierno. Se levantaron los liberales y Canalejas, Romanones y Gasset notificaron al presidente de la Cámara, Dato, que no nos darían beligerancia y se opondrían a todo proyecto. El general Luque decía: «Me falta un canto de duro para ser republicano». Frase que me parece repitieron otros personajes. La mayoría se desbordó en aplausos y así terminaron las tres sesiones, me parece que se celebraron hasta el 19 de octubre. Hablé con Maura y le dije: Hay que evitar la crisis, porque España necesita a este Gobierno. Yo saldré y si quiere usted ire de gobernador a Barcelona o a ninguna parte. Maura, que me había felicitado efusivamente, me dijo que me fuera al Ministerio y no me ocupara más de ese asunto. Luego supe que había dado a Dato el encargo de visitar a Moret y decirle que aprobaran los créditos para Melilla y se cerrarían las Cortes. Dato volvió con la negativa absoluta de Moret. Es de advertir que, aunque Moret dijo en el Parlamento que era cierta su contestación, particularmente manifestó varias veces que no se negó a aprobar los créditos. En aquellas horas circuló por todos los centros políticos que se formaría un Gobierno Dato, al que Moret patrocinaba. La verdad sólo ellos la sabían. Lo cierto es, que fuimos citados por Maura los ministros para las siete de la mañana del día siguiente. Teníamos ese día Consejo con S. M. Reunidos a la hora dicha, Maura nos leyó la nota que se proponía entregar al Rey explicando la dimisión del Gabinete por la negativa de los liberales a votar los créditos para las operaciones militares. Yo repetí al Consejo lo que había dicho a don Antonio, porque en materia alguna se debía abandonar el Poder por intrigas y falta de patriotismo de los liberales en momentos tan graves como aquellos. Lo mismo dijo Rodríguez San Pedro. Los demás dejaron en libertad al presidente, pero no sé si inclinándose todos o algunos a la opinión de don Faustino. Besada opinó que se debía dimitir, que

la tensión política era muy grande, que su proyecto de nuevos ingresos era impopular y que era preferible que los liberales se hicieran cargo del Poder.

Don Antonio había pedido su coche, que era de caballos. Hizo que nos sirvieran el desayuno y salió para Palacio. Suponíamos, que tardaría bastante y discurríamos sobre la actitud del Rey. A muy poco de tomar el chocolate, y no sé si tomándolo todavía, se abrió la puerta del despacho y apareció el presidente muy pálido. No comprendíamos cómo en coche de caballos había tenido tiempo de ir, hablar con el Rey y volver. No nos saludó siquiera; cayó como desplomado en un sillón de la biblioteca y rompió a llorar. Era la primera vez que veía llorar a don Antonio. Se serenó, pidió excusas por su flaqueza y nos dijo: —Llegué a Palacio y el Rey me dijo: No esperaba yo menos de su patriotismo. ¡Qué gran servicio presta usted a la Monarquía! Me dió un abrazo y salió.

No recuerdo momento más solemne y dramático. ¡Ni el más ligero intento de evitar la crisis de un Gobierno que había dignificado el Poder, que no había sentido temor ante la formidable amenaza del anarquismo universal, que había hecho la inmensa labor que nadie ha superado luego! Maura, en aquellos tres años, representa un alto en el camino de nuestra decadencia nacional. Su mano vigorosa detuvo la caída, pero la falta de apoyo donde era más necesario, porque de la opinión pública lo tenía, paralizó y anuló el esfuerzo. Se desvió otra vez la política del camino de la salud y del progreso. Moret subía las escaleras de Palacio muy poco tiempo después de salir Maura, el gran ciudadano, con la angustia de quien comprende que estorba para que pudiera un hombre político del corte de Moret rectificar cuanto se había hecho. Y en efecto, pocos días después estrechaba efusivamente en su despacho de Gobernación las dos manos de Soledad Villafranca.

Ya no quise dar posesión a Moret que con la presidencia se encargó de Gobernación, y el 20 de octubre de 1903 fué la primera noche que busque temprano el sueño después de tanto tiempo de lograrlo tarde y levantarme muy temprano.

LA ESCISION DEL PARTIDO CONSERVADOR

Moret, embriagado por su triunfo político no quiso que de él participaran ni García Prieto ni Romanones, y los excluyó del Gobierno. Pero no midió bien sus fuerzas en relación con las de esos dos amigos suyos. El Rey invitó a una cacería en Aranjuez (me parece) a Maura. De ella se habló mucho, y con razón porque don Antonio explicó al Rey los peligros de la política que Moret estaba desarrollando, contraria en absoluto a la anterior, y en beneficio de los elementos extremistas que tomaron como bandera el ferrerismo. Ello es que algún tiempo, poco, después, Romanones y García Prieto visitaron al Rey y le dijeron que los comités liberales de Madrid exigían que el Gobierno cambiara de política. Esos comités eran una ficción que mantenía Brocas, secretario de Romanones, amigo suyo de la infancia, y vivo y listo como él, que sabía armar los tinglados fantasmas, útiles para las intrigas y maniobras a que se dedicaba con verdadera afición Romanones, a veces con resultados trágicos para España, como los de 1931.

Al día siguiente, un anarquista, vigilado en Burdeos, pero que de allí se escapó, asesinó al gran Canalejas, parado ante una librería de la Puerta del Sol. Me enteré en el Tribunal Supremo, corrí a Gobernación a orar ante el cadáver y fui luego a casa de Maura, que me había hecho llamar. Estaba reunido con varios ex ministros. Pensaron, con razón, que el Rey pediría consejo y querría encargar a Maura la formación del nuevo Gobierno. Todos, menos yo, opinaron que el crimen no podía alterar el rumbo normal de la política. Yo dije que la sucesión de Canalejas daría lugar a cuestiones y disputas que no permitirían gobernar, y que tal vez para el partido conservador constituiría una seria dificultad. La opinión general prevaleció y se le expuso al Rey, que encargo de formar Gobierno a Romanones. Pero yo no me había engañado y los hechos posteriores lo demostraron.

Pocos días después visité a S. M. y éste me dijo que estaba deseoso de verme para referirme lo que le pasó con Canalejas el día mismo de su traición



Don Juan de la Cierva con su esposa, sus hijos Juan y Ricardo y las esposas de éstos, María Luisa y María Antonia

muerte. Vino, me refirió, a despauchar y yo, que había leído lo que tú contestaste a Alborno, con motivo de lo acontecido en Murcia, le dije que me parecían muy acertadas y oportunas tus manifestaciones. Canalejas me dijo que, en efecto, eran gallardas, pero que podían costarme caras, porque tú estabas muy amenazado, y cualquier día podían atacar contra ti. Yo le contesté que no creía sucediera tal cosa. Figúrate —agregó— la impresión que me produciría la noticia telefónica, recibida una o dos horas después, de que habían asesinado al Presidente. Salí para Gobernación, donde estaba el cadáver, y en el camino se mezclaba tu nombre con la pobre víctima, que había visto el peligro tuyo y no vió, desgraciadamente, el suyo. Entonces yo referí a S. M. lo que Romeo me había contado de la noche anterior. La idea fija en aquellos últimos días del gran hombre de Estado, era el peligro que yo podía correr. Sin duda tenía noticias de ello. Un desconocido me buscó en el Tribunal Supremo, cuando yo informaba, y quiso cerciorarse y conocerme bien. Aquella u otra tarde, al doblar la calle inmediata a la de mi casa, se lanzó sobre el coche, La Policía le detuvo y le quitó el arma que llevaba.

Todas estas cosas, desagradables influan sin duda en el ánimo de varios hombres políticos. Algún incidente había acentuado las discrepancias internas del partido conservador, a las que me referí anteriormente. Recuerdo que Sánchez Guerra, a quien solía yo llevar en mi coche a su casa, próxima a la mía, me dijo una noche, antes de separarnos:

—El caso es que usted hace los discursos enérgicos y Maura sufre los atentados.

Pené que se refería al último atentado de Barcelona. Le contesté que, precisamente siendo yo ministro no habían sufrido, ni el Rey ni Maura, ninguna agresión. Pero me impresionó lo que me había dicho, porque dibujaba bien la idea de que era mejor una política suave que la que yo podía representar. Luego se vió que la falta de unidad de criterio era bastante extensa. Maura, llamado por el Rey, entendió que entonces no debía gobernar —como se le ofreció el poder habría que saberlo para juzgar— y Dato fué encargado de formar Gobierno. Sánchez Guerra y otros le siguieron. Que iba escindiendo definitivamente el partido conservador. Su tendencia la acreditaron estas palabras de Dato al salir de Palacio con el encargo dicho:

—Señor Presidente, ¿va usted a visitar a Cierva? —le preguntaron los periodistas.

Y contestó:

—No; no he pensado en visitarle.

Y estas otras: Dato fué a ver al marqués de Fidal, y éste le hizo la misma pregunta que los periodistas le habían hecho, y contestó:

—No; Cierva es cosa muy distinta de nosotros, los que vamos a formar Gobierno.

Maura me consultó, y yo le dije que el hecho era deplorable, que el Rey había sido sugestionado por los que preferían una política blanda y contempo-

rizadora, que a Dato le apoyaban los elementos liberales, por ser más adaptable a sus ideas y prácticas de Gobierno, y porque así debilitaban al partido conservador; pero, que no podíamos ni debíamos combatirlo, sino más bien esperar a que las realidades de la vida social y política convencieran a los que se separaban del tronco conservador, y volviera la unión a reconstituir las fuerzas que, sin duda, representaban a la inmensa mayoría de la opinión española.

EN GUERRA (1917)

Luego tocó el turno de formar a García Prieto. También éste me anunció su visita. Vino por la tarde y me dijo que ya lo tenía casi constituido, y me rogaba que yo fuera a Guerra. Le dije que en un Gobierno heterogéneo como el que me anunciaba: Ventosa, en Hacienda; Rodés, en Instrucción; Amalio Gimeno, en Marina; Alcalá Zamora, en Fomento; Gobernación, vizconde de Matamala; Estado, Fernández Prida, y Gracia y Justicia, el mismo García Prieto (¿), no podríamos acometer la gran empresa que la actitud del Ejército demandaba. Insistió mucho y me dijo que hasta las nueve de la noche esperaba la contestación, pero advirtiéndome que declinaría el encargo si llegaba esa hora y yo no aceptaba. En el acto me fui a ver a don Antonio, y allí, entre los dos, redactamos la carta, reiterando, con toda clase de miramientos, mi negativa, por entender que era preciso constituir un Gobierno muy fuerte por su homogeneidad. Maura opinaba entonces como yo, aunque tal vez él se propusiera formar el suyo, prescindiendo bastante de esa condición.

Poco después de las nueve recibí aquella noche aviso de Palacio para que fuera a ver, al Rey a las once, y así lo ofrecí. Lo hice saber a Maura. Poco después llamaron por teléfono y pidieron que recibiera a una comisión militar que necesitaba verme. Les dije que no podía, porque tenía que salir. Insistieron diciendo que sabían mi próximo visita a Palacio y precisamente por eso deseaban verme antes. Les dije que vinieran y lo hicieron en el acto. Me expusieron la difícil y peligrosa situación de las cosas. El Ejército, aunque unido momentáneamente, se hallaba separado de los generales, y los sargentos daban muestras de querer organizarse independientemente de los jefes y oficiales, constituyendo también Juntas de defensa. Era, pues, una gran fuerza desmandada, que podía dar al traste con la disciplina y con el Estado mismo, provocando una revolución que constituiría serio peligro para España entera. Que había hombres políticos que acechaban y querían aprovechar el movimiento, por ello no tenían confianza más que en mí, por mi carácter, mis actos de gobierno, sobre todo en Gobernación y en la semana sangrienta de Barcelona. Que ellos mismos deseaban que alguien con energía y lealtad les hiciera volver a la disciplina, dando al Ejército las reformas indispensables y el espíritu de justicia y rectitud que necesitaba, apartándole de los censurables ejemplos de los últimos años. Que estarían a mi lado y me apoyarían frente a toda maniobra política que se dirigiera contra mí. Y que sabían mi negativa a entrar en Guerra y querían rogar-me que no insistiera en ella ante el Rey, que me había llamado para convencerme. Yo les di gracias por la simpatía y confianza que inspiraba al Ejército, pero no podía comprometerme a nada hasta que conferenciara con el Rey. Insistieron en que aceptara y así nos separamos. Desde las once hasta la una estuve con el Rey. Yo le dije que con Maura iría a Guerra, pero con el Gobierno que proyectaba García Prieto creía en un fracaso completo. Dimos cada cual nuestras razones, y al final me dijo S. M. que él no tenía ya otra solución de Gobierno, y se vería obligado, de no poder formarlo, a abandonar el Trono. Entonces yo dije al Rey que me tenía a su disposición, y lo único que le pedía es que me permitiera dar una nota a la Prensa, haciendo constar que S. M. me había ordenado, como monárquico, que aceptara el cargo, y yo ante su mandato había obedecido. Me autorizó, y así lo consigné en la nota que fué publicada al día siguiente.

TRAIA UNA IDEA QUE NO SE ATREVIO A COMUNICARME

Mientras se tramitaba, el Rey me pidió que disolviera las Juntas militares. Yo le contesté que un ministro dimisionario no podía hacer eso, que además era innecesario, porque conmigo no funcionaban, pero que hablaría con las principales. Así lo hice, les exhorté a que se declarasen disuel-

tas, y me contestaron que de hecho lo estaban, pero sin la seguridad de que yo siguiera de ministro de la Guerra bastante tiempo, no lo debían hacer, porque nadie podía leer en el porvenir, ni saber si tendrían que volver a actuar las Juntas. No lo dije, pero comprendía que en aquel momento y desde su punto de vista tenían razón, porque el gran servicio que estaba en aquellos momentos prestando el Ejército, ni lo estimaban ni lo agradecían los que sólo pensaban en suprimir la dificultad, aun a costa de entregar algo que por esencial no puede sacrificarse a nadie, ni a ningún egoísmo. Me preguntó el Rey y yo le dije que debía llamar a Maura, y con tal motivo le recordé mis escrúpulos al entrar en el Gabinete García Prieto.

Estaba yo en el Ministerio, acompañado de muchos militares y hombres políticos, ensayando el alumbrado de los salones, cuando me anunciaron que el Rey había encargado a Maura la formación de Gobierno, y tan seguro estaba de que don Antonio no transgiría con los funcionarios en huelga, que dije a los que me acompañaban: «Creo que seguiré en Guerra.» Desde Palacio vino a verme. Le veía yo subir en el rápido coche las pendientes del jardín de Buenavista y pensaba que llegaba el amigo fiel. Me pidió explicaciones de cuanto ocurría y, poco a poco, fui advirtiendo síntomas de que no me hablaba con claridad. Le conocía tanto, y estaba tan acostumbrado a que nunca fingiera ni disimulara nada conmigo, que el rubor y la preocupación que percibía en él me hicieron sospechosa su actitud. Dijo que a la mañana siguiente hablaría con el Rey y volvería a verme. Yo tenía ya recogidos mis papeles, pero di orden de tenerlos dispuestos para que por la mañana salieran. A mi mujer le dije: «Maura traía una idea que no se ha atrevido a comunicarme.»

Al día siguiente me dijo Maura:

—Elija usted la cartera que usted quiera en el nuevo Gobierno, con excepción de la de Guerra.

—¿Cómo, don Antonio, usted que me conoce tanto supone que yo aceptaré salir de aquí e ir a otro Ministerio? —contesté.

—No puede ser otra cosa replicó con amargura.

—Bien, don Antonio, que Dios le dé a usted suerte en el nuevo Gobierno.

Maura exclamó: «¡Maldita política!» Y por segunda vez le vi llorar.

EN FOMENTO: 1921

Las vicisitudes de la política y la trágica muerte de Dato, no permitieron que formáramos parte de un mismo Gobierno. Amistad y lucha alteraron en nuestras relaciones políticas, pero me quedó la satisfacción de que en los últimos días de la vida de Dato, le facilité su camino y me propuse ayudarle a resolver grandes problemas que exigían solución inmediata. Maura fué encargado por el Rey de constituir el nuevo Gobierno. Quiso formarlo con Cambó, Mella, Romanones y yo. Parece que también tuvo propósito de nombrar a Ossorio, pero desistió sin que yo hiciera la menor oposición. Con otras personas deseaba contar, que no aceptaron. Delante de los reunidos yo le dije que ese Gobierno no era, por heterogéneo, viable. Insistió y le dije: Una vez más le rindo mi voluntad, pero no mi inteligencia, porque de ésta no dispongo como de aquélla. Pero el Gobierno fracasó y no pudo constituirse. Los conservadores de Dato se opusieron, y como habían hecho las últimas elecciones, sin ellos no se podía gobernar. Retirado Maura, se encargó a Allendesalazar. Me visitó éste y me explicó que entrara yo. No pude negarme, porque de lo contrario el problema de constituir Gobierno habría sido insoluble. Eligió la cartera de Fomento, porque debía responder a mis campañas ferroviarias.

ANUAL

Poco después de producirse el desastre me dijo el Rey que se proponía llamar a Maura, que estaba veraneando, para que formara Gobierno y pasara yo a Guerra. Me puse a las órdenes de Su Majestad. Me habló don Antonio, a quien no había visto desde la discusión sobre ferrocarriles, y le expliqué cuanto había ocurrido. El nuevo Gobierno, presidido por Maura, se formó: Hacienda, Cambó; Estado, González Hontoria; Instrucción, Silló; Trabajo, Matos; Guerra, yo; Gobernación, conde de Coello de Portugal; Marina, Cortina (liberal); Gracia y Justicia, Franco Rodríguez (liberal). Y Fomento, Maestre.

Otro verano agitadísimo como el de 1909, y otra

vez llamado a gobernar cuando la gravedad de las circunstancias políticas lo exigía, como en 1917, como en 1919, como en 1920 y ahora en 1921: Todavía me quedaba la última etapa, más dolorosa que ninguna, la de 1931. En ninguno de esos Gobiernos entré llamado por mi significación política de partido, en vida normal y tranquila del país. Siempre lo fui en momentos graves y difíciles. Y en tiempos meros accidentados, aunque no del todo tranquilos, salí violentamente, como en 1905, de Instrucción Pública, y en 1909, de Gobernación.

No he vuelto a hablar de política con Maura. Esa crisis me pareció impropia de un hombre de su altura y de su patriotismo. ¿Cómo se prestó otra vez, después de lo de 1918, a prepararla a espaldas mías? ¿Qué le importaban a él los liberales frente al problema de Marruecos? Debía saber que nuestra obra se malograría y prever que, más o menos tarde, por imperiosas necesidades nacionales, habríamos de conquistar el Rif, y entonces no tendríamos un Ejército tan numeroso y aguerrido, o habríamos de formarlo con nuevo dispendio y Dios sabe en qué circunstancias. Todavía pudo ver don Antonio, en los años que vivió, la desastrosa política que siguieron Sánchez Guerra y García Prieto en África, y la fuerza y aun prestigio guerrero que adquirió Abd-el-Krim, venciendo a los franceses y cogiendo cañones y ametralladoras en gran número e inmensas provisiones de guerra. ¿Qué pensaría aquel gran español antes estos hechos, recordando mis protestas en la inusitada crisis? Claro es que ésta, como en 1931 el final de la Monarquía, se produjo sin percibirlo yo, porque nunca intervine en ninguna clase de intrigas, y no podía suponer a don Antonio, por sugestionado que estuviese, capaz de adoptar ese procedimiento para evitar la defensa que yo pudiera hacer ante el Rey, de los sagrados intereses que entraban en juego, poniéndome frente al hecho consumado. Tampoco en 1931 pude creer que mis compañeros y el Rey, tramitaran a espaldas mías la entrega de la Monarquía a unos revolucionarios, aventureros de fortuna. Tal vez tuviera razón el Soberano, cuando en esos últimos y tristes momentos para la Patria me dijera «que no vea más allá de mis narices» y por esa miopía política no percibiera los movimientos cautelosos que se desenvolvían, sin que nadie me les consultara o denunciara.

EL GOBIERNO AZNAR

El general Berenguer me citó para aquella noche en el Ministerio de la Guerra. Allí concurrían Romanones, Bugallal, Alhucemas, Gabriel Maura, Wais, Bertrán y Musitu (en nombre de Cambó, e -fermo) y yo. Se había dado aviso al señor Sánchez Guerra y hecho luego gestiones, en nombre de todos, para que asistiera a la reunión. Se excusó manifestando que no se hallaba en condiciones de cooperar a una gestión de gobierno.

Berenguer manifestó que S. M. deseaba que de aquella reunión saliera formado el nuevo Gobierno. Bertrán y Musitu dijo que tenía instrucciones precisas de Cambó, y las leyó. Pidió que, ante todo, nos pusieramos de acuerdo sobre tres problemas para ellos capitales: primero, el de Cataluña; segundo, la estabilización de nuestra moneda; tercero, el carácter de las Cortes, que habían de convocarse. Si no llegábamos a un acuerdo, los que entonces se llamaban regionalistas (Liga regionalista) no formarían parte del Gobierno.

La mayoría de los que estábamos reunidos estimábamos importantísimos tales problemas; pero resolverlos en aquellos momentos, apremiantes y difíciles, nos parecía expuesto al choque y a la discrepancia, o a convenir bajo tal presión en cosas opuestas al interés nacional. Verdad es que lo referente al de Cataluña venía siendo objeto de estudios, negociaciones y proyectos que permitirían a cada cual fijar su actitud. Se pedía en las notas de Cambó un programa mínimo, con propósito de intentar ampliarlo cuando el Gobierno pudiera ocuparse en su redacción. Yo había pertenecido a la Comisión extraparlamentaria que designó el conde de Romanones, cuando era presidente del Consejo, y a base de sus acuerdos se redactó un proyecto que fué presentado a las Cortes. Se concedía amplia autonomía administrativa, no política, a Cataluña. No se llegó a discutir ese proyecto. En suma, después de amplia deliberación, en la cual se advertía el recelo de Bertrán y Musitu de que a algunos nos resultara violento adoptar, desde luego, un programa que Maura (don

Antonio) opinaba—se lo dijo yo mismo—que habría que pensar mucho antes de aceptarlo, por lo que el tiempo había enseñado; venciendo las repugnancias que algunos sentíamos y la natural resistencia a aceptar las condiciones que los catalanes nos imponían, para prestar su colaboración, admitimos ese programa.

Pasamos luego a la constitución del Gobierno. Se propuso para la Presidencia a Berenguer. Este se resistió, y salió el nombre del almirante Aznar, que Romanones patrocinaba. Se dejó para que el Rey hiciera la designación, pero se sabía que Romanones le había llamado con urgencia, y vino, algunos días antes, en automóvil desde Cartagena.

Berenguer dijo: «Para Gobierno es necesario un hombre «joven» y de gran resistencia pues mi experiencia política aconseja que se lo prevenga a ustedes.» Bien sabía yo que la clave y garantía de la acertada gestión de aquel Gobierno radicaría en ese Ministerio; pero la iniciativa que había tenido para que se constituyera me obligaba a no manifestar deseos de ocupar ninguno especialmente, cosa esta última que hice presente a los demás. Se buscó el ministro de la Gobernación, pero nadie me aludió. Era difícil encontrarlo, y Berenguer repitió: «Insisto, señores, en que debe ser joven, y...» Comprendí se temía que alguien o yo mismo insinuara mi nombre, y dije: «No insista usted, mi general, pues ya sabemos que los viejos estamos excluidos.» Y el silencio de todos lo confirmó. Dijo el duque de Maura:

—Usted, don Juan, debe ir a Fomento.

—Bien—contesté—. Creo que allí hay alguna dificultad con los ferroviarios (hecho público y notorio para todos y para mí).

—Sí, pero usted lo resolverá sin gran esfuerzo.

—Aceptado—dije—. Y usted, ¿qué puesto desea?

—Yo, Estado.

ROMANONES.—Yo voy a Estado o a mi casa.

MAURA.—Pues iré a Gracia y Justicia.

ALHUCEMAS.—Yo voy a esa cartera o a ninguna.

BUGALLAL.—De suerte que yo he de ir a Economía?

Y así se acordó. Maura tuvo que aceptar la de Trabajo. Para Hacienda se designó a Ventosa, y para Instrucción Pública, a Gasón y Marín. Para Marina se propuso a Rivera y Berenguer, si no presidía, quedaría en Guerra.

Pero el de Gobernación no se encontraba. Por fin sonó un nombre, pronunciado por Wais o por Maura: el marqués de Hoyos. Se vio que parecía bien a casi todos..., y al disolver inmediatamente la reunión pudimos advertir que entre la muche-



Una curiosa fotografía de don Juan de la Cierva y Peñafiel, antes de emprender un vuelo

dumbre que se congregó en los salones de Guerra esperaba, en aquella hora muy avanzada de la noche, el señor marqués de Hoyos.

LAS DOS FORMULAS DE VENTOSA

Fueron numerosas las felicitaciones que recibí en aquellos primeros días por mis gestiones para constituir el Gobierno. Muchos suponían que había salvado a España de un gravísimo peligro. Tormo me dijo personalmente: «No sabe usted bien hasta qué punto ha salvado usted a España y a la Monarquía.» La intimidad de Tormo con el duque de Alba y de éste con el Rey me hicieron suponer que habían apreciado algún estado de espíritu, o conocido hechos que les permitían ver entonces las consecuencias naturales de la política que se venía haciendo desde la caída de la Dictadura y el arraigo que en el ánimo del Rey tenía la inclinación brusca hacia a izquierda, aun después de la frialdad de don Santiago Alba que bien pudiera calificarse de desdenosa, pero que yo creo era simplemente de cautela. Próximas las elecciones decía Alba a unos amigos: «He venido a España para sumergir los pies en el agua y conocer así la temperatura revolucionaria. No hay peligro. Los chapuzos de revuelta no significan nada para quien en el extranjero está acostumbrado a otros más graves, que no tienen grandes consecuencias para la política.»

En el primer Consejo de Ministros se redactó la declaración ministerial exponiendo el programa. Ventosa traía un proyecto. Se había adelantado a los demás, aunque Cambó y Maura intervinieron en la redacción. Aparte el orden público, inflexiblemente guardado, las elecciones municipales, que habían de ser las primeras, y, en plazo muy breve después, las provinciales y de diputados a Cortes, se abordaba el problema catalán. Como de costumbre en los regionalistas, Ventosa deslizaba frases que dejaban en el equivoco el carácter administrativo o político de la autonomía. Me opuse a ello y se secundaron algunos ministros. Ventosa dobló la hoja que había leído y dijo: «En previsión de que no se aceptara esta fórmula, aquí traigo otra.» Y la leyó. Era más atenuada, y con algunas rectificaciones la aceptamos. Lo consigno para que se vea con cuánta razón muchos hemos temido que en ese gran problema de la unidad de España, los catalanes, que se presentan como los más moderados, no señalan nunca con sinceridad y convección el límite de las aspiraciones regionales, sino que ganan las etapas posibles en el camino del fin verdadero, que unos, como Maciá, proclaman abiertamente y hasta han querido recorrerlo con la fuerza, y otros usan mejores y más suaves palabras, aunque en el fondo tienen las mismas aspiraciones.

Se redactaron los párrafos referentes a la convocatoria de elecciones a Cortes y estabilización de la moneda, en relación con lo acordado anteriormente.

CAMBÓ, EN EL RITZ

Cuando ya estábamos ocupándonos en estudiar y resolver los graves asuntos que reclamaban nuestra atención, Cambó, que había convertido en centro político el hotel Ritz, anunció la constitución del partido del Centro con marcada orientación regionalista. La Lliga quedaba en Cataluña con su organización independiente, aunque relacionada, en lo posible, con el nuevo partido nacional regionalista que se creaba. En las próximas elecciones había de intervenir el nuevo partido, con decisión entusiasta. Ventosa, Maura, Gicoechea, Silió, Montes Jovellar y algunos otros, con Cambó como jefe y un Directorio para organizar y encauzar las fuerzas, constituían el núcleo del partido. Comenzaron inmediatamente sus trabajos.

No necesito decir el efecto político de tan importante acto. A base de las fuerzas conservadoras del país se constituía un nuevo partido prescindiendo en absoluto de Bugallá y de mí. Nuestra inicial exclusión al formarse el Gobierno Berenguer se acentuaba ahora. Las viejas fuerzas conservadoras, más o menos divididas pero siempre en posibilidad de atraer a otras muchas coincidentes con su historia, con su tradición y su doctrina, quedaban apartadas del nuevo grupo, nacido con todas las asistencias e inclinaciones del Monarca a caer la Dictadura. La jefatura de Cambó, efectiva desde entonces, condicionada en su actividad política por la penosa enfermedad que aquél sufría, quedaba reforzada y los demás grupos, precisamente cuando tenían representación en el Gobierno y habían contribuido tanto a su for-

mación, acogida con gran simpatía por el país, que en él veía garantía para sus intereses vitales; esos grupos, digo, quedaban excluidos del movimiento iniciado y amparado desde Palacio. El plan de remozamiento político habría, sin duda, de completarse con la proclamación para la jefatura liberal de don Santiago Alba, cosa que veían claramente Alhucemas y Romanones, dedicados, cada cual con su temperamento, a suavizar las relaciones con el ex desterrado en París, fuerte y esperanzado luego, por la paz con Cambó, su antes mortal enemigo, y las entrevistas solicitadas por el Rey, con su flexibilidad y diplomacia habituales.

Quiero hacer constar ahora que durante el poco tiempo que fui ministro en ese Gobierno, ni una vez siquiera hablé a solas con el Rey. Despachaba yo a la vez que el duque de Maura, y nunca pude sondear bien el ánimo de Su Majestad. Sabía por Romanones que estaba convencido de la necesidad de las elecciones y que Mac Donald, primer ministro inglés, le había aconsejado en Londres que se convocaran inmediatamente las elecciones, pues de lo contrario lo consideraba perdido. Si a esto se agrega cuanto se desprende de lo que llevo escrito, fácil es comprender la inquietud del Monarca en los días inmediatos a la elección de consejeros, aunque yo no pude pensar que se les diera el carácter de plebiscito, y, aun así, era seguro el triunfo numérico general. Confieso, por ello, que, aun preocupándome el resultado, nunca creí que pudiera tener verdadera trascendencia política.

LAS ELECCIONES

Llegó el día de la elección. De alguna provincia, como la de Murcia, recibí noticias de violencia por parte de los republicanos, y de extrañas combinaciones de algunos elementos políticos de Cartagena afectos a la Dictadura, que debieran ser opuestos por completo a los revolucionarios; pero no temí que ello tuviera consecuencias importantes.

A las cuatro de la tarde, hora en que comenzaba el escrutinio, fui a Gobernación. En la Puerta del Sol vi ya mucha gente y tendencia al alboroto. Encontré al marqués de Hoyos satisfechísimo. Casi todas las noticias que llegaban de provincias eran de triunfo. En Madrid, o se ganaba por dos o tres puestos o se empataba la elección. En Barcelona estaba Ventosa, y le acababa de decir por teléfono que la Lliga iba en primer lugar. Luego afirmaron que el Sindicato Unico, que se había nutrido con la mayor parte de los elementos obreros de Barcelona, no recibió de Moscú la orden de votar hasta media mañana y entonces, lanzó sus enormes fuerzas a la contienda y dió el triunfo a Maciá. Ellos, los catalanes, sabrán lo que hay de cierto en esa manifestación.

De Sevilla, de Valencia, de Murcia, de Cádiz y de otras varias las noticias eran también buenas. Yo le dije que me sorprendían tales noticias, llegadas antes de las cuatro, que es cuando comenzarían a escrutarse los votos; pero él afirmó que le parecían seguros y ciertos los cálculos. Sanjurjo estaba allí, o vino pronto. Fueron llegando el Presidente del Consejo y varios ministros. Romanones llegó de los últimos. Guerra y Marina no fueron. Las últimas noticias comenzaron a venir. El triunfo republicano socialista en Madrid y muchas capitales era cierto. Como es natural, la impresión en nosotros fué desagradable y penosa. Cuando comentábamos el triste suceso, llegó el duque de Maura. «Un desastre», le dijimos. Y el duque textualmente contestó: «¿Pero les ha sorprendido a ustedes? Todavía pudo ser mayor. Lo había dicho yo hace tiempo.» «¿Cómo, duque —le dije—, si lo sabía, por qué no nos lo advirtió para poner remedio, y si no lo tenía, para preparar el ánimo y adoptar algunas determinaciones?» «Yo —insistió— lo había previsto.» Estas manifestaciones produjeron en todos la consiguiente impresión.

Del pesimismo del duque de Maura dan idea sus manifestaciones al señor Colom Cardani, subsecretario de Trabajo, cuando le dió posesión: «He tenido mucho gusto en nombrarle, aunque tal vez éste sea el último Gobierno de la Monarquía.» Tan sorprendente manifestación la he conocido después de cumplirse el triste vaticinio.

Asimismo he sabido, por personas que lo oyeron, que el lunes 13 de abril, en el entierro de la condesa de Peña Ramiro, el duque de Maura manifestó sin rebozo que le parecía ilegítima la Monarquía después de las elecciones del 12, y que había crisis de Monarquía y de Gobierno.

Seguían llegando noticias, y por ellas se confirmaba que, salvo las capitales de importancia, en los pueblos el triunfo era seguro. Resultaron luego, el

definitiva, 15.000 monárquicos por 5.000 republicanos. Datos aproximados, pero siempre en esa proporción.

Era un tropiezo para el Gobierno, del que sacarian gran partido los enemigos de la Monarquía, pero confieso que ni un momento creí que pudiera entenderse como expresión de la mayoría de la opinión española. Se acordó: 1.º Declarar desde luego que el triunfo era monárquico. 2.º Que no se consintieran manifestaciones perturbadoras, para lo cual el ministro de la Gobernación habría de adoptar las medidas necesarias y comunicar instrucciones a los gobernadores. 3.º Que no se reuniera el Consejo de Ministros hasta el martes por la tarde para dar sensación de tranquilidad y seguridad en el Gobierno.

Así nos separamos. Como alguien hablara de que la excitación electoral pudiera lanzar a la revuelta a los socialistas y sindicalistas, dije yo a Sanjurjo: «No creo, mi general, que eso suceda y sería muy triste que me equivocara; pero, si ha de promoverse una guerra civil, es preferible que sea ahora.» Sanjurjo no manifestó nada en contrario, limitándose a decir: «Claro, pero sería muy doloroso.»

EL LUNES 13 DE ABRIL

Al día siguiente, lunes, tocaba despachar con Su Majestad a Romanones y Alhucemas. También lo hizo el Presidente, almirante Aznar. No sé lo que en esas conferencias pasaría. Nos citaron a Consejo de Ministros para las cinco de la tarde en la Presidencia. Nos sorprendió porque habíamos convenido lo contrario. Hasta esa hora no me visitó ni me llamó al teléfono ningún ministro, salvo, me parece, Bugallal, que se encontraba en la misma situación que yo. Tampoco del Rey supimos nada. Sin embargo, luego se ha sabido que en el Hotel Ritz se reunieron aquella mañana con el señor Cambó los ministros Ventosa y Maura, y los señores Goicoechea, Silió y Montes Jovellar. No sé si había alguien más. Los reunidos parece estuvieron conformes en apreciar la situación como grave y acordaron comunicar al Rey, con toda urgencia, que era indispensable pactar con Alcalá Zamora, en el sentido de ofrecerle convocar inmediatamente elecciones a Cortes Constituyentes y estar al resultado electoral y a lo que las Cortes resolvieran. Es decir; lo que los constitucionales habían pedido. Claro es que las elecciones provinciales, dentro de ese plan, habrían de aplazarse. Se buscó a don Honorio Maura (todo esto me es conocido por alguno de los que estuvieron en la reunión y por el propio don Honorio) para que llevara al Rey en el acto la propuesta. Así lo hizo, y el Rey dió su conformidad. Entonces le encargaron los reunidos en el Ritz que viera al marqués de Cañada Honda, íntimo de don Miguel Maura, y por su conducto llegara al Comité revolucionario el proyecto de transacción. Así lo hizo, y el Comité, que tengo, y muchos tienen conmigo, la absoluta convicción de que estaba temeroso de las medidas que el Gobierno seguramente habría de adoptar, al encontrarse con que el Rey y el Gobierno parlamentaban a costa de la institución monárquica, se enardecieron y contestaron con altanería que si no se entregaba el Poder a la República lo tomarían ellos por la fuerza. Así lo proclamaron en una nota y en un acuerdo público de la Casa del Pueblo, que al llegar yo al Consejo, a las cinco, leyó el Ministro de la Gobernación.

En su libro «Dolor de España», publicado en abril de 1932 por el duque de Maura, éste dice, página 86: «A mediodía del lunes 13 de abril recibí el que esto escribe, Ministro a la sazón, el encargo de gestionar cerca de algunos jefes republicanos la aceptación de una breve tregua. El propio Gobierno que acababa de presidir las elecciones de la víspera, con tan escrupulosos e intachable lealtad que ni antes ni después osó nadie ponerle en duda, convocaría para el 10 de mayo otras 66 diputados a Cortes, comprometiéndose la Corona a transferir a la Cámara que ese día se eligiera, rápidamente reunida, la integridad de sus poderes soberanos. Se rechazó esta fórmula en la noche del 13; se frustró en la mañana del 14 la situación constitucionalista que, por segunda vez, intentaba formar el Rey, y ni aun se consintió la cortísima espera de unas cuantas horas para que en la mañana del miércoles 15 (cuando hubiese embarcado ya Don Alfonso XIII) el último Gobierno monárquico diera «solemne posesión» al provisional de la República.» El duque silencia que él, con los demás que he mencionado, aconsejaron al Rey esa «decorosa» transacción, y omite que



En la Academia de Infantería, don Juan de la Cierva pasa revista a las tropas

a espaldas mías se intentó todo eso. Y en el mismo libro escribe Maura: «Estima inútil el que esto escribe discurrir aquí acerca de si habría sido o no decoroso, lícito y hasta hacedero, mantenerse en el Trono después de perdida esa confianza nacional, y contestar a los votos de una consulta, solemnemente acordada y legalmente practicada, con sables, pistolas, fusiles y cañones. Lo juzgo ocioso además porque puedo testimoniar con título de mayor excepción que Don Alfonso XIII no titubeó un solo instante», página 50. En el párrafo anterior había dicho «que la Corona percibió claramente cómo la parte más culta de España, que sería muy pronto la mayor apenas cundiera entre los electores rurales el ejemplo de los urbanos, le retiraba su confianza, y la comprobación de esa acerba realidad determinó su conducta».

El Rey obedeció a las sugerencias de Maura y sus compañeros, y al abandono en que vió le dejaban sus Ministros; y yo me atrevo a pensar que el desdén y el abatimiento ante esa ineficaz actitud no le permitieron advertir que yo le ofrecía mi apoyo y mi defensa.

UN TELEGRAMA CIRCULAR

De tales andanzas, iniciadas por Cambó y sus dos Ministros en la mañana de ese día, «no se habló una sola palabra en el Consejo de la tarde». El Presidente anunció que había citado, no obstante el acuerdo del domingo de no reunir el Consejo hasta el martes, porque deseaba oír a los ministros sobre la situación que las elecciones habían creado. El General Berenguer leyó un telegrama circular a los Capitanes Generales, que decía, poco más o menos, pues no tengo aquí la copia: «En vista del resultado de las elecciones celebradas ayer, ruego a V. E. prevenga a las guarniciones militares que es necesario se aparten de toda cortina política y se atengan en todo caso a lo que emane de la «Soberanía Nacional». Yo creí haber oído mal y pedí al General el texto que tenía en la mano. Romanones, que estaba más cerca, me lo entregó (luego ha dicho Romanones que no conocía ese telegrama) y vi con asombro que no había oído mal: «¿Cómo, mi General!—dije—, es que estamos ya en los umbrales de la República y no vamos a defender al Rey? «Ca va sans dire»—textual— contestó el General. «Si—agregué—, pero del Rey no habla usted en ese telegrama.» «Es que yo—dijo—, al comunicar con los Capitanes Generales no hablo del Rey.» «Pero, mi General, es que no se trata de una circular de servicio, sino profundamente política, e invoca usted, no el Poder legítimo del Gobierno del Rey, sino la soberanía nacional.»

Este importante documento va permitiendo iluminar lo que pasó en los últimos días de la Monarquía en España. El telegrama se comunicó a provincias en la mañana del lunes 13 de abril. El conde de los Andes, que ese día estaba en Jerez, lo conoció a primera hora de la tarde. El gobernador militar se lo enseñó. Salí el conde para Madrid y al llegar me fué a ver (era la mañana del 14) y me lo dijo. Gabriel Maura—según me refiere el señor Sainz Rodríguez, diputado en las Constituyentes (hoy 16 de febrero 1932, Biarritz)—dijo al Rey a su presencia, en un almuerzo en París el 12 de ese mismo mes, que el telegrama se «lo» había leído Berenguer antes de comunicarlo, pero suponía que lo comunicó por la tarde. De suerte que el ministro de la Guerra obró de acuerdo

con Maura y con alguien más, y Maura, en el Consejo del lunes, declaró que le parecía ilegítima la Monarquía.

En aquel momento Romanones leyó una nota que tenía redactada presentando el Gobierno toda la dimisión al Rey, para que éste pudiera nombrar otro Gobierno que resolviera, mejor que el actual, los problemas pendientes.

Alhucemas vació, Berenguer y el ministro de Marina estuvieron conformes. Hoyos, con amargura, se sumó a Romanones. Ventosa, que estaba muy caído y casi abrumado, también se manifestó de acuerdo. (Yo, por tenerlo a mi lado, le había dicho: «¿Pero podemos dudar en estos momentos que hay que defender a todo trance la Monarquía?». Y, desmayadamente, me contestó «Sí, pero hay que saber a dónde vamos.»)

Pedí la palabra y con la natural vehemencia me opuse a que esa nota se presentara al Rey, y dije que, en todo caso, yo no dimitía ni autorizaba al presidente para hablar en mi nombre, pues aunque los presidentes de Consejo pueden dimitir en nombre de los ministros, en las actuales circunstancias esa solidaridad de los ministros no podía admitirse, sobre todo porque yo no abandonaba al Rey en estos momentos, dejándole solo frente un problema que exigía la unión estrecha de los monárquicos leales, que estimasen esencial la Institución para la vida de España. Se entabló la discusión con gran nervosidad; Bugallal estuvo conforme conmigo. En esto, habló el ministro de Instrucción recordando que él estaba dimitido desde que se negó la destitución de Mola, y ahora se sumaba al contenido de la nota de Romanones.

Por fin habló el duque de Maura y dijo: «Yo tengo el sentimiento de manifestar que después de la elección de ayer me parece ilegítima la Monarquía en España». Ya no había que discutir más. Comprendí que aquellos hombres no eran los que podían defender al Rey. Alhucemas me habló y me dijo que influyera con Romanones para que no se presentara al Monarca la nota de dimisión.

Salí del Consejo lleno de confusión y amargura. Un repórter me preguntó si era cierta la abdicación del Rey. Contesté con firmeza que «quién podía hablar de semejante disparate». Alguien me advirtió luego que, según había manifestado el Presidente a los periodistas, Su Majestad resolvería lo que procediera; y como lo convenido era no hablar de lo acordado, llamé a Aznar y éste dijo que lo rectificaría.

LA JORNADA DEL 14 DE ABRIL

Aquella noche se extendió la inquietud por Madrid. Muy temprano, el martes 14, escribí una carta al Rey diciéndole que yo no había dimitido en el Consejo del día anterior y sin propósito ambicioso que, en las actuales circunstancias, decía, sería insensato, quedaba a disposición del Rey, pues no quería, por mi parte, dejarle indefenso ante el problema de nombrar nuevo Gobierno. El conde de los Moriles tuvo la bondad de llevar esa carta, que entregó a la Reina y ésta la dió al Rey. Alhucemas, casi a la misma hora, llamó al teléfono y me dijo, que él no había podido dormir, porque en estos momentos no se podía hablar de dimisión y había sentido no estar más energético y decidido en el Consejo. Yo le contesté que había escrito a Su Majestad insistiendo en lo que en el Consejo expuse. Afirmé que se proponía comunicar con el Presidente.

A las diez de la mañana nos avisaron a Bugallal y a mí para que fuéramos a las doce y media a Palacio. Creímos que la crisis era inevitable, y Bugallal se ofreció para todo; dijo que había que unirse estrechamente, y que yo debía ser el jefe del Gobierno que se constituyera. Ya lo había anunciado «El Socialista», previniendo a sus gentes contra las medidas que yo adoptaría. A todo esto, circulaba la noticia de que Maciá se había apoderado del Ayuntamiento de Barcelona proclamando la República catalana y que lo mismo habían hecho en Eibar y otros sitios. Nada nos dijo de Gobernación.

Llegué a Palacio a la hora señalada y en la galería alta encontré a Romanones y Alhucemas, que salían. Vestían de americana; Bugallal y yo, de etiqueta. No eran momentos para detenerse en esos detalles, pero luego comprendimos que sí tenían importancia. Ellos estaban en el secreto de que todo terminaba. Me dijo Romanones: «Esto se ha concluido. El Rey ha decidido marcharse. Esta tar-

de celebraremos Consejo de Ministros.» «¡Cómo! —dije—. ¿Que el Rey se marcha y usted lo da por decidido y hecho?» Siguiéron su camino los dos Ministros y yo entré precipitadamente en la Cámara. Había poca gente, toda azorada, presagiando tristes sucesos. Me reuní con Bugallal y Gascón y Marin, que habían sido citados también para la misma hora. Del despacho del Rey salieron Berenguer y el duque de Maura. No recuerdo si les acompañaba el ministro de Marina. El Rey nos invitó a pasar a los tres a la vez. Preguntó primero a Bugallal qué opinaba sobre el resultado de las elecciones y lo que en su vista debía hacerse. Bugallal, con gran serenidad y precisión de palabra, explicó el alcance que el suceso electoral podía tener. Numéricamente, el triunfo era monárquico. Suponer que sólo habían de contarse para apreciar la significación del resultado los votos de los grandes centros era desnaturalizar maliciosamente el mecanismo electoral, pues los diputados de los distritos no tenían en las Cortes distinta representación que los de las ciudades, y lo mismo podía decirse de los concejales. Que contratiempos como éste, en España y fuera, los tienen los Gobiernos y no se les da más significación que la de un accidente político que más o menos fácilmente se enmienda. Que cuanto ahora ocurre corresponde al período de liquidación de la Dictadura y restablecimiento de la normalidad, y por eso no puede juzgarse con las mismas normas críticas que en otras ocasiones en relación con el Gobierno que se constituyó para ir venciendo las naturales dificultades con que tropieza. Terminó afirmando que no había motivo para que el Gobierno dejara de seguir el camino que en su programa se trazó. En estos o parecidos términos se expresó Bugallal, coincidiendo con mi opinión, que había confrontado con la suya en nuestras conversaciones anteriores. Por eso pude decir al Rey cuando me preguntó: «¿Y tú qué opinas?» «Señor, en absoluto conforme con lo que ha expuesto el conde de Bugallal, con quien he cambiado impresiones. Pero ha de permitirme Su Majestad que antes de ampliar esas consideraciones y agregar otras le haga a mi vez una pregunta: ¿Ha decidido Vuestra Majestad marcharse? Porque el conde de Romanones me acaba de decir en la galería de Palacio que ha adoptado el Rey esa resolución.»

El Rey: «Sí, he decidido marcharme, formando antes un Gobierno casi nacional en el que figuren personas como, por ejemplo, el marqués de Lema, que dirija las elecciones a Cortes Constituyentes, a fin de que resuelvan si España quiere Monarquía o República. De ese modo, estando ausente, nadie dirá que he influido en tales elecciones. He citado para esta tarde a los constitucionales para que formen en el Gobierno.»

«Señor—dije— si Vuestra Majestad desea y puede formar otro Gobierno, es cosa que está dentro de sus facultades, y únicamente corresponde a los demás reservar o exponer su juicio y acatar la resolución del Rey. Pero lo de ausentarse Vuestra Majestad en la forma que ha expuesto, permítame que diga con toda lealtad y franqueza movido por el deber que con España y con Vuestra Majestad tengo, que no lo puede ni lo debe hacer. Esa ausencia sería la renuncia a la Corona, que no es de Vuestra Majestad más que en un momento histórico, que es de su estirpe y que, por representar la institución secular de España, a ésta en realidad pertenece. Como estoy seguro de que si el Rey se va España cae en el abismo, y la Monarquía será barrida por las olas revolucionarias, ya tan agitadas, y nuestra civilización se destruiría, y se desmembraría la Patria, porque el conglomerado revolucionario se impondría a toda idea de orden y de defensa de la sociedad, yo me atrevo a protestar de tal propósito, como español y como ministro; me opongo a él y pido al Rey que se mantenga fiel a la Patria y valerosamente afronte y venza las dificultades actuales.»

MOMENTOS HISTÓRICOS

El Rey que ya manifestó disgusto cuando le hice la pregunta, porque tal vez quisiera ocultarnos en aquel momento su resolución, fué acentuándolo a medida que yo pronunciaba esas palabras, que estoy seguro las consigno fielmente; pero, de todas suertes, el contenido era éste. Y dije:

—Lo que pasa es que hay en España algunos que en estas materias «no ven más allá de sus narices» y no aprecian el problema de conjunto, no ven la lejanía, sólo ven el aspecto inmediato de la perspectiva. Yo no puedo consentir que con

actos de fuerza para defenderme se derrame sangre, y por eso me aparto de este país.

—Señor, siento mucho molestarle, pero estos momentos son históricos y he de hablar con firmeza y claridad. Lo peor no es que en España «estemos algunos» que no vemos más allá de nuestras narices; lo peor es que, al nivel y junto a ellas, la trágica realidad española nos diga que el Rey se equivoca si piensa que su alejamiento y pérdida de la Corona evitarán que se viertan lágrimas y sangre en España. Es lo contrario, Señor, y Vuestra Majestad debe pensar en los que se sacrificaron para restaurar la Monarquía en nuestro país después de las tragedias de 1873 en adelante. Los que las hemos visto de niños no podemos avenirnos a que se reproduzcan, y se reproducirían si el Rey se marchara. Piense en el triunfo de otras revoluciones por no haberse defendido las instituciones amenazadas, y vuelva sobre su acuerdo, se lo ruego y suplico.

El Rey pasó bruscamente a preguntar a Gascón y Marín. Este se limitó a decir que, siendo muy nobles mis palabras, no podía estar de acuerdo con ellas y creía que debía marcharse el Rey.

Así terminó esa penosa conversación. Las frases que personalmente me podían molestar no he querido suprimirlas, porque ellas por sí mismas demuestran el estado de ánimo del Rey.

No hay que decir cómo salí de aquel despacho. Era ya muy tarde y, sin embargo, fui al Ministerio después de estar en casa poco tiempo. Había ya dado orden de recoger mis papeles y la retiré, para que con urgencia se trasladasen a mi domicilio.

Poco después llegó al Ministerio la duquesa de la Victoria, que no me había encontrado en casa. Aquella noble y valerosa dama venía excitadísima. Me dijo con qué jefes de Cuerpo se podía contar porque había que hacer algo a espaldas del Rey, que estaba mal aconsejado y en una actitud lamentable. Le dije que todavía nos habíamos de reunir a las cinco o cinco y media (ya me habían citado para Palacio) y que estaba dispuesto a dar la batalla contra todos los que al Rey le llevaran a su perdición y a perder a España. Le dije que el coronel De Benito era un hombre resuelto y fiel. Que no me atrevía a aconsejarle nada en aquel momento hasta saber lo que en definitiva hacía el Rey, pues, si llegaba el caso oportuno, no habrían de faltarle hombres leales a Su Majestad. Escribió una carta al Rey y me la entregó.

AQUELLA TARDE

Sabido es que los húsares, sin orden del Capitán General, estuvieron formados aquella tarde en la plaza de Oriente. Y tal temer, verdaderamente pánico, sintieron los que formaban el Comité revolucionario, cuando en aquellas horas, reunidos todos, oyeron unos clarines, que supusieron estaban perdidos porque los húsares se aproximaban.

Me avisaron que, a media tarde, se había izado la bandera republicana en el palacio de Comunicaciones, a la vista de la Guardia Civil, que no se opuso a ello. Y llegué a Palacio también de etiqueta. Los demás, de sencilla americana; menos Bugallal, seguían estando todos en el secreto. La Cámara se hallaba imponente de gentes nerviosas, excitadísimas y algunas damas llorando. En los alrededores de Palacio se había congregado una inmensa multitud. En el trayecto desde el Ministerio de Fomento nadie realizó contra mí acto alguno, ni siquiera descortés, aunque también las calles estaban ocupadas por la muchedumbre. El Rey nos hizo pasar a su despacho. Yo le entregué la carta de la duquesa de la Victoria. Se le veía entero, resuelto en la palabra y en el ademán, pero nervioso y preocupado. Nos dijo que no había podido constituir Gobierno. Los constitucionales corrieron al Rey que ya era tarde y que él había decidido marcharse. En el acto, el conde de Romanones manifestó que, con gran dolor de su corazón, tenía que aconsejar a Su Majestad que inmediatamente saliera de España. Los demás callaron o asintieron. Yo entonces insistí con gran energía en lo que había dicho al Rey por la mañana y, pidiendo perdón por la vehemencia patriótica de mi expresión, protesté de que tal cosa hiciera Su Majestad, porque se había de estimar siempre como una deslealtad a España; que si no había podido formar otro Gobierno, nosotros teníamos el deber, ante nuestra conciencia y ante la Patria, de defender a la Monarquía, como habíamos jurado, y yo estaba resuelto a hacerlo sin vacilaciones. El Rey insistió en que no quería que por él se vertiera sangre. Repliqué que si él nos abandonaba,



Banquete ofrecido a don Juan de la Cierva por la minoría ciervista en 1920

ba, se verterían mucha sangre y muchas lágrimas por los fieles españoles, que no podrían comprender que de tal manera se les dejara indefensos. El Rey tenía momentos de resolución, pero en otros, durante esta dramática escena, decaía. Dije entonces a los Ministros si creían que nosotros teníamos facultades legales y morales para aconsejar y autorizar que el Rey abandonara el Trono como se proponía hacerlo. Romanones insistió en que era fatal hacerlo para evitar mayores males; entonces pregunté a Berenguer, que estaba junto a mí:

—Pero, mi general, ¿es que no vamos a defender al Rey y a la Monarquía, como usted afirmó ayer contestando a mis requerimientos?... ¿No cuenta usted ya con la lealtad del Ejército, como tantas veces ha asegurado al Consejo de Ministros en estos últimos días?

—Es que Sanjurjo me dice que no se puede contar con gran parte del Ejército—dijo Berenguer.

—¿Ha hecho usted alguna comprobación de esas afirmaciones? ¿Ha llamado usted a los jefes de Cuerpo? ¿Qué opina su hermano el Capitán General de Madrid? ¿No ha adoptado usted, en fin, medidas urgentes y eficaces?—dije con exaltación.

—Yo creo—afirmó—que sería «peligroso» o « inútil» pedir al Ejército que interviniera.

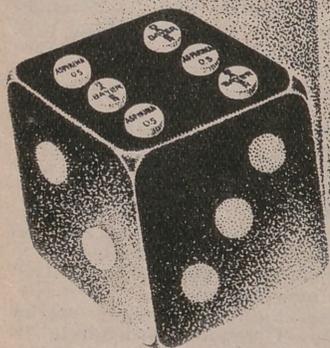
—Entonces ahora me explico la circular que ha puesto a los Capitanes Generales ordenando la neutralidad militar en momentos como éstos.

Me dirigí al Ministro de Marina, general Rivera, preguntándole si la Marina defendería al Rey, y contestó que estaba conforme con lo que el Ministro de la Guerra había dicho.

Pregunté al Ministro de la Gobernación, y balbuciente dijo que ya había dicho Berenguer la opinión de Sanjurjo, y que con la Guardia Civil no habría bastante, y no sé si agregó que tal vez pondría dificultades para defender a la Monarquía.

El presidente, almirante Aznar, estaba allí como quien asiste a un acto doloroso. Alhucemas se hallaba impresionadísimo, como Bugallal; pero en aquellos momentos no intervinieron. Ventosa y Maura guardaban silencio. Sólo yo —lo digo porque es la verdad que pertenece a la Historia— mantuve, con la excitación nerviosa que puede suponerse, pero conservando serenidad y vigor, a pesar de mi delicada salud de entonces, esa conversación, que era una serie de imprecaciones, con los que intervenían en ella impasibles o silenciosos; mientras el Rey escuchaba ya en silencio, abrumado por la tremenda responsabilidad que había decidido aceptar, ante los consejos de quienes tuvieron valor para darlos, pero no para cumplir con su deber de defender el Trono y la Monarquía, por temores más supuestos que reales, con puerilidad impropia de hombres que tenían en sus manos la suerte de España y la entregaron al desbarajuste y a la anarquía, sin el menor esfuerzo para evitarlo. La insensibilidad de que daban muestras al contestar a mis requerimientos era para mí incomprensible. Se embotaban mis palabras como la mano que golpea a un cuerpo blando y flexible, que inmediatamente se rehace. ¿Qué había pasado del domingo al martes? En vano volví a recordarle la manera cómo han triunfado las revoluciones en otros países por la falta de energía en la defensa de las Instituciones atacadas; en vano invocaba yo el honor de los Ministros. El Rey no había aludido siquiera a la carta que, en la mañana de ese día 14, le había yo escrito ofreciéndome para todo; ni en el curso de la deliberación a que asistía quiso recoger esas

Un golpe decisivo



CONTRA
RESFRIADOS
GRIPE
REUMATISMO

ASPIRINA

Eficaz e inocua

El remedio de fama mundial

ofrecimientos encargándose del Gobierno. Ya he dicho que «El Socialista» anunciaba que yo lo constituía. Me consta que en varios sectores revolucionarios lo temían y abrigaban poca confianza en una acción violenta para adueñarse del Poder, aunque contaban con los Cuerpos de Correos y Telégrafos, complicados en la revolución, y que se apresuraron a lucir en su palacio de Madrid la bandera republicana. Ni el director general de Comunicaciones ni el Ministro de la Gobernación advirtieron —así hay que suponerlo al menos— que esos Cuerpos venían sirviendo a los revolucionarios.

Tenia yo el convencimiento de que la resistencia sin vacilaciones en la defensa de la Monarquía y del Rey desbarataría todos esos planes y haría entrar pronto en razón a los ilusos, que no veían al elemento sindicalista y anarquista sumado a socialistas y republicanos. Pero todo esto que a mí me animaba a proseguir excitando al Gobierno a reaccionar, sufrió grave quebranto al entrar en el despacho del Rey su ayudante, señor Moréu, marino, y decir al conde de Romanones: «Señor conde, el señor Alcalá Zamora acaba de anunciar que, si antes de las siete de la tarde no se entrega el Poder a la República, no responde de nada de lo que ha ofrecido.» Un rayo de luz penetró entonces en mi cerebro:

—¿Cómo —exclamé—, es que se ha pactado la entrega de la Monarquía y el advenimiento pacífico de la República?

—Si —contestó energicamente Romanones—. He tenido con Alcalá Zamora una entrevista y, para salvar la vida del Rey y de la familia real, se ha convenido en entregar el Poder esta tarde y el Rey saldrá inmediatamente para el extranjero.

Hizo entonces explosión mi apasionada protesta, y dije que la vida del Rey era para nosotros sagrada, pero España necesitaba el sacrificio de todos, y nosotros habíamos de sacrificar nuestras vidas si fuera necesario. De suerte, agregué, que sin contar con todos los Ministros, porque yo era uno de ellos y nada se me dijo, ni conocí esos manejos y conversaciones, se había pactado la entrega «de la Monarquía», a cambio de un seguro para el Rey. ¿Y quiénes somos nosotros para disponer de la Institución secular española, sin que España tuviera parte en la suprema transacción y ni siquiera se tuviera con todos los Ministros la lealtad debida?

Fué ya incoherente la discusión. El Rey sacó del bolsillo un sobre, y de él un pliego, que nos leyó. Era el desdichado manifiesto que le había redactado el duque de Maura, en el que hablaba de las «faltas sin intención». El Rey se despidió. Al abrazarme, me dijo: «Juan, no me guardes rencor.» Anunció que salía para Cartagena, donde esperaba el crucero «Príncipe Alfonso». Dijo que la familia quedaría en Madrid tres días para recoger equipajes. Romanones manifestó que respondía con su cabeza de que nada ocurriría a la familia real. Yo me alarmé por su suerte y opiné que de salir el Rey, su familia debía seguirle al día siguiente a lo sumo. Romanones lo dijo al Rey, y así lo acordaron. El miércoles, después de una noche terrible por lo peligrosa, sin guardia en Palacio, que fué retirada, salieron desde El Escorial para Francia.

Al salir del despacho del Rey se reunieron los Ministros en un salón de Palacio. Me llamaron, y yo dije que no era Ministro y no tenía nada que hacer allí. Romanones estalló y dijo que yo había sido «vencido», pero los acuerdos eran solidarios para el Gabinete. Yo dije que así como no se había contado conmigo para concertar la entrega de la Monarquía, yo no quería intervenir en nada del Gobierno que ya no existía. ¡Curiosa doctrina la de Romanones!

La Cámara estaba invadida por militares, palatinos y aristócratas; me rodearon pidiendo que me opusiera a lo que se intentaba hacer. Cavalcanti se ofreció como militar, y así lo dijo al Rey. Otros militares dijeron lo mismo. Todo era inútil. El pacto contra la Patria se había hecho. El miedo y el egoísmo se habían apoderado de algunos Ministros, y el Rey, tan valeroso otras veces, se dejó entregar, y nada dijo ni quiso oír a los españoles leales que estábamos dispuestos a defenderle.

Romanones recordó a Berenguer que era necesario dejar a Alcalá Zamora proclamado el estado de guerra, y Berenguer afirmó que ya había comunicado instrucciones. ¡Hasta eso! El tránsito a la República había de asegurarse y facilitarse por el último Gobierno de la Monarquía. ¡Pero así se había estipulado!

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON JUAN LOPEZ LOPEZ

COMO en el himno del Tercio de legionarios, nada importa su vida anterior, señor don Juan López López, ya que se arrepintió visceralmente, entrañablemente, del vicio o del pecado de ser un papanatas, pero lo que se dice traidor, con un resuello sordo e insultante usted no lo era. Pero sobre los papanatas operan los traidores, y desde más allá los agentes de esa despiadada subversión capitalista que es el comunismo universal. Los regímenes cristianos no son regímenes piosos, menesterosos; pero no tienen la dureza ni la voluntad de poderío de quienes no admiten la presencia de Dios con la gran caridad o el enorme perdón encima de las debilidades humanas. El napoleonismo que aun colea con su aspecto insaciable, sin que fuera corregido por el genio ni por la templanza de Napoleón, es un producto del bonapartismo que salió del jacobinismo de la Revolución francesa, inventora de la utilización decorativa y emblemática de los haces de los lictores, traídos después al escenario de la política por Benito Mussolini. La izquierda francesa es una invención de esta Revolución insepulta y, por lo tanto, contagiosa y corrosiva, contaminando a Europa y al mundo de lo que ha servido a través de la masonería al predominio francés, o sea, de esa postura de la cabeza torcida hacia el seudoesentimentalismo del corazón, que es la izquierda. En seguida se amplió el campo de maniobra del izquierdismo, añadiendo: ningún enemigo a la izquierda, con lo que se han colado, aunque no por resquicios, fisuras o rendijas, sino por la puerta de entrada principal, cuantos se fingían superlativamente izquierdistas, más izquierdistas que nadie, pero que eran los instrumentos de la reacción enemiga del hombre y del Estado añejamente nacional, conocida por el seudónimo de Unión Soviética y de sus satélites. Este es el origen del Frente Popular, de todos los Frentes Populares de la Historia, pues cuando no existía la Rusia imperialista de Krustchev existía otro cualquier tirano o facción despótica (llámese secta o internacional), a cuyo beneficio y bajo cuyo grupo los malvados uncian a los tontos.

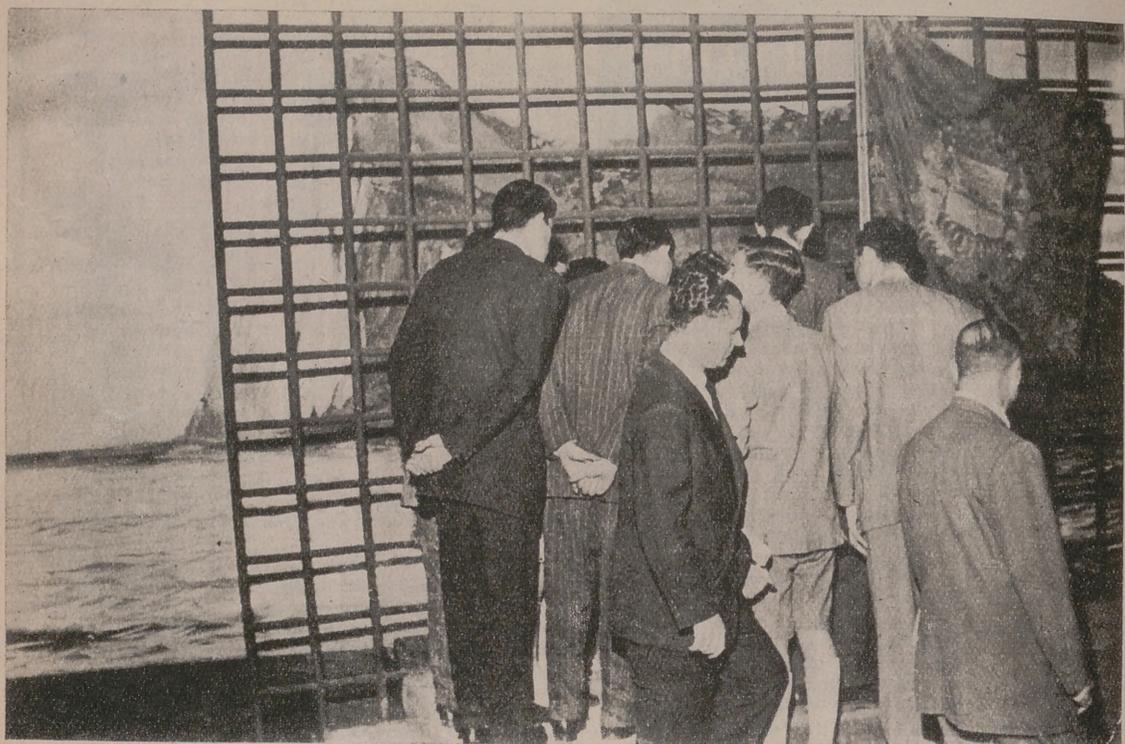
En la actualidad se ha despertado la «gauche» en Francia como alhigüí de que hay que constituir un Frente Popular en 1955, segunda edición del Frente Popular de 1936, del cual, sobre todo nosotros, sufrimos las consecuencias. Entonces la U. R. S. S. había penetrado en la Sociedad de las Naciones y buscaba la alianza con la Francia «eterna» y con esa Checoslovaquia, que es una especie de sucedáneo de país; país compuesto por la química impura de Masaryk y Benes. Tras este objetivo vino la técnica del camuflaje, arrinconando la palabra más hispida de comunismo y sustituyéndola por el antifascismo, que era un vocablo y un concepto que ponía los ojos en blanco de mucha gente. Marcel Cachin, este repugnante chocho que a pesar de su vejez continúa trabajando para Moscú, se abrazaba en la sala Bullier con el presidente del Consejo, León Blum, no obstante ser o que acababa de ser, según la terminología soviética, un reptil, una víbora lúbrica. Poco antes, el Presidente Pierre Laval asesinado más tarde por los camaradas de Blum, en visita en el Kremlin le preguntó a Stalin, luego de haber firmado ambos el pacto franco-soviético, cuál podría ser el remedio para que los diputados comunistas de Francia no le opusieran trabas a los créditos militares necesarios para robustecer el Ejército. Stalin, que era un bribón que se emborrachaba en público, a la manera que le imita el nuevo secretario del partido, Krustchev, utilizando la embriaguez, no como un «telón de acero», sino como un «telón de humo», contestó a Laval: «Ahórquelos», y como notase encima de la corbata blanca de

Laval un gesto de perplejidad, repitió: «Ahórquelos», guiñando el ojo y apretándose el pescuezo con las manos.

Era una época de «deshielo», como también la ha puesto en circulación para anegar a los estultos el primer propagandista de los tiranos rusos, Elya Eremburg, en el título de una obra literaria. El deshielo actual ya invade Austria y pretende llegar hasta Bonn, habiéndose detenido en Belgrado. Sincrónicamente los franceses han sacado su «gauchismo» y hay tantas izquierdas o «gauches» como candidatos a pactar con Rusia. Acaso por ser tantas las «gauches» de ahora (la «Nouvelle gauche» de Pierre Mendes-France, y «L'Express»—órgano periodístico de judíos—, la «gauche», que también quiere ser nueva de Bourdet, el director de «L'Observateur», los que escriben la «gauche» europea, y hasta Juan Pablo Sartre ha dedicado el último número extraordinario de su revista a la «gauche»), por ser tantísimas, el embajador moscovita en París no podrá conseguir el engendro de Frente Popular hoy ya que además, en 1936, ayudó muchísimo la guerra española, donde los rusos enrolaron a todos los memos, a todos los rufianes, a todos los chanchulleros; y a todos los homosexuales del mundo.

Mi querido don Juan López López, en el libro de memorias (segunda parte, titulada «Hieroglyphos», de Arturo Koestler, nos revela cómo actuó en España, junto a esa retahíla que más arriba he mencionado, en los tiempos de nuestra Cruzada y del Frente Popular francés, por no escribir mundial, contra este pueblo pobre, histórico, cristiano, activo, heroico que se llama España. Aquí llegaban desde la conservadora duquesa de Atholl al deán de Canterbury y desde el invertido poeta inglés Stephan Spender a los delincuentes de las Brigadas Internacionales. En los círculos de la intelectualidad europea era de buen tono contar su estancia más allá de los Pirineos al lado de la herda en alguna misión de propaganda, de snobismo o de espionaje, como se relatan normalmente unas vacaciones en Roma o una excursión a las pirámides o a Jerusalén. Koestler ironiza narrando que todos coincidían en su admiración a Lorea y a los calamates fritos. Este Koestler, que descubre la época con tanto desenfado, usted le conoce como autor de «El cero y el infinito» y otros libros que ha publicado con la protección de los servicios secretos británicos, porque ahora trabaja para Inglaterra y se dedica a desenmascarar a sus antiguos compañeros de viaje. Es un bigardo israelita con talento, y tal vez miente cuando nos descubre que llegó a Madrid enviado por la Kominintern y Alvarez de Vayo, con el fin de investigar los papeles íntimos de don Alejandro Lerroux, buscando la pista de concomitancias con los nazis para mostrar aquellos documentos en Ginebra. Esos documentos no aparecieron, sino una copiosísima y tiernísima correspondencia sentimental de don Alejandro con muchachas a las que superaba en medio siglo.

El converso Koestler no confiesa las raíces más hondas de su conversión, aparte de que también influyera lo que antaño se denominaba caballería de San Jorge, con alusión a la imagen reseñada en las libras esterlinas. Arturo Koestler como agente soviético fué un felón en la España nacional, donde apareció con papeles falsos, y sin embargo, cuando fué aprehendido a la liberación de Málaga, salvó la pelleja y tuvo un momento para darse cuenta de la caballería española. Preso en la cárcel de Sevilla al ser libertado, publicó un libro que no pudo ser un panfleto, a pesar de la antipatía hacia nosotros de sus antiguos y sus nuevos amos y a pesar de la hospitalidad de Francia, donde purgó en un campo de concentración más ásperamente que en la cárcel sevillana, y sólo pudo escaparse en medio de la turbamulta de la invasión de los alemanes. Así es que «Escoria de la tierra», en la que recuerda sus prisiones en Francia, es una obra más acerba que «Testamento español». Koestler, oriundo de Palestina, era escoria de la tierra después de haber vivido, señor Juan López López, en un país en el que todos somos hombres.



LA OFENSA VIVA DE GIBRALTAR ENTRA POR LOS OJOS VIENDO LA EXPOSICION ABIERTA EN EL PALACIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

DOCUMENTOS DE INDUDABLE AUTENTICIDAD PROCLAMAN LA IGNOMINIA

ENFRENTÉ de Gibraltar, sobre las aguas tranquilas y azules de la bahía, una escuadra anglo-holandesa está dispuesta en son de ataque. Se cuentan 121 buques con 4.104 cañones y 14.000 hombres. Y de aquéllos, en primera línea, constituyendo el grueso ofensivo de la flota, 45 na-

vios, seis fragatas, dos bombardas, siete brulotes, dos buques hospitales y un yate, se disponen —cada uno en su misión— a romper el fuego. La guerra de Sucesión tiene un actor, un Príncipe Pretendiente a la Corona de España: el archiduque Carlos. Y en su nombre y para él había de ser lo que se conquistase; se inicia el asedio a Gibraltar. Un español tendrá la plaza, si ésta se rendía; jamás para un inglés.

Del barco que enarbola la enseña se ha pedido permiso para que desembarque un parlamentario. La petición ha sido concedida. En una lancha—los remos rompiendo en el agua el solemne silencio—llega el emisario al muelle. Solicita ver al gobernador de la plaza. Y es llevado inmediatamente a su presencia.

Don Diego Salinas, gobernador de Gibraltar, dice a los presentes:

—Esta carta que me trae este emisario, firmada por el archiduque Pretendiente, pídese que se reconozca a éste como legítimo Rey de España.

A don Diego Salinas le ha temblado la voz de ira. En su respuesta las palabras van cayendo como cuchillos, básicas, rotundas, históricas.

—Gibraltar sólo es fiel a Felipe V, Rey de España, que Dios guarde.

El emisario ha vuelto al barco. En Gibraltar, la guarnición espera el ataque. Se ha hecho recuento de hombres y de artillería. Total, ochenta y cuatro soldados y seis cañones. Enfrente, catorce mil.

La escuadra se ha puesto en movimiento. El istmo es el lugar escogido para la primera operación de desembarco. De los barcos bajan tres mil soldados ingleses. Ha empezado el combate. Por parte de España, ocho soldados, veinte hombres de milicias y unos cuantos vecinos van a tratar de rechazar el ataque. El ejército inglés al desembarcar lo hace con precauciones. No estaban, por lo visto y a pesar del número, muy seguros de la victoria.

Arriba, el castillo va a ser defendido por setenta soldados y por los seis únicos artilleros que había en la plaza. Un hombre para cada cañón.

La escuadra angloholandesa cañonea. Los barcos se mueven bajo el retroceso de las andanadas. Por el cielo, el trazo inconfundible de los proyectiles dibuja balísticas parabólicas. Y hay un silbido estremecedor del aire que rompe las trayectorias. La escuadra, temerosa tal vez de la calidad del soldado que espera en la



Entrada a la Exposición Gibraltar Español, en el Palacio de la Biblioteca Nacional de Madrid

guerra, ha disparado más de treinta mil balas de cañón.

El muelle viejo va a ser el segundo lugar del combate. En barcazas, seiscientos hombres quieren tomar un sitio que apenas puede defenderse por unos paisanos mal armados. El número vence, y, abierta brecha en el sistema defensivo de la plaza, cien nuevos hombres venidos de los barcos hacen frente a treinta y ocho vecinos que pasan de los cuarenta años cada uno.

Arde la ciudad. El enemigo avanza. Los defensores intentan todavía un último recurso. Es volada una mina y se detiene por unos momentos el avance. Pero la cantidad de hombres empuja y el cerco cada vez más se aprieta como una tenaza pasada.

La plaza de Gibraltar capitula. Mas la capitulación sólo se hace a un hombre español: al archiduque Pretendiente. Y la bandera española del Pretendiente es izada con los honores reglamentarios. Gibraltar tiene nuevo Rey, pero nuevo Rey español. Por las calles de la ciudad ha resonado el triple grito: «¡Gibraltar, por el Rey don Carlos III!»

Hay calma en la ciudad; una calma extraña y pesada, con augurios de malos presentimientos.

El almirante inglés Roche ha llamado al capitán Hicks. Y el capitán Hicks, al frente de una patrulla de marineros armados, se dirige al lugar donde fué izada la bandera española. No hay explicaciones. La bandera inglesa ocupa lo alto del mástil. De esta manera el almirante inglés Roche se «posesiona» de Gibraltar en nombre del Rey de Inglaterra.

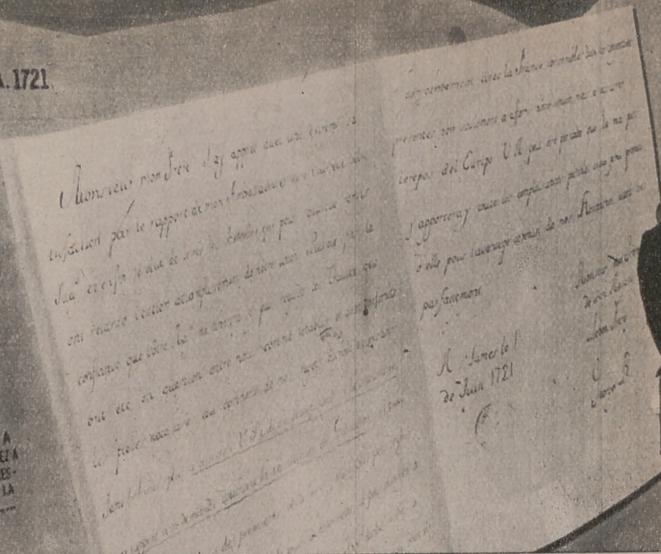
Hay que nombrar nuevo gobernador; orden del almirante. Y, «... mientras resolvía la Corte de Londres y su señor el archiduque...» el príncipe de Darmstadt queda de gobernador de la plaza, al mando de mil ochocientos soldados británicos.

A partir de este nuevo mandato, la chusma británica se ensaña de la ciudad. La villa es saqueada, son profanadas y robadas las iglesias y las mujeres son violadas en las mismas calles de la plaza.

Gibraltar está en caos. El Cabildo Municipal se reúne y toma el honroso acuerdo—de conformidad con el sentir de los vecinos, religiosos y seglares—de no poder soportar la vista de la bandera

DEL REY
LATERRA A
IV DE ESPAÑA. 1721.

EN ASEGURAR A
ALESTADO MANDAR A
LE POR LO QUE DES-
PETICION SIEMPRE LA
DE GIBRALTAR...



EL TESTAMENTO DE LA REINA CATOLICA



Documentos históricos celosamente guardados por España demuestran la traición que venimos sufriendo

inglesa; se decide evacuar la ciudad.

El 6 de agosto de 1704—dos días después del ataque—se produce el éxodo. El pendón de la ciudad va al frente. Hay pena y tristeza en la comitiva. Al llegar a un caserío contiguo a la ermita de San Roque—a una distancia como de dos leguas del Peñón—, queda depositado el estandarte.

Gibraltar cae ya lejos, pero todavía se ve. El regidor don Bartolomé Luis Varela ha sacado una daga y en un ladrillo de las minas de Carteya graba el testimonio del dolor de todos: «Aquí lloré a Gibraltar.»

Esta es, real, verdadera y exactamente, la «conquista» de Gibraltar por Inglaterra. Incumplimiento y grande...



Libros sobre Gibraltar

Esta exposición sólo pretende recordar a la herida conciencia nacional unos cuantos datos concretos y rigurosamente históricos acerca de nuestro Gibraltar.

Una advertencia a la entrada de la Exposición

Como remate, Inglaterra había firmado en Lisboa, en 1703, el Tratado por el que se comprometía, como todos los países aliados del Rey Pretendiente, a no posesionarse por su cuenta de ningún puerto español.

EL TESTAMENTO DE ISABEL LA CATOLICA

La sala del Archivo Histórico Nacional está en estos días, y a todas horas, invadida y abarrotada por un numeroso público. Gentes de toda condición social acuden a ella; el Peñón de Gibraltar se ha trasladado a Madrid y sus cuatro puntos cardinales limitan con los muros de la Biblioteca Nacional: es la Exposición Gibraltar Español.

La Exposición ha sido organizada por la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales, que preside el almirante Bastarache. En las paredes de la sala o sobre largas mesas de madera hay mapas, gráficos, documentos que llevan el sello de su autenticidad histórica, cartas, datos, reliquias y voces vivas de protesta que se suceden en el tiempo—desde aquel 1713 hasta los días de 1955—y que gritan el mismo nombre: Gibraltar. Unas maquetas expresivas dan el detalle mínimo de la tierra rocosa del Peñón.

Aquí, encerrada en una vitrina o escrita en las paredes, sale la ignominia o aparece la traición, y junto a ellas salta la conciencia de un pueblo que se sabe herido y vejado. La conciencia de un pueblo que protesta del atropello en una carta diplomática, por boca de un Rey o de un embajador, o, simplemente, en un romance de ciego, en unas aletuyas o en un cante por alegrías.

Sobre un soporte de hierro, a la entrada de la sala, hay un cartel con grandes letras que dice: «Esta Exposición sólo pretende recordar a la herida conciencia nacional unos cuantos datos concretos y rigurosamente históricos acerca de nuestro Gibraltar.»

La primera muestra de la autenticidad histórica de los documentos que se exponen tiene un nombre, un nombre venerable: el codicilo original del testamento de Isabel la Católica. Extraído de este testamento y en un lugar bien visible, en letra de imprenta—sin la dificultad de los viejos signos, legible para los que no sepan paleografía—, queda la parte literal del testamento que refleja la preocupación intensa y justificada que la Reina sentía por este su pedazo de tierra:

«Por ende mando a la dicha Princesa mi hija, y a dicho Príncipe su marido, y a los Reyes que después della subcederán en estos mis reinos, que siempre tengan en la Corona y patrimonio real dellos la dicha ciudad de Gibraltar con todo lo que le pertenece y no la den nin enajenen nin consientan dar nin enajenar cosa alguna della.»

Contra la falsía y el engaño de las diplomacias, la claridad y la verdad de las palabras de este testamento de la reina Isabel la Católica cierran el primer capítulo—capítulo medieval—de una verdad irrefutable: Gibraltar, de siempre, por siempre y para siempre, es de España.

La historia de nuestra pertenencia comienza bien temprano: en el principio del tiempo. Isabel la Católica cierra el primer periodo, que empieza cuando Alfonso VI metió su caballo en las aguas del Atlántico, frente al Peñón, como señal de propiedad y pertenencia. Con Guzmán el Bueno, que murió por defender la plaza de Tarifa, esta historia primera acaba en el año del siglo XVI en que muere Isabel de Castilla. Del puño de ella está la letra de su firma. Allí se lee un mandato: «Prohibición.»

UN TRATADO INCUMPLIDO Y NULO

El 13 de julio de 1713 se firma un tratado que, según todos los requisitos del Derecho Internacional, es nulo totalmente. Este acuerdo recibe un nombre famoso: Tratado de Utrech.

El Tratado de Utrech, además de haber sido incumplido por Inglaterra, es nulo. Hay un *abuso de derecho* por parte de Inglaterra en la aplicación del Tratado. Este abuso viene así: por un lado, Inglaterra y Francia, sin la presencia de España, toman por sí solas los acuerdos que conviene particularmente a cada una. Francia tenía la representación del Rey de España, con una sola condición: la prohibición terminante y absoluta de enajenar parte alguna del territorio nacional. Condición incumplida.

Otra demostración: Ni el Tratado ni su adhesión han sido ratificados. Esta es una circunstancia especialmente exigida para todas las convenciones que supongan merma del territorio nacional.

Tercer argumento: Cuando nuestro Rey Felipe V renunció al Trono de Francia, los ingleses tuvieron buen cuidado de exigir la aprobación por las Cortes españolas; cosa que no ocurrió con el Tratado de Utrech.

Nuevo razonamiento: «Un Tratado—supuesto válido—se distingue por el cambio de las circunstancias existentes en el momento de su firma, pues con el tiempo puede llegar a ser inútil y abusivo. La fuerza de las cosas puede estar en contra suya, con lo que desaparece su razón de ser. En vano se tratará de mantenerlo, se derrumba por sí solo y llegan fatalmente las circunstancias que obligan a los Estados a reconocer oficialmente su abrogación.» (Palabras de Brentano, universal tratadista de Derecho Internacional.)

Los acuerdos de Utrech, pues, por analogía con otros de la historia política moderna, pueden darse también como extinguidos por desuso. El mismo Chamberlain decía en el Parlamento inglés—en 1898—, con referencia a dichos acuerdos, que Francia había mal en invocar las disposiciones caídas en desuso de un antiguo Tratado viejo, con cerca de doscientos años. Todas las circunstancias que se dieron en 1713, que continuaron durante el siglo XIX y principios del XX, han desaparecido.

Esto que hemos visto es un conjunto de razonamiento sobre la nulidad, en el comienzo y en el fin, del Tratado de Utrech.

Luego hay en el mismo una se-

rie de cláusulas que en los tiempos no tendrán cumplimiento. Inglaterra promete, pero no cumple. Sobre esta verdad puede edificarse toda la historia de la «posesión» de Gibraltar.

En el artículo décimo se estipula: «... Se cede a la Corona de Gran Bretaña la plena y entera propiedad de la ciudad y castillo de Gibraltar...»

«Pero para evitar cualesquiera abusos y fraudes en la introducción de las mercancías, quiere el Rey Católico que la dicha propiedad se ceda a la Gran Bretaña sin jurisdicción alguna territorial...»

«... Y sin comunicación alguna con el país circunvecino por parte de tierra...»

«... S. M. Británica consiente y conviene en que no se permita por ningún motivo que judíos y moros habiten y tengan domicilio en la dicha ciudad...»

«... Ni se dé entrada ni acogida a los navios de guerra de moros en el puerto.»

Todo esto tiene, en realidad, un vocablo: incumplimiento.

PERSECUCION DE CATOLICOS Y CONTRABANDO DESDE 1713 HASTA 1955

Por esta Exposición, cálida y vibrante, clara y exacta, las pruebas, los documentos y las argumentaciones, saltan y gritan su presencia ante el visitante.

La no ejecución de las cláusulas del Tratado de Utrech aparece en cartas en comunicaciones y en informes auténticos e históricos.

Un día es la declaración y acusación de un hecho que ataca directamente a una cláusula determinada del Tratado: don Alfonso de Alburquerque escribe al conde de Elcridablanca sobre la detención de un barco contrabandista que llevaba bandera inglesa.

Otro, don Nicolás Amer anuncia en carta privada al duque de la Alcadia el fraudulento desembarco de tabaco en las inmediaciones de Estepona por un barco corsario matriculado en Gibraltar.

El mismo Amer adjunta en su correspondencia del día al Príncipe de la Paz copia de la carta que el gobernador de Gibraltar, don Carlos O'Hara, le envió para decirle que observará las capitulaciones establecidas para evitar la llegada de contrabandistas. Era una nueva falsa promesa. Lo demuestran las peticiones del vizconde de la Armeria en demanda de refuerzos para reprimir los crecientes desmanes de malhechores y gentes que viven del contrabando. Otro día nuestro embajador en Londres, ahora el marqués del Campo, proporciona al Gobierno español noticia de haberle pasado a lord Grenville nota diplomática de los numerosos fraudes cometidos por embarcaciones extranjeras procedentes del Peñón, defendidas y custodiadas por buques de la Armada inglesa.

Don Joaquín de Mendoza Pacheco, en dos cartas habla de la captura y devolución de la goleta inglesa «La Dortuna», de los insultos que los ingleses nos hacen en Fuente Mayorca y de

la extensión del contrabando, que el mismo gobernador inglés de la plaza toléa y fomenta.

Pasa el tiempo. Las naves destinadas al contrabando, ahora no llevarán ya bandera inglesa. Así, pretenden que el fraude sea completo. Enarbolan bandera marroquí para el desembarco de géneros. Es el marqués de Robeu quien se lo dice a Godoy.

A principios de la dominación extranjera en territorios del Peñón, existían unas doce iglesias católicas. Hoy, en 1955, sólo queda una. Don Juan Cerbera, obispo de Cádiz, escribía a Florida-blanca y le exponía la angustiosa situación que los católicos venían sufriendo en Gibraltar y cómo no disfrutaban de ninguna libertad para el ejercicio de su religión.

Una de las cláusulas del Tratado de Utrech, como vimos, prohibía expresamente la existencia de moros y judíos en el Peñón. Don Salvador de Patiño envía al marqués de Grimaldi una comunicación en la que se habla no sólo de la existencia, sino del aumento constante de judíos.

Pero la protesta no queda sólo en las valijas diplomáticas ni en los despachos oficiales. Es el pueblo, son los cantares populares o las aleyuas de un rimador. Gibraltar en 1890 es el título de una zarzuela de la época. «A Gibraltar y al Peñón perdimos por gran traición», es la historia escrita en aleyuas. O aquel cantar por alegrías:

Viva Cádiz porque tiene
sus murallas junto al mar,
y cañones apuntnado
al Peñón de Gibraltar.

Y al «cantaor» cuando canta
se le cierran, prietos, los puños.

OFENSIVAS ESPAÑOLAS CONTRA EL PEÑÓN A LO LARGO DE LOS SIGLOS

La recuperación de Gibraltar ha sido motivo presente, a lo largo de los siglos, de todos los españoles. No sólo proyectos de conquista fueron elaborados por militares de profesión, sino que ingenieros—españoles y extranjeros—o gente del pueblo llano, del pueblo humilde, intentaron borrar la afrenta.

En una de las vitrinas de la Exposición puede verse un proyecto de ataque a Gibraltar escrito en versos. Décimas sencillas, pero abiertas y nobles. Tiene un título el poema: «El Ymposible Venzido. Fazil y unico Arvitrío de tomar a Gibraltar». Y sus dos primeras estrofas dicen así:

Cinco Campañas por Mar
que ejecuté en Una Guerra
y Una en la Línea, por Tierra:
muchos Mapas Rejistar
y algunos Reynos andar
el Cielo siempre propicio,
porque miraba a el Servicio,
de una y otra Magestad:
a franqueado a Mi Lealtad
el Siguiente Veneficio.

Sin Exérvitos ni Armadas:
ni aun Militares Rumcres
de Clarines y Tambores,
Cañones, Balas, Granadas,
Fusiles, Sables, Espadas,
ni otros Pertrechos de Guerra,
que ya por Mar, ya por Tierra



Testimonios de la razón de España llenan las paredes y vitrinas de la Exposición

se Acostumbra Aprestar
se Rendirá Gibraltar
a pesar de Inglaterra.

Entre los propios viene el nombre del autor: don Joseph Llona. Y luego, en prosa, el plan completo de ataque.

Conquistar Gibraltar para España; es la misma intención de Barceló D'Arçon, Pedro Dávila, Jaime Ferrá, el conde Looz Francisco Sabatini, el vizconde de Miralcázar, el conde de las Torres, el conde de Aranda... En el siglo XVIII, los proyectos pasan de medio centenar. Después, en una maqueta puede verse el plan de ataque que en 1955 aconsejarían las nuevas armas y tácticas: Gibraltar batido por las baterías y por la aviación desde la tierra de España. Alambres rojos, blanco, verdes o azules señalan el factible emplazamiento de los cañones con la caída posible de las bombas. Gibraltar, pues, no puede ser defendido por la fuerza. Ni por la razón.

INGLATERRA PROMETIO DURANTE TRES- CIENTOS AÑOS LA «INMEDIATA DEVOLU- CION DE GIBRALTAR»

En la Exposición, frente al departamento donde contemplan los sitios y los planes de ataque al Peñón, se han colocado los documentos que recogen las múltiples ofertas que a través de los años ha hecho Inglaterra a España para devolvernos Gibraltar. Este es el stand de las falsas promesas, de las promesas incumplidas. Lo encabeza una del rey Jorge I prometiendo a Felipe V la devolución de la ciudad. La carta data de 1721. El engaño dice así: «No dudo más en asegurar a Vuestra Magestad mi rapidez en satisfacerle por lo que respecta a su petición sobre la restitución de Gibraltar.» La rapidez se llama tres siglos.

Pasa el tiempo. Estamos en la guerra europea. Año 1940. Los ofrecimientos ingleses de devolución no se verán ahora tampoco interrumpidos. Es el propio primer ministro inglés Winston Churchill el que dice en sus Memorias, tomo II, edición de 1949: «Estoy convencido de que nada ganaríamos con brindar a España la discusión del problema de Gibraltar al término de la gue-

rra. Los españoles ya supondrán, que si ganamos la guerra no sacarán nada de nosotros, y si perdemos, no haría falta discusión alguna. No creo, pues, que una promesa de esta índole afecte a la decisión española.» Esta nota, dada a la Prensa, fué publicada con motivo de haber sido elevada una interpelación por el secretario del Foreign Office al primer ministro inglés sobre la oportunidad de negociar con España la devolución de Gibraltar el día 26 de junio de 1940.

Inglaterra está en situación difícil por los avances alemanes. Y no solamente promete Gibraltar, sino el Norte de Africa y la supremacía española en el Mediterráneo. Después de una comida a la que asistió Churchill, éste vuelve a ofrecer Gibraltar a España. El duque de Alba es el receptor del ofrecimiento. Y el propio duque de Alba envía un telegrama, fechado en Londres el 4 de julio de 1940 al Ministro de Asuntos Exteriores:

«Gobierno espera sigamos en buenas relaciones con él, y habiendo aprendido lección de pasados errores de su política hacia España, está dispuesto a considerar MAS ADELANTE todos nuestros problemas y aspiraciones, incluso la de Gibraltar. A su juicio, la existencia de una España fuerte e independiente de toda influencia extranjera interesa ahora a todos, incluso a Alemania, incluso a Inglaterra.»

Quince años hace del día en que se fechaba este telegrama. ¿A qué tiempo se refiere cuando dice «más adelante»?

UNA LECCION SIN OLVIDO

La ofensa viva de Gibraltar entra por los ojos a lo largo de las maquetas, de los gráficos y de las vitrinas.

En el orden histórico los documentos señalan la verdad; en el orden de las realizaciones humanas, la actividad aunadora de voluntades de José María Cordero Torres, la intuición plástica de Julio Guillén y el trabajo ordenador de documentos de Luis Sánchez Belda, director del Archivo Histórico Nacional y uno de los primeros especialistas en documentación histórica, han completado el éxito.

(Fotografías de Mora.)



UN NUEVO PRODUCTO EN EL MERCADO:

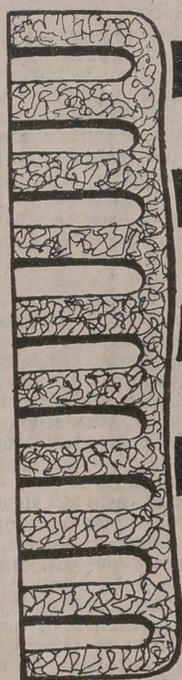
FOAMEX

UN NUEVO CONFORT EN EL HOGAR:

FOAMEX

FIRESTONE HISPANIA presenta el producto:

FOAMEX



TOTALMENTE BLANCO, BLANDO Y POROSO.

FOAMEX ES FRESQUISIMO EN TIEMPO CALUROSO.

ES ANTIALERGICO.

NO ADQUIERE VICIOS DE FORMA.

ES HIGIENICO. EN EL FOAMEX NO PUEDEN VIVIR INSECTOS NI GERMENES.

COLCHONES
ALMOHADAS
COJINES
ALMOHADONES...



Nuestro departamento especializado le confeccionará toda clase de artículos en las medidas que desee

El Corte Inglés

"DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO"

Exposición y venta: PLANTA SEGUNDA

**UNA
SUPREMACIA
EN EL MERCADO
FRUTERO,
GANADA A
PULSO**

EL TESON Y EL SENTIDO DE GRAN EMPRESA DE LOS BURRIANENSES HA CREADO UNA ENORME RIQUEZA



**TODO ES NARANJA
EN BURRIANA**



El alcalde de Liverpool, que visitó recientemente Burriana, corta una naranja



Vista parcial de Burriana, luminoso pueblo de La Plana, asomado al Mediterráneo

EN Burriana el año tiene solamente dos estaciones: verano y temporada naranjera, o sea, la «temporada», en que toda la vida ciudadana parece refugiarse en los almacenes de embalaje.

Todavía ahora, tan a final de estación, se ve poca gente por la calle, y, en cambio, en los almacenes hay ese zumbido, como de colmena, que produce la gente reunida, aunque casi esté en silencio.

Por las mañanas hay aquí como una costumbre presurosa, que hace que las muchachas vayan al almacén naranjero comiéndose un bocadillo mientras andan, en fila, a paso vivo. Parece que hay prisa por llegar a los puestos de trabajo, entre las cajas de fruta y los montones de papelillos finos. A la puerta de los almacenes se forman grupos de mujeres que han llegado demasiado pron-

to. Unos minutos antes de la puntualidad.

Esos corros de mujeres son bastante habladores, pero parecen estar en un compás de espera, no para las palabras, sino para la acción.

Ciudad de trabajo es esa de Burriana, en la que es muy difícil vivir parasitariamente del esfuerzo de los demás. Aquí no hay vagos, sino que diríase que está en el aire uno de esos desinfectantes con los que se espolvorean los naranjales, y que ese aire burriánense elimina, en todo el contorno humano, hasta la remota posibilidad de un zanganeo antisocial.

La naranja lo es todo en Burriana. Su esfera de vida. Su mundo, su monda y su lironda. Cuando se hiela la naranja, también se hiela la ciudad, la canción y la banda de música y el matarile. El contratiempo circu-

latorio es total, como en un gigantesco ataque de arteriosclerosis colectivo. Y es que hasta la sangre de los burriánenses parece hecha de zumo de naranja.

RIESGO ENORME EN EL NEGOCIO

El Círculo Frutero es el centro de gravedad económico de toda la población, y todas las demás entidades locales relacionadas con los exportadores son como grajos de ese Círculo, que, por estar basado en la naranja, más bien se podría llamar esfera. La Sociedad de Cazadores, las Peñas deportivas, las Sociedades musicales de la más pura valencianía, las Empresas que organizan las peleas de gallos, y hasta los grupos de quinielistas, son como feudatarios, si no del Círculo Frutero, por lo menos lo son de la naranja misma y del sentido eco-

nómico en que esta fruta pueda caer cada año. Aquí dicen que la naranja es un negocio de locos.

Es tan enorme el riesgo del negocio naranjero, que puede decirse que cada año la naranja está en el tejado, y todo el pueblo de Burriana mira a ver de qué lado y vertiente se inclina. Si se ve que va por mal camino, hay un ¡ay! colectivo que corre el peligro de transformarse en una preocupación total y multitudinaria.

Entonces, todas las conversaciones giran sobre lo mismo. Sobre la helada, las plagas o la vulnerable movilidad de los mercados exteriores, en los que se interfiere tantas veces esa extraña medusa de colores que es la política internacional.

UN SOLO COLOR: NARANJA

Pero pese a esa inseguridad, a la que Burriana ha acabado por acostumbrarse, pasaron los tiempos en que, ante un revés de cosecha o de distribución naranjera, la ciudad burriana pedía, a grandes gritos: «¡Barcos, pan y trabajo!». Ahora continúa el monocultivo y el solo color anaranjado de toda la economía burriana; continúa la imprevisibilidad, y sigue el riesgo habitual; pero las arcas locales están más llenas de recursos y experiencia, y las Cajas rurales tienen un provisor sistema de compensaciones, en las que, en pleno trallazo, no se pierde la calma, sino que se establece rápidamente un equilibrio entre la abundancia y la posible estrechez de cada temporada.

En este término municipal de Burriana, llano como la palma de la mano, se producía antes vino, arroz, trigo, cebada, aceite, caña de azúcar...; hoy está enteramente poblado de naranjos, de tal manera, que cuando en los alrededores se encuentra un pedacito de huerta, parece que el campo se ha equivocado al establecer esa calva de hortalizas en medio de lo que es como un gran jardín de naranjales al que bien

pueden aplicársele los calificativos de «municipal» y «espeso».

La economía local es toda satélite de la naranja, pero no por ello deja de haber en esta población fábricas que no están directamente relacionadas con el «dorado fruto». Las serrerías mecánicas, las fábricas de papel de seda, las imprentas de timbrado en cro y colores, y hasta las fábricas de clavos, si están en relación con la naranja; pero hay también aquí industrias de licores, muebles, baldosas hidráulicas, hielo, cuyos puntos de contacto con la principal riqueza de la localidad son bastante más remotos, aunque también se resentían de cualquier crisis en la exportación frutera.

EL «SACRO EGOISMO» DE LA HUERTA

En otra época, los alrededores de Burriana eran propensos al estancamiento de aguas, debido a la absoluta horizontalidad de la Plana; pero las lagunas malsanas y los terrenos pantanosos fueron desecados, y las abejas del azahar ocuparon el puesto que antes era de los mosquitos.

Sólo queda un estanque, «el Clot de la Mare de Deus», junto a una ermita, un estanque que ha sido respetado, que adorna el paisaje y sirve de reserva de aguas, como un pequeño embalse de 25 metros de ancho por cerca de 500 de largo. Todo lo demás es naranjal, camino de tránsito o playa, en un casi feroz palmo a palmo de tierra aprovechada con esmero de floricultor, con una dedicación que parece hasta obsesiva.

Y es que esa tierra de privilegio es la razón y la alegría de la huerta, y si es capaz de cultivarse sola, lo es mucho más cuando sobre ella se aplica el «sacro egoismo» de los hortelanos, que, en busca del propio provecho, benefician a todo el país y hacen que la Plana cuente en las cifras y en los planes que la renta nacional permite.

Una prueba de la gran fuerza de voluntad que tienen los bu-

rianaenses la tenemos en la cuestión de puerto comercial. Cuando el muelle no existía, el embarque de la naranja era realizado de una manera tan costosa como difícil, ya que aun en los días más fríos del invierno, este embarque se hacía por medio de embarcaciones, que, llenas de cajas, eran empujadas por hombres que se metían en el mar hasta que el agua les llegaba al cuello. Así se aproximaban a los buques en que esas cajas eran transportadas. Este método «senegales» ha sido utilizado hasta hace pocos años, pero ahora Burriana tiene un magnífico puerto comercial, y las operaciones de embarque se hacen de una manera mucho más rápida y sencilla.

BURRIANA, CUENCA DE AGRIOS

El día 8 de julio de 1908 fue declarado de utilidad pública el puerto de Burriana pero los avatares de la baja política impidieron la inclusión de este proyecto en el Plan General de Obras del Estado. Esto no lo lograron los burrianaenses hasta el 29 de abril de 1920 pese a que lo estuvieron reclamando con gran tesón sin lograr más que promesas a plazo indeterminado. El entonces Ministro de Fomento decía, en mayo de 1912, lo siguiente respecto al puerto de Burriana:

«Por diversas causas naturales, Burriana será siempre, mientras la naranja se cultive en su término y en la comarca, el punto preferente para el embarque de ese producto; y como de él depende, no ya la principal base de su riqueza, sino la vida toda de aquella vasta y hermosa región, es deber de patriotismo, y hasa de conciencia, la construcción de un buen puerto, en todos los medios para que el embarque de la naranja se realice con facilidad y rapidez».

El 23 de noviembre de 1922 se subastaron las obras y comenzaron los trabajos preliminares el día 8 de agosto de 1923.

Fué el Gobierno de don Miguel Primo de Rivera el que aceleró la marcha de la construcción del puerto de Burriana cuyo proyecto había dormido tantos años en los archivos oficiales. Se adelantó más de siete años que en varios lustros de bellas promesas.

Hoy el puerto comercial es el gran orgullo de Burriana y la salida natural de los productos de esa gran cuenca naranjeras que constituye su comarca.

Esta unidad comarcal de producción naranjera está formada por doce pueblos limítrofes o cercanos a Burriana y enclavados todos ellos en un radio no superior a los veinte kilómetros de distancia del puerto comercial burrianaense. Comprende esta cuenca una extensión de naranjales que llega por la parte Sur hasta la villa de Almenara, por el Norte hasta Almazora y hasta Onda por el lado Oeste. En este radio se halla una densidad de cultivo de agrios tan enorme que puede afirmarse que es la mayor y la más densa de toda España.

SUPREMACIA GANADA A PULSO

Este núcleo de cultivo y producción compacto permite vivir de



El lord mayor de Liverpool en su visita a los naranjales burrianaenses



Una perspectiva del Grao de Burriana

los naranjales a más de cinco mil familias solamente en Burriana. Familias que perciben una media anual de jornal superior a cuarenta y siete millones de pesetas.

De esta cantidad más de veinticinco millones de pesetas se emplean anualmente en pagar jornales para peones del campo que realizan el cultivo de las plantaciones naranjeras. El personal empleado en la recolección, manipulación y encestado del fruto gana unos jornales anuales superiores a los doce millones de pesetas solamente en la ciudad de Burriana, donde existen casi doscientos almacenes de naranjas entre los que son exportadores y los «vagoneros» o sea, los que se dedican al mercado interior.

En el Circulo Frutero, que es donde nos facilitan estos datos, nos dicen también que más de tres millones de pesetas anuales se emplean en pagar a los trabajadores portuarios por sus faenas de estiba y embarque y que otros dos millones de pesetas son para pagar al personal de las fábricas de cajas de madera, papel seda, timbrado... o sea, todas las industrias directamente relacionadas con el negocio naranjero.

«Che, el negoci es el negoci». Pero ese negocio frutero es fruto a su vez de una tesonera voluntad del hombre de esta tierra. No es solamente un regalo de la Naturaleza aunque sí lo sea la fertilidad del suelo que permite esos jardines de azahar. Ya hemos dicho que los naranjales de Burriana son relativamente recientes, por lo menos en su importancia actual que data desde 1900 para acá.

LOS ENVIADOS DEL NARANJAL

La supremacía que ostenta Burriana como puerto frutero ha sido ganada a pulso. Hasta el mismo puerto hubo que ganarlo a pulso y con una tesonera voluntad de tenerlo.

Y es que los burrianenses además del tesón tienen el sentido de empresa. Si no hubiera sido por aquellos hombres de la blusa que sin entender mucho de idicmas extranjeros y de costumbres extrañas no dudaron en cruzar las fronteras para ponerse en contacto con distribuidores y almacenistas de diferentes países sería casi inútil la riqueza naranjera de la Plana y no valdría la pena y el cuidado de este jardín en el que menos trabajo y preocupaciones daría el plantar cebollas.

Desde 1850 hasta ahora Europa ha sido invadida poco a poco por ese polen humano de las gentes de blusa, muchas de las cuales se establecieron en distintas ciudades para servir de agente a la gigantesca «operación naranja» a la que, de una manera continua, se le han abierto mercados cada vez más amplios. Esos embajadores de la huerta, esos hombres de blusa negra sin cruces, ni medallas, ni galones diplomáticos, con su aspecto aldeano y sus maneras rústicas, sin adornos ni plumajes de sombrero cortesano o de cancellería, llevaban bajo la gorra una idea que era a la vez utilitaria y de servicio a España, la de colocar la naranja española de una manera preferente en el mercado exterior.

CON SUAVE PAPEL DE SEDA

Aquellos hombres llegaron muy arriba en el mapa europeo con sus demostraciones de monda, explicándose por señas en unos países en los que la naranja es una fruta rarísima como lo es en el nuestro, por ejemplo, la piña tropical. Ellos hacían la guerra por su cuenta pero fueron ayudados por los tratados comerciales en cuyo logro bien pudiera haber en el fondo de un trato de nación más favorecida la simpatía por país en el que hasta los agrios tienen un agradable sabor que más bien parece dulce. Quizá fue-

sen los agrios los que dulcificaran el trato comercial y puede ser que fuese lo sedante del color naranja, la redondez y la suavidad de nuestra fruta la que limase muchas asperezas y llevara rodadas muchas cuestiones duras de pelar.

Burriana se precia de ser algo así como la madre y cuna de la exportación naranjera y no vamos a ser nosotros los que le discutamos un título que tiene bien ganado.

Hay aquí doscientos almacenistas. El Alcalde de Burriana, don Joaquín Urios Planelles, es también exportador y nos acompaña a la visita de sus almacenes. Las muchachas cantan una canción de moda mientras vamos pasar las naranjas como en un baile continuo por las cintas de clasificación. Unas máquinas lavan y cepillan la naranja hasta darle brillo. Después, mecánicamente, la fruta rueda por las cintas o esteras sin fin o por los rulos que, al separarse poco a poco, clasifican a la fruta por tamaños. La naranja cae en el correspondiente capacho y las operarias le envuelven en el papel de seda que lleva la marca de la casa exportadora.

ESOS CAMPEONES DEL MARTILLO

Frente a los almacenes Urios hay un taller de confección de cajas que pertenece a la misma empresa. Los visitamos también y nos admira la rapidez con que los embalajes son confeccionados; la presteza con que los obreros manejan las tablas y los clavos. Nos explican que esto es casi un deporte en Burriana y que hay entre los especialistas de este trabajo una noble emulación por ver quién hace más cajas en una hora. Los movimientos están muy estudiados, la manera de coger los clavos y guardarlos, el manejo de las tablas y el ojo, la destreza y rapidez de los golpes de martillo.

Le sugerimos al señor Alcalde



La recolección de naranja

la idea de organizar un Campeonato de carpinteros de almacén a ver quién es el que construye y tapa más cajas por minuto. Nos dicen que mientras dura la «temporada» hay una competición permanente entre esos especialistas y que ellos mismos saben quién es el campeón de cada año y cuando surge otro fenómeno de rapidez al que haya que proclamar as del martillo y las «puntas de París».

Ahora la temporada naranjera da las últimas bocanadas y muy pronto los almacenas van a cerrar durante unos meses. Luego, una capa de pintura a las máquinas y de nuevo esos almacenes parecerán como grandes cajas de resonancia en las que la naranja y las muchachas operarias serán los dos personajes principales.

Ahora se aproximan para los exportadores los días del balance y papeleo. Una tarea a la que se resiste siempre un poco el espíritu valenciano, menos dado a las complicaciones y formulismos de la burocracia.

SOMBRA DE PARO ESTACIONAL

El verano es la época de realizar los proyectos que quedaron condicionados a «si se paga bien la naranja». De este hecho hay como una tácita participación colectiva en los beneficios de la exportación y, si la temporada ha sido buena, todo el pueblo se siente feliz y puede realizar sus sueños de pesca con caña entre las cabrias en reposo o en el rompeolas de un puerto comercial burriánense que entonces está dormido o bien veranear bajo los

toldos de la magnífica playa local o irse a las altas montañas de la serranía de Espadán.

En el local del Cabildo de Labradores y Ganaderos hablamos con el pro-hombre don Bautista Soler Martínez y con el presidente del Sindicato de Riegos, don Bautista Ríos Granell, sobre problemas del paro estacional producido por el monocultivo naranjero.

El paro estacional que pueda haber en Burriana queda bastante neutralizado por la existencia en la localidad de una fuerte industria. El paro puede decirse que no afecta mucho a la prosperidad de la población.

Los cafés, los bares, los cinematógrafos, las tiendas de tejidos, las carnicerías... venden, desde luego, más durante la temporada naranjera que en el transcurso de los meses de letargo.

«BARCOS, PAN Y TRABAJO»

No son en Burriana «nueve meses de invierno y tres de infierno».

En estos momentos la producción y exportación de la naranja está en vías de normalidad, y si no fuera por el temor de las heladas no habría muchas preocupaciones en la Plana burriánense. Hay barcos en el Grao de Burriana, hay pan en las tahonas y en las casas y hay trabajo también abundante durante nueve meses y tampoco falta del todo al que lo sepa buscar en los demás me-

ses o bien en las industrias permanentes o en faenas complementarias que surgen del temperamento emprendedor y de iniciativa de los hombres de esta tierra.

Antes muchos de los jornaleros de la naranja se marchaban durante el veraneo a la vendimia y otros pueblos en los que el naranjal no lo era todo como ocurre aquí. Ahora ésta costumbre ha ido desapareciendo poco a poco ya que muchos de aquellos trabajadores agrícolas, por medio del ahorro, pasaron a ser propietarios de pequeñas parcelas de tierra que fueron destinadas a huertos familiares que se cultivan muy preferentemente durante los meses del paro naranjero.

Y cuando esto ocurre es buena señal. Un síntoma de que las cosas no andan ahora muy apretadas para los burriánenses.

CUANDO SALE EL ÚLTIMO BARCO

Cada vez se edifica más aquí. La población crece y se multiplica, incluso con la llegada de muchos trabajadores procedentes de otras provincias y que van en busca de esa riqueza dorada que hay en la Plana de una manera tan abundante. A esos trabajadores les llaman, no sabemos por qué, los «churros», pero éste es un país hospitalario y el mismo calificativo que se da a los forasteros de la emigración interior está bastante azucarado y no lleva retorcimientos ni malas intenciones. Los «churros» se aclimatan muy bien y quedan adaptados a las costumbres locales y hasta constituyen una poderosa ayuda para los meses en que todos los brazos son necesarios para recoger naranjas del campo, manipularlas en los almacenes y realizar su transporte hasta dejar las cajas perfectamente puestas en hileras y montones en las bodegas del barco.

Con el último «vapor» (en Burriana se llaman vapores a todos los barcos que no sean de vela, aunque marchen con motores Diesel) se termina el «negocio» y cuando ese último vapor atravesara la bocana del puerto comer-

Está a la venta el número 41 de

“POESIA ESPAÑOLA”

en el que encontrará las firmas de

Mannel Aleántara, Benjamín Arbeteta, Javier de Ben-gochea, Ramón Cid, Francisco-Tomás Comes, José María Fariás, Margarita Feal, Jean-Claude Ibert, Leopoldo de Luis, F. Martín Iniesta, Manuel Molina, José Miguel Naveros, Carlos Edmundo de Ory, Vicente Ramos y Félix Ros

Precio del ejemplar:

DIEZ PESETAS

Pedidos a Pinar, 5. Madrid



Moderno aspecto urbano de la plaza de España, de Burriana

cial es como si el alma burriana se subiera a lo alto del campanario (ese campanario es bello que ha habido que construir nuevamente porque se lo llevó la dinamita para ver al «vapor» mas tiempo hasta que el barco frutero se hace un poco que se pierde en el horizonte marchando quizá con su cargamento de frutas rumbo a la gran naranja del sol del crepúsculo en el mar. Y Burriana despidió al último «vapor» emocionada, un poco como una novia.

El puerto de Burriana es hoy el gran complemento de la Plana. El recolector de toda la cuenca y el orgullo de la ciudad. Lo habian deseado tanto los burrianenses este puerto comercial que muchos de ellos van a verlo en un paseo de más de dos kilómetros para tener el placer de darse cuenta, una vez más, de que este puerto existe. De que no es un sueño. Parece que este puerto comercial no se valora por lo útil que es, por lo rentable y práctico, sino por el placer que proporciona a los burrianenses su contemplación. Hay gente que toma una caña de pescar y se llega hasta el puerto, pero no en busca de peces, sino de sensaciones. Es un afán sensual de pasar la vista por los tinglados, los rompeolas y los puntos de amarre. Un deseo de ver los barcos. Un afán de contemplar el funcionamiento de la draga. Una sensualidad visual y casi táctil en definitiva. Algo que ruboriza un poco y parece deshonesto. De ahí que se tome una caña para disimular un poco ese extraño sensualismo portuario que ha producido un deseo que tuvieron que reprimir generaciones enteras.

UNA ESPUMA DE BANDERAS

En la campaña naranjera de 1953-54 han salido del puerto comercial de Burriana doscientos noventa y un «vapores» y veintisiete motoveleros. Cincuenta y ocho «vapores» fueron cargados con destino a dos países.

Son barcos de bandera española, alemana, inglesa, sueca, holandesa, noruega, belga, francesa... hasta el punto de que hay momentos en plena temporada, que el puerto comercial burriana, el flamante Grao de Burriana parece algo así como una unión europea a flote. Un pacto naranja y una entente frutera en la que rigen las más cordiales relaciones.

En el Grao de Burriana surge una nueva población de estibadores y gentes de mar. La vida allí no tendría problemas si no fuera por esa «barra» o banco de arena que se forma frente a la bocana del puerto. Para eso está la draga con sus trabajos cada vez más profundos. Para que el mar no impida el cargamento de cajas. Para los los buques continúen llegando felizmente y queden aprisionados en este puerto comercial como en una ratonera.

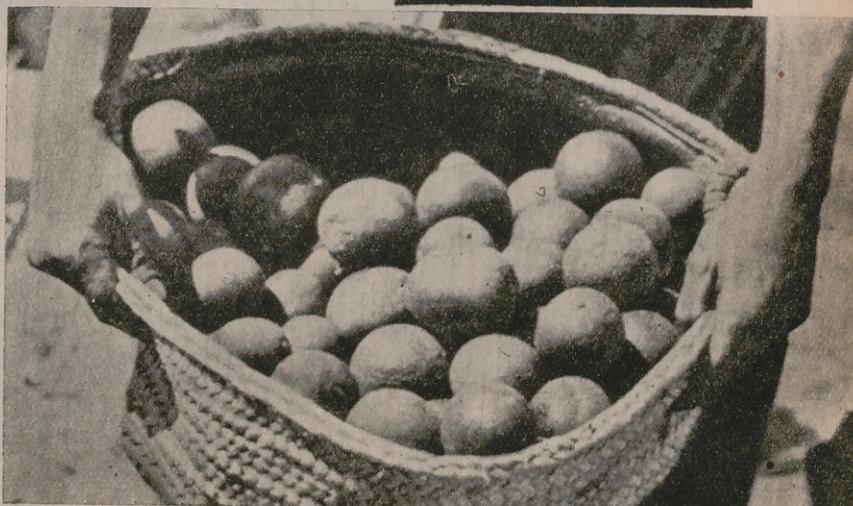
Tanto interés tienen en la buena conservación y limpieza de fondos del Grao de Burriana los organismos portuarios como el Sindicato de Frutos y Productos y Productos Hortícolas, el Cabildo de Hermandades y el Círculo Frutero. El dragado interesa a todos porque este puerto es la salida natural de la cuenca naranjera más densa de nuestro país.

Un deseo de ahora, referente al puerto comercial, es el del dotarlo de grúas eléctricas que faciliten y hagan más rápido el trabajo de embarque. Este es un puerto estacional en el que durante la temporada naranjera las horas son preciosas y hay que trabajar, a veces, día y noche debido a que los barcos llegan casi mordiéndose la cola. Nos dicen que habría que habilitar un muelle en el que pudieran atracar barcos de veintín pies de calado, pero que aún son más urgentes las grúas eléctricas para la rapidez de movimientos cuando el tiempo apremia y los minutos son preciosos.

Un mar de naranjales que desemboca en un puerto marítimo. Eso es Burriana. Pero también una ciudad próspera de altas fachadas y terrenos mudéjares. Una bella ciudad en la que la naranja es el todo. El principio y el fin de la economía local. Una realidad. Las naranjas de Burriana son algo así como naranjas de la China.

Francisco COSTA TORRO
(Enviado especial).

La naranja lo es todo en Burriana



MISIONERO SEGLAR

Por Fray LEON
Obispo de Teruel

AUNQUE es verdad que el problema misionero seglar va ganando terreno de día en día, no es menos cierto que muchos católicos todavía piensan que el misionar es un deber sólo de los sacerdotes, de los religiosos, de las almas consagradas a Dios; creen erróneamente que su obligación se restringe a ofrecer su óbolo y a rogar por la propagación de la fe. Dicen: He dado mi limosna al Domund y he lucido en mi solapa el emblema justificante: mi deber no va más allá.

Este modo de pensar y obrar es erróneo; esta postura es totalmente equivocada. Afirmamos que los católicos, si son consecuentes con sus creencias, no deben limitarse a propagar el Reino de Cristo desde la retaguardia con sus óbolos y sus oraciones; están obligados al apostolado misional, trabajando en favor de las Misiones en los campos, en los talleres, en las industrias, en las oficinas, en las diversiones, en la Prensa, etc., en conformidad con las circunstancias en las que se desenvuelve su vida.

Acaso dirá alguno, ¿por qué? Pues sencillamente porque los católicos todos están bautizados y confirmados. ¿Qué es el bautismo? Es la regeneración espiritual; es la consagración integral a Jesucristo y a sus empresas. Por el bautismo los católicos han renunciado al mundo, al demonio y a la carne; se han hecho miembros del Cuerpo místico de Cristo; están injertados en El como los sarmientos de la vid. Por tanto, su vida, sus intenciones, sus empresas deben ser la vida, las intenciones, las empresas de su cabeza, que es Cristo. Y, ¿quién no sabe que la vida, las intenciones y las empresas de Jesucristo se dirigieron a la gloria de Dios y a la conversión del mundo? Por esto se hizo hombre, nació, vivió, enseñó, sufrió y murió; por esto instituyó su Iglesia y dijo a sus discípulos: «Id por todo el mundo. Predicad el Evangelio a todas las criaturas». (Marcos, 16, 15).

Luego los católicos, por el mero hecho de estar bautizados, no pueden desentenderse del problema fundamental del Reino de Cristo que son las Misiones, ni contentarse con ofrecer su óbolo y rogar por ellas.

Pero los católicos están además confirmados. Y, ¿será acaso la confirmación sólo un título nobiliario o, a lo más, un arma para utilizarla en la lucha contra los enemigos de nuestra alma? De ningún modo. La confirmación es algo más. Si recordamos la solemne confirmación de los apóstoles y demás discípulos, el día de Pentecostés en el cenáculo, veremos que el Espíritu Santo infundió el espíritu de proselitismo en todos los creyentes que lo recibieron, e impulsados por El llevaron el nombre de Jesús por la Palestina, el Asia Menor, la Grecia, Italia, España y por todo el mundo conocido. La confirmación les hizo activos misioneros.

Séanos, pues, lícito preguntar: Los católicos, que han recibido el mismo Sacramento, que han sido con-

firmados «con la virtud de lo altos», que han sido constituidos mayores de edad y soldados de la Iglesia militante, ¿no tendrán derecho y obligación para intervenir con su actividad personal en la elaboración de la magnífica historia que se inició en Pentecostés y que ahora está riñendo sus batallas más decisivas en las fronteras del Reino de Cristo?

Precisa que los católicos se coloquen con su bautismo y su confirmación frente a los problemas de la humanidad contemporánea. Frente a los agentes soviéticos, verdaderos apóstoles seglares del comunismo, llenos de fe y entusiasmo y de ideales de conquista universal, la Iglesia pide misioneros seglares que influyan directamente en la estructuración cristiana de la sociedad y en la propagación de la fe por todo el mundo. Contra el laicismo se ha instituido la fiesta de Cristo Rey, para recordar al mundo que el Reinado de Cristo no se limita al templo, sino que se debe extender a la calle, a la política, al cine y a los salones de recreo; se ha organizado la Acción Católica de los seglares para llevar la virtud del Evangelio a todos los sectores de la vida social; han surgido esos institutos seglares, de los cuales dijo Pío XII en un Motu Proprio que vienen a ser: «Luz que en medio de las tinieblas del mundo brilla y no se extingue, y pequeño, pero eficaz fermento que obrando siempre y en todas partes, mezclado en todas las clases de la sociedad, desde las más bajas hasta las más altas, procura alcanzar y penetrar en todos y cada uno de los medios posibles, hasta conseguir informar la masa entera, de modo que toda ella sea fermentada en Cristo».

Los católicos, porque bautizados y confirmados, deben ser los misioneros seglares que lleven la virtud del Evangelio, y con él, la propagación del Reino de Cristo a todo ese complejo mundo de relaciones humanas, infranqueable a veces al sacerdote y al religioso, y que el comunismo quiere conquistar para su causa. No se trata tan sólo de suplir en algún modo la insuficiencia numérica de los misioneros eclesiásticos y religiosos, sino que hay que ejercer un apostolado seglar específico, el cual, según el Papa, se ejerce «no ya en el siglo, sino, por decirlo así, desde el siglo, y, por tanto, en las profesiones, actividades, formas, lugares y circunstancias correspondientes a la condición secular».

Católicos: no podéis renunciar a vuestra misión en estos momentos singularmente trágicos desentendiéndoos de vuestra colaboración específica como misioneros seglares. No basta ayudar con vuestro óbolo y vuestras oraciones a la obra de la propagación de la fe, a la extensión del Reino de Cristo; es preciso que vosotros mismos la propaguéis, es decir, debéis ser misioneros seglares.

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

PARA CONOCER

POESIA

ESPAÑOLA

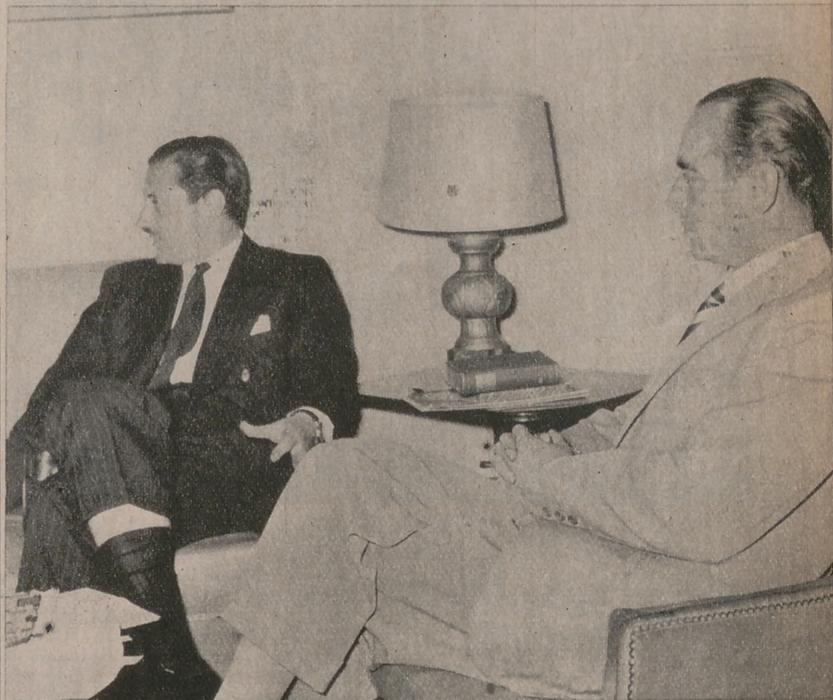
LA MEJOR REVISTA
LITERARIA, QUE SOLO
CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de , calle
..... , núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

LOS SECRETOS DE UN LIBRO HECHO EN COLABORACION ENTRE UN MILITAR Y UN PERIODISTA

"EMBAJADOR EN EL INFIERNO", FUENTE DE VERACIDAD Y JUSTEZA, DONDE TODO ESTA DICHO CON LA NORMA DEL HONOR



Los autores de «Embajador en el infierno». Torcuato Luca de Tena ha dado forma literaria a la narración del capitán Palacios

TORCUATO LUCA DE TENA Y EL CAPITAN PALACIOS

HAN ESCRITO UN RELATO LLENO DE HUMANIDAD, EMOCION Y REALISMO

A día siguiente de haber escalado el «Semiramis» era muy entrada la mañana y nadie se movía en el barco. La mayoría de los repatriados se había mareado. Otros dormían.

Salió a cubierta. Soldados y oficiales vestían lo mismo, pero ya desde el primer momento era muy fácil distinguirlos. Pregunté a un repatriado:

—¿Dónde está el camarote del capitán Palacios?

—Entrando por aquí, el primero a la derecha.

Abrió la puerta con gran cuidado. Era un camarote de dos literas. En la de arriba no había nadie, pero estaba un poco revuelta. Abajo, con las manos estiradas fuera de las sábanas, había un tipo que apenas abultaba nada. Su figura parecía como vaciada en escayola, y lo hubiera parecido mucho más si no hubiera estado unos segundos escuchando su respiración que, aunque normal, se la notaba tremendamente agotada. El capitán Palacios tenía el ceño fruncido y estaba como cuadrado militarmente. Tenía un poco también la rigidez de un cadáver. Hubo un momento en que me dió la impresión de que me estaba viendo y no quería hablarme.

Salió sugestionado. La figura del capitán Palacios imponía. Pero, más que nada, preocupaba. ¿Y si se muriera este hombre en estos días de navegación, después de todo lo pasado?

En el comedor de oficiales me encontré a Torcuato Luca de Tena, muy deportista. Tenía los ojos como quien ha corrido una gran juerga.

—¿Has dormido algo?—le pregunté.

—Poco—me respondió.

—¿A qué hora te acostaste?

—A eso de las cinco. Pero apenas he dormido nada. Estoy impresionado. Vamos en un barco lleno de espectros.

—¿Quién te ha impresionado más?

—El capitán Palacios—dijo sin titubear.

Se nos acercó un camarero griego. Traía en la mano una campanilla.

—¿Quieren desayunar ya?—nos preguntó en italiano.

—Zumo de naranja, si puede ser—dijo Torcuato.

—Café con leche—añadí yo.

El camarero, que era un tipo grueso que parecía ir meciéndose por el barco, se fué pasillo adelante agitando su campanilla.

Vi que Torcuato tenía encima de la mesa un bloc y al principio de página se podía leer aun a dos metros de distancia: capitán Palacios.

Indudablemente, había encontrado su personaje. Torcuato ya tenía protagonista. Se le veía obsesionado, inquieto, deseoso de inquirir y de saber. Miraba insistentemente hacia el pasillo del barco. En el último camarote de la izquierda dormía el capitán Palacios.

A la puerta se había colocado un soldado, y a todos los que pasaban les hacía el mismo ruego:

—No hacer ruido.



Un momento de la entrevista que publicamos en estas páginas



«Allí alcancé el mínimo de mi peso (fotografía de la izquierda). Veinticinco kilos menos de mi peso normal» (fotografía de la derecha)

Y AL AÑO Y PICO, LA BIOGRAFIA COMPLETA

La biografía del capitán Palacios que nos ha hecho Torcuato Luca de Tena tiene un capazo de aciertos. El primero y principal es que el libro no pierde en ningún momento su carácter de testimonio. El capitán Palacios, él personalmente, de un modo directo, auténtico, va narrando su tremenda peripecia desde que cayó prisionero en Kolpino. Pero su existencia no ha sido ni podía serlo algo exclusivo de la propia responsabilidad y de la propia angustia, sino que, como capitán siempre al frente, su tragedia es la de todos los españoles que en el cautiverio se someten a su mando. Será imposible ya contar la historia del cautiverio en Rusia, sea otro oficial el que la prosiga, o un ex aviador, o un ex marino rojo, sin tener delante como inspiración y autoridad el documento que pone en nuestras manos el capitán Palacios. Todas las semblanzas que aparezcan tendrán que vincularse y relacionarse con esta fuente de veracidad y justeza, donde todo está dicho según una norma de honor y con gran espíritu de justicia. Ahí queda claro que el ejemplo de entereza y resistencia que da el capitán Palacios no lo da nunca a título de valor personal o como prueba de una dignidad absolutamente íntima. Lo que le da fe y arrojo en esta lucha terrible con la disciplina enemiga es la asistencia que tiene de su tropa, la confianza que en él han puesto oficiales y soldados. Defenderse y resistir, soportar dolores, torturas y penalidades, es algo que excede la propia capacidad y que sólo se logra en virtud de que el grupo de españoles reunidos en el destierro han formado una comunidad irreductible, donde sobrevivir sin claudicar viene a ser un imperativo de la raza. La fortaleza de uno se sostiene en la del vecino, e incluso la debilidad de algunos se purifica y transforma cuando el hermano de al lado pone en tensión la fiera de la raza. Todos vivían del mismo patrimonio y de la misma herencia, virtudes que no se improvisan ni pueden improvisarse. Y

para que la prueba fuera más tremenda y milagrosa junto a los héroes están los traidores y cobardes en los que la estirpe da su fallo justamente para que más brille la pureza en el martirio de los leales. El capitán Palacios ha ido volcando, con una sinceridad y una memoria excelentes, esos once años que, escuchados por un hombre que no tuviera la agilidad, la finura y el brio de Torcuato Luca de Tena, no habría conseguido más que abrumarse de terrores y pesadillas. Pero aquí viene lo importante: Torcuato ha sabido escuchar, ha sabido preguntar, ha sabido escribir. En muchos casos su pluma no ha hecho más que recoger, trasladar, pero en la mayoría de las páginas hay una labor tensa y ardua de ordenación y selección de gran mérito artístico. Es difícil, muy difícil recoger en caliente un día y en frío otros esa hecatombe de episodios negrismos y darles una dimensión donde lo humano juega un papel como de crónica familiar unas veces y otras alcanza el tono de la epopeya. Todo ello sin que decaiga nunca el relieve y la proyección de cada escena.

La labor y penetración entre el refugiado y escritor era necesaria, esencial. Torcuato Luca de Tena ha sido el mágico duende que ha puesto en marcha una vida paralizada en 1938. Estas vidas de los prisioneros eran como relojes parados en los años 37, 38, 42, 43..., y saber ponerlos en marcha, hacer que funcionen al ritmo de lo actual, con una vehemencia en la evocación del martirio que no sea puramente aflictiva, sino que tenga interés de hecho universal, me parece un gran acierto.

EL PORQUE DEL TITULO: «EMBAJADOR EN EL INFIERNO»

—¿Habéis discutido mucho sobre el título del libro?—pregunto a Torcuato y al capitán.

—Ha habido sus más y sus menos.

—¿Quién no era partidario de «Embajador en el infierno?»

—Yo—responde el capitán Palacios.

—¿Cuál era entonces su título?

—«Por la puerta grande».

«Por la puerta grande» es como se titula el capítulo final del libro, que alude a la entrada en Barcelona. El capitán Palacios siempre forzó a luchar y a mantenerse íntegros, prometiendo una entrada feliz en la Patria «por la puerta grande», no por la ratonera. En este capítulo se narra la emocionante escena que podía dar lugar a este título.

—¿Es que no te gusta «Embajador en el infierno»?—me pregunta Torcuato.

—Me parece estupendo, pero no sé a qué viene.

Entonces Torcuato, sin hacer caso de las protestas del capitán Palacios me cuenta la historia del título:

Hace años se celebraba una reunión en una Embajada europea. Allí coincidieron Gromyko y cierto embajador español. Se decían vaguedades sobre el futuro del mundo. Un embajador, para amenizar la conversación seguramente, dijo:

—Puede que, con el tiempo, hasta España tenga embajador en Rusia.

—Ya tiene España un embajador en la U. R. S. S.—replicó Gromyko.

Los contentulios se esperaban alguna salida chistosa. Pero hubo otro diplomático que se atrevió a preguntar:

—¿Y quién es ese embajador, si se puede saber?

A lo que Gromyko respondió taxativo:

—El capitán Palacios.

Para muchos este nombre sonaba por primera vez y más bien creían que era una genialidad de Gromyko. Más tarde no sólo las Embajadas europeas, sino todas las del mundo, fueron teniendo noticia del capitán Palacios. Y todos coincidían en reconocer que España no necesitaba en Rusia más embajador que el capitán cautivo.

MAS SECRETOS DE UN LIBRO HECHO EN COLABORACION ENTRE UN MILITAR Y UN PERIODISTA

—¿Cuánto tiempo os ha llevado el hacer el libro?

—Desde diciembre hasta hace quince días—dice el capitán Palacios.

—Unos seis meses—responde Torcuato.

—¿Cuál ha sido el sistema de trabajo?

—Primero él me iba contando por épocas y campos de trabajo los hechos y yo tomaba notas responde Torcuato. Yo procuraba recogerlo todo con fidelidad, y al mismo tiempo intercalaba alguna nota o comentario que se me ocurría.

Después, al día siguiente—agrega el capitán Palacios—, él me leía lo que había escrito el día anterior y yo corregía, añadía o suprimía. Entonces Torcuato hacía una nueva redacción del texto.

—Pues ha sido una labor de chinos. ¿Y cuántas horas al día le dedicaban al libro?

—No había norma fija—dice Torcuato—, pero ha habido días en que hemos trabajado hasta diez y doce horas.

—Paseábamos juntos, comíamos por donde nos cogía leíamos, volvíamos a leer hasta que dábamos un capítulo por pasable.

—Pero conste—añade Torcuato—que nunca he hecho un trabajo con más gusto. El capitán Palacios tiene una memoria prodigiosa y un criterio muy eficaz para no señalar más que las cosas que realmente interesan. Para mí la colaboración no sólo ha sido entretenida, sino amena. El capitán Palacios es muy inteligente y yo he aprendido mucho.

—¿Y no se han peleado nunca

—No, lo que ha ocurrido—añade Torcuato Luca de Tena—es que a veces, cuando tenía que ceñirme a un punto en el que la intervención del capitán Palacios era destacada y su gesto había sido para aglutinar en una sola la voluntad de todos los españoles, tenía que suplirlo yéndome por ahí en busca del teniente Castillo o de algún soldado. Pues el capitán me resultaba demasiado parco en contar estos pasajes.

—Torcuato, ¿cómo calificarías tú el heroísmo del capitán Palacios?

—Diría simplemente que es un heroísmo civilizado. El se dio cuenta de que tenía «la obligación de no morir» y que su presencia era un vínculo de conexión entre todos los españoles; por eso se afianzó en la idea de dar un testimonio solemne de independencia de espíritu en nombre de España.

—No hice más que cumplir lisa y llanamente con mi deber. Lo mismo hicieron muchos más: Oroquieta, Altura, Castillo, Rosaleny, etc., fueron también decisivos en determinados momentos. El sobrevivir fué obra de todos, y en este todos están esos «soldadicos» extremeños, castellanos o gallegos que tantas veces se jugaron el tipo con nosotros y que alguno de ellos tiene una biografía colosal.

—¿Cuál fué la mayor dificultad que encontraron para terminar el libro?—pregunto.

—Perdón, capitán; esa pregunta la contesto yo—interviene Torcuato—. La mayor dificultad han sido los propios divisionarios, que no le dejan ni un rato en paz. No sólo fué su embajador en Rusia cuando escribía cartas a Vichinsky reclamando el derecho a la correspondencia o exigiendo la repatriación, sino que aquí los tiene todo el día en casa, aconsejándoles, ayudándoles... Siempre que he ido a su casa me he encontrado alguno comiendo allí. Se han acostumbrado a él y no le dejan.

SEMBLANZA DE UN CAPITAN ESPAÑOL

—Capitán, ¿cuál de los soldados le ha dejado más impresión de valiente y fiel?

—Victoriano Rodríguez es extraordinario. Habrá visto que a él le dedico un ejemplar en papel hilo, lo mismo que al general Muñoz Grandes. Victoriano Rodríguez, herido en el frente en una mano, siguió disparando con el amular. El le salvó la vida al teniente Castillo.

—Torcuato, ¿por qué has usado de la primera persona?



«Lo que hice yo lo hicieron también otros y lo hubiera hecho cualquier capitán español...»

—Has de saber que yo este libro se lo pedi tan sólo como editor. Yo quería publicar la historia del capitán Palacios a todo trance. Después, cuando me aceptó como colaborador, créeme que se lo agradeci.

—¿Qué capítulo, como autor-refundidor de estas Memorias, tienes por el más interesante de todos?

—Yo creo—responde Torcuato—que lo más emocionante de todo

el relato está en el capítulo titulado «Los procesos».

—Concretamente, estos días, ¿qué hace?

—Leo.

—¿Me quiere decir lo que lee?

—Con mucho gusto. Para mí sirven libros que usted acaso piense que son anticuados; pero calcule que yo empiezo ahora como a recordar releýendo. Estos días he leído «El divino impaciente», «En Flandes se ha puesto el sol»,



De izquierda a derecha: Castillo, Palacios y Rosaleny

«La rebelión de las masas», «El Conde Duque», «La venganza de Don Mendo», «Enrique IV». Yo voy leyendo como caen en mis manos, y los libros se puede decir que me vuelven a aquella vida perdida de antes del cautiverio.

—¿Y de los extranjeros?
—He pasado de Papini a «Don Camilo».

—¿Es verdad que se ha casado con una antigua novia, a la que ha encontrado viuda y con tres hijos?

—Es una hermosa verdad. Con María Paz me he vuelto a encoltrar a mí mismo y soy feliz. Había sido mi primera y única novia. La conocí en Africa.

—¿Su situación interior?
—Me encuentro justamente en el 18 de Julio.

El esquema que Torcuato Luca de Tena trazó en el «Semiramis» del capitán Palacios, y que reproduce en la página 10 del libro, reza así:

Teodoro Palacios Cueto, nacido el 11 de septiembre de 1912, en Potes (Santander). Hijo de hidalgos pobres. Cristiano viejo. Capitán de Infantería. Hecho prisionero («¡preparad bolas de nieve! Sirven de piedras...») el 10 de febrero de 1943, en el frente de Leningrado, sector de Kolpino, cerca de Krasnivor. Prisionero en los campos de concentración de Cheropoviets, Moscú, Suzdal, Oranque, Potma, Jarcov, Borovichi, Rewda, Chervacov y Borochilovgrado. Condenado tras las celdas por insubordinación en Kolpino (por negarse a declarar desnudo, pues aquello atentaba contra su dignidad militar); en Suzdal (por negarse a realizar trabajos agrícolas ante un piquete de soldados con armas cortas y perros policías, pues aquello violaba la Convención de Ginebra sobre prisioneros de guerra); en Oranque (por acudir en defensa de unos rojos españoles secuestrados por los rusos en una barraca); en Potma (por defender al teniente Altura, que había sido agredido por un centinela); en Jarcov (por negarse a trabajar como en Suzdal); en el número 1 de Borovichi (por encerrarse voluntariamente por solidaridad con un alférez a quien habían maltratado); en Rewda (por escribir al Gobierno soviético dos cartas reñidas a cuenta de otras manos) de Ky...)

Habia que añadir para la confección de la ficha, tres huelgas personales de hambre, cuatro cartas directas al ministro de Asuntos Exteriores, una historia de España escrita para el uso de los «soldadicos» cautivos, una «Universidad» creada e improvisada por él para intercambiar clases de idiomas entre los prisioneros de diversas nacionalidades, la inspiración (pues la organización corrió a cuenta de otras manos) de un servicio de ayuda alimenticia a los compañeros enfermos o de pauperados, y, por último, una defensa de cinco horas, de sí mismo y de tres compañeros, en el primer Tribunal militar que le condenó a muerte por agitación política y sabotaje.

Yo añadiría muy poco. Diría que el tipo enjuto, sobrio, ascético, duro, orgulloso, insobornable, se comprende en seguida diciendo que procede de las montañas san-

tanderinas, donde todavía quedan hidalgos de casta, que si no conservan grandes patrimonios si tienen a flor de piel un sentido férreo y religioso del honor y de las palabras dadas en la vida. No había fuerza humana capaz de quitarle los galones de la guerrera a un capitán así.

Donde se demuestra que la estirpe de los grandes capitanes no se ha extinguido en nuestra Patria y los mismos que tanto hemos admirado en los manuales de Historia subsisten y perviven entre nosotros actualmente. Este grupo de oficiales —Oroquieta, Altura, Castillo, Rosaleny— son un buen testimonio. Y los soldados también, por supuesto, aunque siempre fué el calor y la moral de los guías las que hicieron posibles aquellas batallas de nuestros prisioneros, que tanto asombro han causado en el mundo.

MAS COSAS SOBRE EL LIBRO Y LA VIDA ACTUAL DE LOS DIVISIONARIOS REPATRIADOS

—¿Se van adaptando, mi capitán, los repatriados?

—Se van adaptando. Mi gratitud al Ministro Girón y a don Carlos Pinilla no tiene nombre. También otros muchos se han portado muy bien, como Labadie y Roldán, Gobernadores de Asturias y Santander... Por lo general, todo España se ha volcado con ellos.

—Torcuato: ¿Es cierto que el libro ha dado en la Feria del Libro la máxima de venta?

—Es cierto.

—Me han dicho que «Embajador en el infierno» lo va a radiar una emisora española...

—Concretamente, Radio Madrid.

—De cuánto es la tirada inicial?

—De 10.000 ejemplares.

—¿Se va a traducir?

—De momento ya están cedidos los derechos para Japón, Alemania, Suiza, Bélgica, Canadá, Holanda...

—¿Hay proposiciones cinematográficas?

—Las hay.

—¿De cuánto es la oferta?

—Arrancan del medio millón.

—¿Habéis recibido cartas de felicitación?

—Muchas. Las primeras tres procedían del doctor Marañón, de Martín Artajo y Ruiz-Giménez...

—Capitán: ¿Se le ha quedado algún recuerdo sin transmitir a Torcuato Luca de Tena?

—Hubiera querido contarle más minuciosamente una misa que celebramos el Día de la Infantería en un campo de trabajo. El vino y el misal nos los prestó el pastor protestante.

—¿Qué comentario haría usted mismo a sus actitudes heroicas tal como quedan en la obra?

—Que lo que hice yo lo hicieron también otros y lo hubiera hecho cualquier capitán español. Yo sólo he ayudado a hacer posible aquello que Muñoz Grandes dijo a las madres al salir los divisionarios de Madrid: «Los hijos que me entregáis llenos de vida os los devolveré llenos de gloria.» Se ha cumplido la orden.

Y aquí termina una entrevista que, entre cigarrillos y vasos de whisky ha durado tres horas. Pero encuentro necesario añadir algo más.

HEROISMO, EMOCION, INTERES Y AMENIDAD DEL RELATO

Voy a brindar al lector, como prueba de antología, algunos trozos. No elegiré ni los más truculentos ni los más épicos, que son los más característicos del libro. Elijo, por el contrario, aquellos que por su sobriedad narrativa o su temblor poético elevan el libro de la calidad de reportaje a la de auténtica obra de creación literaria:

Aquella escena, por ejemplo, del encuentro con un español del «Cabo San Agustín»:

Una estación, no recuerdo cuál, de una ciudad populosa. Viajeros, soldados, campesinos, mendigos. En un extremo, prisioneros de guerra y delincuentes comunes, en cucullas, las manos en la nuca, esperan la orden de levantarse para iniciar su camino. Sale el tren y disminuye el público. Los presos se levantan y se ponen en marcha. Un mendigo les observa atentamente. Es un viejo harapiento y barbudo. De pronto, el mendigo, movido por una fuerza irresistible, se abalanza sobre uno de los grupos de prisioneros.

—«Españoles, españoles! — comienza a gritar.

Estos se detienen asombrados ante aquel anciano miserable que les habla torpemente —pues la emoción nubla su voz— en perfecto castellano.

—¿Quién eres?... —le preguntan.

—Soy un marinero del «Cabo San Agustín», de la Compañía Ybarra... ¿Y vosotros?

Los rusos empujan a los españoles y apartan al pobre barbudo, que les persigue corriendo.

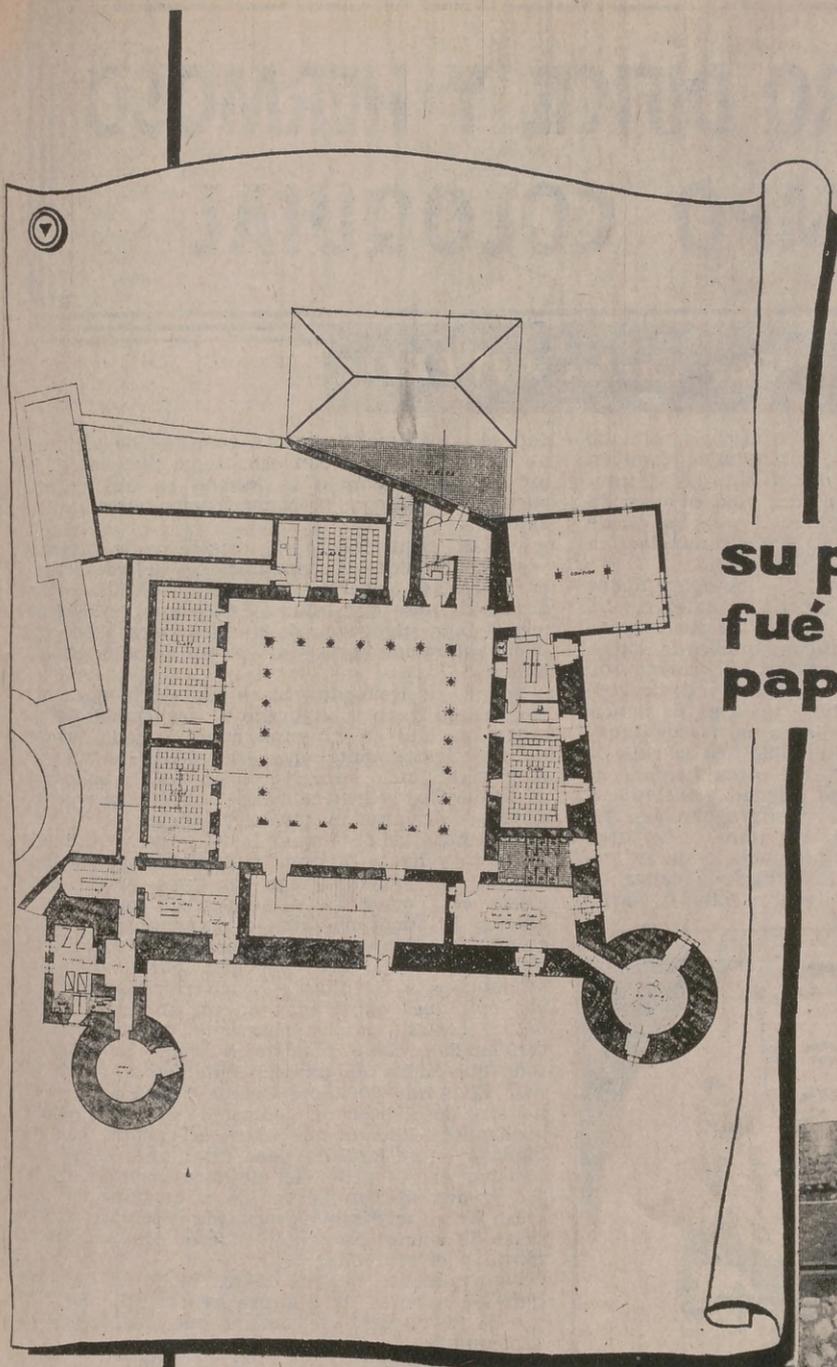
—Somos prisioneros de guerra. El mendigo hizo un esfuerzo y alcanzó a la columna que avanzaba al ritmo que marcaban los centinelas.

—¡Llevadme con vosotros! ¡Nadie se dará cuenta de que hay uno más!

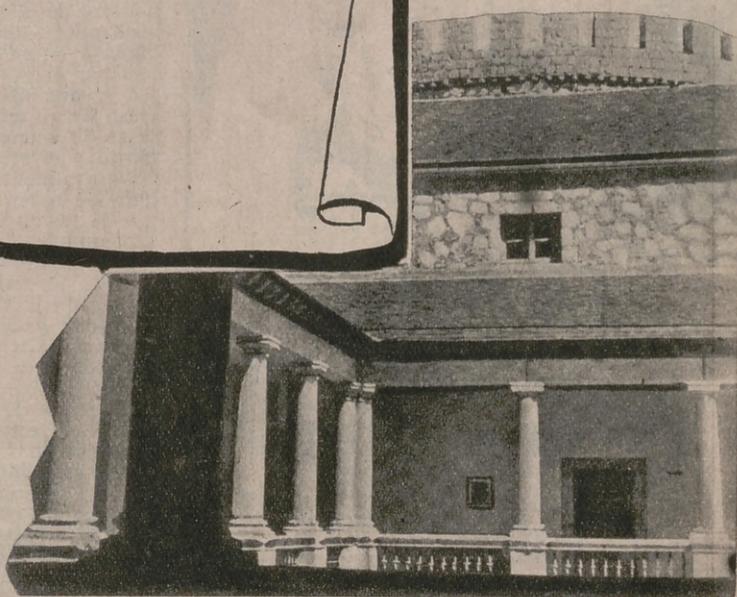
Su grito era desgarrador: «Llevadme con vosotros»... El ruso apartó al anciano de un menotazo.

Después de los cuentos venían las canciones. Tatiana, la voz de la invisible Tatiana, solía iniciarlas, y después, poco a poco, iba creciendo un rumor de voces de hombres que, tenuemente, la coreaban. Desaparecían entonces las paredes de la cárcel, la obesión de las rejas, y la música nos llevaba a campo abierto, en un paseo sobre nubes y sin guardianes, camino de mil imposibles, al encuentro de seres entrañables, velados por el tiempo y la niebla. A veces, parecía que la música iba a ser interrumpida por un sollozo desgarrador, por una congoja frenética. Pero nunca ocurría así. La tristeza de las voces estaba mucho más allá de la esperanza. Eran, remeros de galeras que viajaban por mares imposibles, sin ver desde su encierro las aguas de plata salpicando, rebeldes y libres, el cascarón del tajamar; sin ver las gaviotas remanendo quietas contra el viento; sin ver las nubes desmelenando el horizonte, ni las islas de jabón arribada, donde dicen que el sueño se mueve, imitando a la cubierta, si el viaje ha sido largo y duro el temporal. Eran voces de ciego las que cantaban, sin rencor, en un diálogo tremendo con la luz.

J. L. CASTILLO PUCHE



**su principio
fué
papel**



**nuestra civilización no
sería posible sin papel**

NUESTRO DIFÍCIL Y HERMOSO TIEMPO COLOQUIAL

Por Carlos RIVERO

NUESTRO tiempo ofrece al intelectual, al lado de atractivos evidentes, dificultades también notorias. La tenacidad y el decoro con que el intelectual arrostre estas dificultades vienen a ser la piedra de toque de su autenticidad, pues no puede llamarse intelectual quien no haya renunciado a vivir cómodamente.

El remilgado escrúpulo con que los oportunistas escapan hoy al calificativo de intelectuales revela, de modo claro, que el serlo y afrontar sus responsabilidades no constituye ninguna prebenda social.

Digamos de nuevo, que los días que corren son duros para el hombre con vocación y dedicación de cultura. Le ha tocado ahora un área de actuación que antes eludía o, al menos, no frecuentaba: la calle. Incluso se puede decir que hoy la calle le pide cuentas al intelectual. En otros tiempos se respetaban sus privilegios de soledad y aislamiento, y las gentes curiosas se conformaban con recibir su magisterio a través del libro y de largo en largo, a través de la conferencia o de la lección en aulas. Pero la calle —digo «la calle» en una liberal acepción que envuelve toda la varie-

dad social animada de una voluntad de cultura— no se conforma ya con eso. Sigue pidiendo el libro, la conferencia o la lección en aulas; pero, además, el diálogo, la comunicación directa y coloquial.

Ese es seguramente, el origen de lo que hoy —sobreentendidas las vinculaciones del vocablo con la actividad cultural— llamamos «coloquio». Añadamos de paso que estamos ante uno de los fenómenos más sugestivos de nuestra hora y en cuya justa valoración social tal vez no se haya atinado todavía.

No es —innecesario parece advertirlo— que nuestro tiempo haya inaugurado el «coloquio». Lo que ocurre es que en ninguna época pasada tuvo el carácter instrumental que ahora tiene ni fué esta especie de juicio sumarisimo en que la calle pide al intelectual —generalmente sobre temas de urgencia— declaración lúcida y sincera.

Y es hora ya de elogiar la honradez y el humilde gesto y hasta la puntualidad con que los intelectuales hoy comparecen en estos juicios. Contrasta esta conducta —señalémoslo en premio a quienes la adoptan— con la repugnancia al «coloquio» que caracterizó, pongamos por ejemplo, a los hombres del 98. Que, por otra parte, eran muy aficionados a tertulias y «cacharrerías»; pero cuyas opiniones expresadas en un ambiente amical de trasbotica, por valiosas que fuesen, estaban condenadas, como magisterio social, a un resultado que había de parecerse mucho a la esterilidad. El propio don José Ortega y Gasset no es un hombre de disposición demasiado generosa para el «coloquio». Recordemos aquel «Tenemos que hablar, jóvenes» lanzado hace unos años en el Ateneo por el autor de «La deshumanización del arte» y que al fin ha venido a quedarse en una frase sin su legitimo y prometido desenlace, en una frase de acento oscilante entre la conminación, el elogio y el reproche...

Naturalmente que en cierto modo se comprenden los temores de algunas gentes ante los riesgos de frivolidad o de cinismo que amenazan a los «coloquios».

Es verdad vieja la de que al hombre, lo único que en el fondo le importa es el hombre. A la vuelta de la tremenda crueldad, disociación, insolidaridad y demencia del mundo que nos tocó vivir, nos hallamos con que hoy el interés del hombre por el hombre es más acuciante y real que nunca.

El éxito de la biografía como género literario entre los lectores de hoy, suministra un buen argumento en favor de nuestra afirmación. Y, como un antecedente más lejano, pero rotundo e ilustre del interés del hombre español por el hombre a secas, ahí está la obra de nuestros grandes maestros de la pintura, en la que el hombre —siempre el hombre— domina y predomina con su expresión de júbilo o de tristeza, de triunfo o de fracaso, de ascetismo o de crápula, sobre cualquier motivo del paisaje o del ambiente, que invariablemente queda reducido a simple anécdota frente al categórico signo humano.

Pues en esto radica, indudablemente el más grave peligro que para los «coloquios» ofrece nuestro medio.

Un desmedido —y un tanto novelero— afán por la biografía puede dejar reducidos los «coloquios» a una más o menos sugestiva exhibición de trapos



EL DINERO...

...cuesta bastante ganarlo y cuando hay un buen producto, de excelente resultado y completa garantía, a precio muy conveniente, como la

LOCION AZUFRE VERI

no es preciso gastar más.

Frescos de 5 tomoños. PRECIOS MODERADOS, posibles por su gran venta y exportación a Hispano-América. El tomoño corriente sólo cuesta ptas. 17,10; el tomoño pequeño ptas. 11 (impres. incluidos).

Es de admirable resultado para conservar un cabello sano, sin caspa ni picor, fuerte y vigoroso, LLENO DE VIDA.

DESCONFIE
DE
IMITACIONES

TIENE GARANTIA
FARMACEUTICA

Si desea un folleto gratis,
escriba a INTEA,
Apartado 82 - Santander

intimos. La cosa tiene gracia para quien —oyente o relator— se siente atraído por lo picante. (Recuerdo a este propósito que alguien en un «coloquio» pidió a un escritor muy celebrado que refiriese la historia de sus enamoramientos simultáneos y sucesivos, y menos mal que obtuvo una respuesta tan ingeniosa como impecablemente evasiva.)

Pues si se quiere que los «coloquios» cumplan una función trascendente hay que alejarlos de ese doble peligro de la frivolidad y el cinismo. Se impone, por tanto la necesidad de hacerlos incómodos los «coloquios» a quienes van a ellos no a saber cómo piensa un intelectual respecto a determinado tema o problema, sino a enterarse, «de visu», de si lleva trajes bien cortados, tiene el cabello a ondas y descubre sin dengues, a la menor insinuación de la curiosidad ajena, las zonas sucias de su vida y su alma.

Se precisa hacer áridos y cargantes los «coloquios» para ese tipo de concurrente «rosa», o superficial, o mostrenco que busca en ellos una especie de largometraje oral de anécdotas y chismes.

Claro está que el propio intelectual tiene en sus manos los medios de evitar que los «coloquios» traicionen sus posibilidades de fertilidad social acomodándose a una derivación banal en olor de pequeño escándalo de conventillo.

Más, a su vez, quienes desde los «graderos» participan en los «coloquios» necesitan pensar que el diálogo de honesta inspiración intelectual tiene siempre un sentido de colaboración, de ayuda, y no debe degenerar jamás en un despiadado ejercicio de caza, dentro de cuyas sañudas normas sean lícitos tanto el hachazo como la zancadilla.

Por ahí andan muchos que, tal vez tomándose el desquite de sus propios fracasos académicos intentan convertir los «coloquios» en algo así como un examen de Estado para el intelectual. Ello es pueril, pero comparte el riesgo de que el intelectual rechace el diálogo por no someterse a ese estúpido juego cinegético.

No se trata aquí de que al intelectual se le ofrezcan sesiones amerengadas, de fácil digestión, propicias al alarde sin peligro, a la impunidad. Eso es lo mismo que dejarle monologar, y para tal resultado son rigurosamente innecesarios —porque serían desleales a su finalidad, frustrándola— los «coloquios».

Ya hemos dicho que quien acude como protagonista a un «coloquio» se somete al juicio de la calle. Es decir, acepta su responsabilidad y pecha sin violencia con sus consecuencias. Pero, por la propia humildad de su comparecencia, tiene derecho —que ha de serle reconocido, no sólo por la cortesía, sino también por la honestidad— a que el interrogatorio se mantenga de principio a fin, en un alto nivel de plural dignidad.

Y me urge hacer la aclaración de que aun empleando aquí en un significado generoso y amplio el término «intelectual», no alcanza—ni decentemente podría alcanzar en modo alguno— a esa especie de matuteros en quienes la audacia —mientras el truco no se descubre—suple a la cultura. Respecto a éstos, los «coloquios» han tenido la estimabilísima virtud de revelar—dando pública certificación del descubrimiento—que son irredimiblemente inútiles, o majaderos, o tontos.

Con sólo esta eficacia para evidenciar las falsificaciones, los «coloquios» tendríamos ejecución bastante para justificar su utilidad social. Pero es que, además, cuando han acertado a abrir sus tribunas a valores contrastados, han servido para establecer importantes precisiones en torno al complejo problematismo de nuestro tiempo. Han servido y están sirviendo para manifestar la voluntad de intervencionismo social—en la calle, aceptando el diálogo público—del intelectual de nuestros días, con la que se quiebra una funesta tradición de inhibiciones y «torres de marfil». Y aun, por añadidura, vienen siendo valiosos a un intento de familiarizar al curioso y despierto español medio con las cuestiones que señalan los rasgos esenciales de la fisonomía del mundo que estamos viviendo.

No hay duda, pues, de que logros e intentos resultan, reunidos, méritos suficientes para destacar la necesidad de que sea salvado de la frivolidad y la novelaría ese estupendo instrumento de la cultura que son los «coloquios».



**La piel
quedará
como antes**

Nadie ignora que la acción de la navaja o la cuchilla de afeitar es nociva para la piel; pero también lo son muchos productos vulgares usados después del afeitado. La famosa Crema NIVEA, en masajes o fricciones representa, en cambio, garantía y protección. Refresca, suaviza, desinfecta y tonifica la piel irritada.



Única Crema que contiene **EUCERITA**
Producto afín a la grasa cutánea. Penetra profundamente en la piel y reemplaza la grasa natural de los tejidos.

Crema NIVEA

LABORATORIOS

GUSTAVO REDER, S. A.—APART. 337—MADRID

EVOCACION DEL TIEMPO DORADO DE LA HABANERA

"Allá en La Habana pasan las mismas cosas, vidita mía, que aquí en España"

"La habanera es una bella flor, tan suave y tan dulce a la vez, como el mismo amor"

La habanera clásica va a resucitar este verano en el festival de Torre Vieja



El general Máximo Gómez, montado a caballo, y girando la bahía de La Habana. Al fondo, el castillo del Morro, magnífico centinela, lleva el nombre de una maravillosa habanera que bailan las aguas del



«Quiero habitar un bohío — hecho de pencas de guano — y fumar tabaco habano — con libertad y albedrío...»

¿DONDE HAÑ IDO LAS TREMEBUNDAS, LAS SENTIMENTALONAS HABANERAS QUE SE CANTABAN HACE OCHENTA AÑOS?

UNO, que se crió orillas del mar de Almería, puede sospechar que fué lactado al compás de alguna habanera. Por una serie de circunstancias que aislaron a los pueblos de aquel litoral, incluso los que todavía somos jóvenes podemos recordar costumbres, juegos y canciones muy de antaño, que aprendimos siendo niños, y que apenas si se co-

nocian ya en otras provincias españolas. Al aislamiento de los pueblos costeros de Almería hay que sumar la vida recoleta que, consecuentemente, se hacía en ellos hace unos veinticinco años. Y es así que recordamos a nuestra hermana aprendiendo a tocar el piano ante una partitura de Iradier... Muchas veces, hablando de esto con amigos que ya pasaron de los setenta, se asombraron de oírme conocedor de antiguas canciones, principalmente habaneras, que ya creían engullidas por el tiempo. No hay mejor cosa para alegrar a un vie-



La habanera sabe, entre otras cosas, ya a piña, a fruta bomba y a mango, ya a guayaba, a guanábua y a

jo (mejor cosa aun que el vino) que la de cantarle las canciones que él oyó cantar y cantó siendo muchacho.

La música es el más hondo y delicado estimulante de la memoria, y siempre nos hace recobrar deliciosamente el tiempo pasado. Ahora, mientras escribo esta rapsodia sentimental y desordenada sobre la habanera (que fué la más dulce embajada criolla que España recibiera), viene a mi memoria una que oí cantar a mi madre siendo yo muy pequeño, cuya letra encontré luego en un novelón de Pérez Escrich, creo que titulado «El mártir del Gólgota». Esta habanera debe tener más de ochenta años y empieza así:

«Nací en la cumbre de una montaña
vibrando el trueno desgarrador,
crecí en el fondo de una cabaña,
y hoy que soy hombre, muero de amor.

Hijo del Trueno me apellidaron,
pues noche horrible me vió nacer,
y unos bandidos alimentaron
a la cuitada que me dió el ser...»

El lamento de Guanerjes es lamentable, y en él se narran, como en las más características habaneras de aquel tiempo, tremendas desventuras. Una noche, hace dos o tres años, se lo tarareaba yo a Cansinos Assens y, según me dijo, la letra y la música lo devolvieron a su Sevilla del noventa y tantos. Otra de las habaneras que aprendí siendo niño tiene el encanto de recuperarme a mi madre y a mis tías con veintiocho años menos, y cada una de sus estrofas está asociada a un rincón de playa de Carboneras, con merienda sobre la arena y al fondo las dos isletas de la bahía. Seguro estoy

EL ULTIMO ROMANCE ULTRAMARINO ESPAÑOL



¿Paseó la habanera por la Alameda gaditana antes de celebrar su apoteosis en La Habana?



Este paseo de Torre Vieja será el principal escenario del Festival de la habanera en agosto próximo

de que cuando os diga su letra retrocederéis también a vuestros primeros años. Hela aquí:

«En el fondo del mar nació la perla,
en alta roca la violeta azul,
en densas nubes la gota de rocío,
y en mi memoria y en mis sueños,

Murió la perla en imperial diamante,
en búcaro gentil la mustia flor,
volvió a las nubes la gota de rocío,
pero en mi pecho jamás morirás tú...»

¿Dónde han ido a sumergirse todas estas canciones? ¿Quién se acuerda ya de aquella folletinesca habanera que cí a un ciego llamado Núñez, mientras ponía en movimiento los fuelles de su fragua?...»

«Cruzan por el espacio soles, lunas y estrellas,
todas a cual más bellas,
con fulgido esplendor...»

Sólo en el mundo existe una infeliz criatura

que, llena de tristura,
no puede contemplar
lo gigante que es el mar,
la belleza de la flor...»

¿Y quién recuerda ya la habanera aquella, creo que titulada «País de abanico», que cantaba mi hermana, quien la aprendió de mi abuela, y que un día, oyéndomela cantar mi padre, dijo que le recordaba sus juegos de niño en Cala-Verde, allá en Villaricos la mediterránea? Dice así:

«Vente, niña, conmigo al mar,
que allí tengo yo un bajel;
bogaremos los dos en él,
tú la reina del mar serás...»

Vente, niña, y verás mis países
que sus aguas bien tranquilas son;
viviremos los dos muy felices,
niña mía de mi corazón...»

Y al amanecer verás
los rayos del sol salir,
y las estrellas brillar,
y en tu frente relucir
del puro amor...»

Recuerdo otras habaneras (dis-
puesto estoy a tararear cuantas
cite aquí) de diferentes motivos,
aunque siempre predomina en
ellas el tema del mar y del amor,
como en aquella de

«Cuando voy por alta mar
me acuerdo de tu amor
vuelvo la vista hacia atrás
y murmuro esta canción:
Ven, niña, ven, que en el mundo
[no habrá
otra mujer que te pueda igualar.
Ven, niña, ven, por compasión ¡Qué
dolor!
que si no vienes, muero de amor...»

O aquella otra (que, por cierto,
no sé si será la misma que aca-
bo de recordar) en la que un
amante reprocha melancólicamente
a su prenda querida:

«¿Dónde están las promesas que
[hiciste
de no olvidarme jamás un momento?
¿Dónde están los santos juramentos?
¿Dónde están las palabras de amor?»

Y aquella de

«Cuando en la playa mi bella Loia
su larga cola luciendo va,
los marineros se vuelven locos
y hasta el piloto pierde el compás...»

Esta habanera tiene intrigado
a un viejo amigo mío, pues quiere
ver en ella algo así como un
solaje del mito de las sirenas, y
cuando a este propósito le indi-
qué que Juan Aparicio, en carta
al señor Puig Paláu, dice que la
habanera es la realización plás-
tica, casi carnal, de un mito he-
lénico, mi viejo amigo se alegró
muchísimo, y desde entonces,
cuando cantamos aquello de

«¡Ay, qué placer
que sentí yo
cuando en la playa
con el pañueio
me saludó!...»

no puede dejar de recordar el
lance de Ulises.

Pero estas habaneras que he-
mos recordado parecen ser de es-
tilo peninsular, como lo son tam-
bién la de «La Gran Via» (que
a Nietzsche le pareció canalles-
ca) y la contemporánea del solda-
dado, de «Luisa Fernanda», o sea:
las habaneras zarzueleras. Del
tiempo dorado hay una muy

célebre, casi desacreditada por
su excesiva circulación, que sí
habla de Cuba y que, según pa-
rece (no recuerdo ahora si es
Marimée el que habla de esto en
una carta), fué escrita para que
la interpretaran a la guitarra ma-
nos imperiales. «La paloma» es,
sin duda, la más perdurable de
todas las habaneras.

Hay otra, muy posterior, no sé
si del maestro Villa, que se can-
taba mucho hace veinte años:

«Allá en La Habana cierta mulata
de un hombre blanco se enamoró...
Dígame usted
lo que pasó...»

¿No recordáis lo de la mulata
zalamera que se llevó al blanco
a su bohío y de pronto se pre-
sentó un negrozo con un cu-
chillo?...

«Pero al ir a tirarse a matar,
escarbó, los miró y se marchó...
Allá en La Habana, allá en la Ha-
[bana
pasan las mismas cosas, vidita mía,
que aquí en España...»

Podríamos estar algunas horas
recordando habaneras. Hace dos
años, en Santander, después de
estar media noche entonando
canciones junto al mar de La
Magdalena con Castro Arines,
Gaya Nuño, Fisac, Mampaso y
otros muchos amigos, un domi-
nico me preguntó que de dónde
había salido, pues les eché enci-
ma casi cien años de habane-
ras... (El farol, en todo caso, es
inofensivo.)

¿DONDE Y COMO NACIO LA DULCE, LA AMATO- RIA Y NUNCA CURSI HABANERA?

Si, ¿cuándo, cómo y dónde na-
ció la canción amable? ¿Es ella,
como antonómasicamente parece
cantar su nombre, originaria de
La Habana? ¿Nació, por el con-
trario, en Andalucía y se embar-
có en Cádiz rumbo a la Perla de
las Antillas? ¿Será mulata, cri-
olla o española peninsular la ha-
banera? Intentaremos aclararlo
sin meternos en profundidades,
sin más brújula que esto que se
llama un poco de cultura gene-
ral.

Cuba fué, sin duda, la novia de
España, y España, para cantarle
canciones de amor, desembarcó
en La Habana guitarras, tiples y
rabeles, bandólas, peteneras, se-
guiriyas, tangos, tientos, fandangos
y tanguillos. Si; Cuba fué la
novia de España, y de ningún
otro país americano sabemos tan-
tas cosas familiares como de Cu-
ba. Ya lo estáis recordando; nues-
tra niñez y la de nuestros padres
se levanta al compás de la ha-
banera, y no del gato argentino
ni del huapango mejicano. La
Habana fué el corazón sentimental
y estratégico del Imperio es-
pañol de Ultramar. En la bahía
habanera, al amparo del Marro y
de la Cabaña, hicieron estadias
las flotas de Indias, al aguardo
de que el Caribe se limpiara de
piratas y de ciclones, para salir
en conserva rumbo a los puertos
andaluces. «Entonces — dice el

gran conocedor de todo lo anti-
llano que es don Fernando Or-
tiz—se reunían en La Habana
multitud de personas, magnates
en repatriación y mercaderes en-
riquecidos, señores de copete y
mozas de rumbo, jueces y frailes
muy letrados y vividos y, so-
bre todo, millares de soldados fo-
gueados en todas las tierras y ga-
leotes y marineros surcadores de
todos los mares.»

La Habana fué requebrada con
canciones de España, canciones
que la población afrocubana bal-
ló al son de maracas y bungas,
taboras y marimbas, añadiéndoles,
al interpretarlas, ritmos nue-
vos. Y la petenera, pongamos
por caso, de tanto adulzonzarse
se convirtió en guajira. Más tar-
de, la guajira se tornó funeraria,
como en una especie de roman-
ticismo rural y pantéonico:

«Una noche que la luna
no daba su luz tan bella
y solamente una estrella
alumbraba mi fortuna,
sin esperanza ninguna
en un cementerio, entré
y una dalia coloqué
en prueba del amor mío,
donde están los restos fríos
de la mujer que adoré...»

Las músicas de España tem-
plaban nostalgias y añadían fue-
go al ambiente. Mientras los gua-
jiros (voz árabe llevada a Cuba
por los andaluces o los cana-
rios) daban al son del temple,
como en las folías, su versión
trágica y azucarada de la pete-
nera, en la ciudad, en La Habana,
se hacían lánguidos el tango y
los tientos; es decir, nacía la
música criolla, tierna y cálida
como carne de mameyes: nacía
el danzón, como una variedad
más de la antigua contradanza
habanera, uno de cuyos más cé-
lebres autores fué Manuel Saumell
y Robredo, el autor de «La pa-
lla» y de «Los ojos de Pepa». Y
del danzón nacía la habanera,
abuelos unos y otros del son gua-
jiro y de la rumba afroantilla-
na. Estas últimas variaciones
han producido una de las más
bellas canciones que se han es-
crito en este mundo: «Ciboney»,
de Lecuona, añorante llamada de
amor a los desaparecidos dueños
de aquellas islas doradas:

«Ciboney,
al arrullo de la palma
pienso en ti...»

Yo pude ver en La Habana
bailar el danzón a sus reyes in-
discutibles: Elpidio y Margot.
Fué una noche en que las estre-
llas de mayo eran muy rutilan-
tes... (¿Se acordarán de ella Es-
tanislao de Cubas y su mujer?)

Fué Luis Gottschalt el que a
mediados del siglo XIX popula-
rizó en Europa la habanera, que
aprendió en Cuba cuando estuvo
allí acompañando a la Patti. Raúl
Laparra la llevó al teatro y, co-
mo todo el mundo sabe, Sebas-
tían de Iradier la prestó a una
ópera:

«L'amour est enfant de bohème
Il n'a jamais, jamais connu de loi,
Si tu n'aimes pas, je t'aime,
Et si je t'aime, prends garde a toi...»

La habanera, como bien dice
Salvador Ruiz de Luna (que sa-
be de esto más que nadie y tiene



La iglesia del Santo Cristo pone
en un rincón de La Habana su
acento español y ecuménico



Don Sebastián de Yradier, autor de «La paloma», la más famosa de las habaneras



Esta partitura no pudo faltar en ningún piano español o cubano hace setenta años

una mujer, Luisa de Córdoba, que canta como nadie las habaneras), fué el último romance ultramarino español, y por él sumamos mil bellas cosas cubanas. Tuvo por rapsodas a marinos, a militares y a comerciantes, y estimuló deliciosamente las imaginaciones de las novias de Cádiz, Torreveja, Almería, Gijón y Vigo, quienes la hicieron algo así como su himno oficial: desde el año 60, más o menos, los balcones andaluces, levantinos, gallegos o asturianos que miraban al mar, contaron a los atardeceres dulcísimos relatos en compañía de tres por ocho... En aquellos relatos se deseaba el dulce de tamarindo, el coco y la guanaboa; tomarlos despacito en el fresco batey, a la sombra de la palma, mientras la negra bembona preparaba meriendas de cubebé y panetelas (bizcochos que dieron su blando nombre a los exquisitos cigarros); relatos en los que cantaba el sinsonte y el vistoso tocororo volaba. Romanes en los que, desde allá, se llamaba al forastero melosamente para enseñarle a bailar...

«La habanera es un bella flor tan suave y tan dulce a la vez como el mismo amor... Correrá presurosa los caminos del mar. El consejo me has de agradecer con todo el corazón, pues su ritmo es gracioso y de dulzura sin par, y muy pronto ha de ser de Europa sensación si lo saben bailar... Ven, forastero, ven...»

La habanera clásica tiene por motivos el mar, el amor y la nostalgia cubana del cabo San Antonio al Maisí, pasando por Pinar del Río, Santa Clara, Cienfuegos y Camagüey. Y sabe a Capitanía General (Serrano, Martínez Campos, Wéyler), y a Guerra Chiquita, a Paseo del Prado y a Malecón a Plaza de Armas, o bohío y a caney, a almacén de coloniales (¿no os parece oír una habanera muda al mirar ahora sus anuncios extemporáneos?), a Guanabacoa amurallada de guano y a mañana soleada y marinera de Santa María, a luna de Varadero...

Ciegos miltonados (de aquellos que le partían el alma a Ortega y Gasset) cantaron por las calles habaneras, acompañándose con el arístón, dando al pueblo músicas que salieron de los saloncitos burgueses y de los teatros. Valverde, Luna, Vives, Fernández Caballero (que por el año sesenta y tantos estaba en Cuba), Moreno Torroba, Penella y muchos otros, sumaron a las gracias de la zarzuela las del baile antillano. Si la habanera no nació en España, que es posible que naciera, según me dice el musicólogo Juan José Mantecón, es lo cierto que encontró sus apoteosis en la zarzuela. Eduardo Laló, Debussy, Saint-Saëns, Sarasate, Bizet, Ravel y otros más escribieron habaneras, aunque ellas no saben rigurosamente a Cuba, no tienen, como las clásicas, rumores a mar gaditano, a mar de Santiago, de Torreveja o de Puerto Padre, no saben a tiempos de Máximo Gómez, ni de Maceo, de Cervera o del general Segura (un tío de mi padre a cuyas órdenes combatió Churchill), es decir, no preludian el 98.

Hay habaneras con letras vascas, catalanas y levantinas. Don Juan Menéndez, latinista y ami-



Eugenia de Montijo tuvo por maestro de guitarra a Yradier, y es fama que éste compuso «La paloma» para que la interpretaran imperiales manos

go de las habaneras, que estuvo en Cuba por el año 12, me cantaba los otros días esta habanera que cyó en Gijón hace sesenta años:

«Si un día o dos o tres salgo a la villa o al mercado me miren de llau dicen m'ay neña que guapa yes...»

SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA



La bellisima plaza de la Catedral, de La Habana, resucita el ambiente de la habanera...



La habanera es un madrigal en compás de tres por ocho, y lo inventó España para requebrar a las bellas cubanas

Al mundo entero cautivó el ritmo lento y sabrosón de la habanera. Hay alguien mayor de cincuenta años que no recuerde una habanera (¿será posible?), será alguien que habrá olvidado nada menos que lo mejor que tuvo: su juventud. No, no es posible olvidar aquella habanera que oímos... (¿cuándo fué...?)

«Ven a mí, que la noche es serena...»

EL ESPAÑOL.—Pág. 36

PUES BIEN: LA HABANERA VA A RESUCITAR ESTE VERANO EN TORREVIEJA

Ahora que van a celebrar en la alicantina Torrevieja un concurso hispanoamericano de habaneras (del 7 al 14 de agosto exactamente) sería ocasión de oír las olvidadas habaneras de Gottschalt, «La bambuola» y «Le bananier», y la formidable «Habanera», de Laparra. Y sería ocasión de añadir al concurso convocado entre los músicos una cláusula especial para que hiciesen la «Habanera del Acequión», o la «Habanera de Punta Prima». Y frente a la ensenada de Torrevieja, cabe Punta Cornuda, donde el tibia Mediterráneo no promueve barcaolas, sino habaneras, en cualquier lugar que se eligiese podría dedicarse una lápida simbólica y resumidora a Sebastián de Iradier, un inspirado de tierra adentro que, por buena paradoja, cantó inigualablemente al mar. Creo que esto de resucitar la habanera mientras en Las Vegas crecen hongos atómicos, puede ser, entre otras cosas, una admirable revancha del espíritu.

Nuestros amigos de La Habana (ciudad que, entre todas las del mundo, es la que más amigos pro-

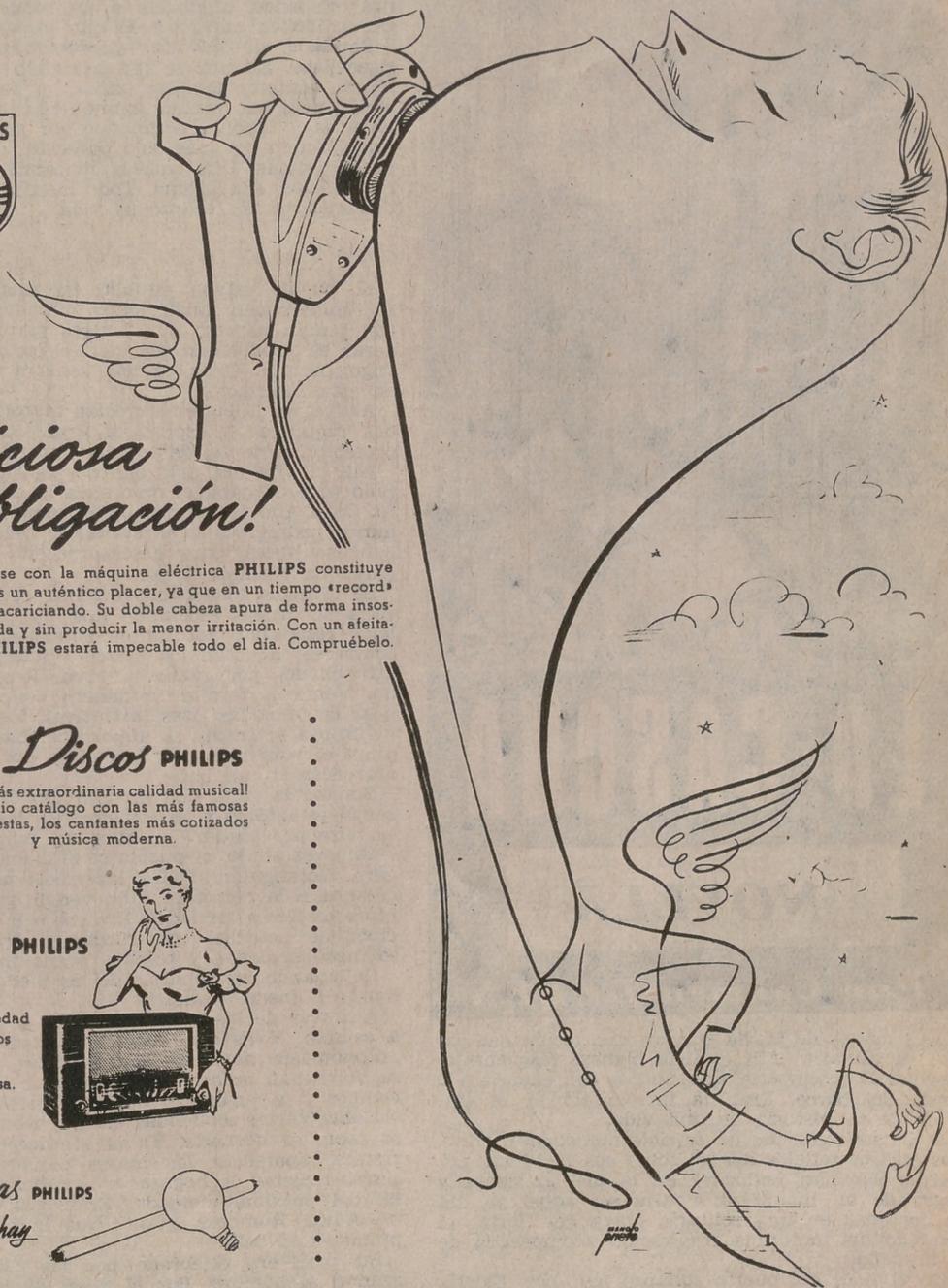
porciona) han de entusiasmarse ahora con nosotros. Y se entusiasmarán, sin duda. Si esto que escribo lo llegan a leer en Floridita, en La Zaragozana, en La Reguladora (donde Félix, Benjamín, Alonso y José Menéndez sostienen que Don Pelayo salió de las cuevas de Candamo y no de Covadonga), en fin, que nuestros amigos manden poner titulares en los periódicos que digan: «Nadie vaya este verano a Torrevieja que no sepa cantar habaneras.» Y los canales de la C. M. Q. tendrán una magnífica ocasión de enviar operadores para que televisen el festival de Torrevieja, y ofrezcanlo después a todos los receptores de La Habana. Y don José López Bilavoy, el amical director de la Compañía Cubana de Aviación (al que unos cuantos periodistas españoles debemos los veinte días mejores de nuestra vida), podría embarcar rumbo a Torrevieja al que se considere en Cuba que es el mejor catador de habaneras. Y pueden enviar al Alcalde del simpático puerto alicantino unas cuantas pencas de guano para que se haga un bohío en Torrevieja. Y mameyes, nísperos, mangos, cocos, piñas, guanabacas (para hacer champóla como aquella que Esperanza prepara en El Reparto), torronjas, plátanos, guayabas para obsequiar a los triunfadores en la lírica olimpiada. Amigos tenemos en La Habana que, de hacerles la sugerencia más mínima, serían capaces de traer a Torrevieja la mismísima fortaleza de La Cabaña. Son ellos los fabulosos, los formidables cónsules «amoris causa» de España en Cuba.

Mientras tanto, recordemos habaneras. (Una noche, en La Habana, después de haber cenado en Bahía y de haber paseado por el Malecón con mi amigo Jesús, volví al hotel Plaza a dormir. Me senté en una mecedora y, sin saber cómo, canturreé entre dientes una habanera. Y una señora que refrescaba sentada junto a mí, se volvió y me dijo: «Niño, no sabe qué de cosas me está desenterrando...»)

Antonio Manuel CAMPOY



Así eran hace setenta años las señoritas que cantaban habaneras



¡Deliciosa obligación!

Afeitarse con la máquina eléctrica PHILIPS constituye además un auténtico placer, ya que en un tiempo «record» afeita acariciando. Su doble cabeza apura de forma insospechada y sin producir la menor irritación. Con un afeitado PHILIPS estará impecable todo el día. Compruébelo.

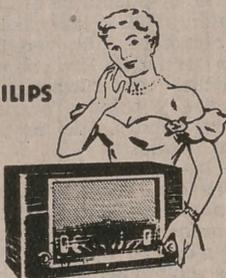


Discos PHILIPS

¡La más extraordinaria calidad musical!
Amplio catálogo con las más famosas orquestas, los cantantes más cotizados y música moderna.

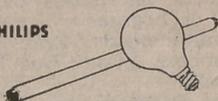
Radio PHILIPS

Entre la gran variedad de nuestros aparatos podrá elegir el que usted precisa.



Lamparas PHILIPS

Mejores no hay



PHILIPS

VALVULAS ELECTRONICAS • LAMPARAS • RECEPTORES DE RADIO Y TELEVISION • APARATOS DE MEDIDA • MAQUINAS ELECTRICAS DE AFEITAR PHILISHAVE • APARATOS DE RAYOS X Y ELECTROMEDICINA • GENERADORES DE A. F. • ELECTRODOS PARA SOLDADURA • LAMPARAS FLUORESCENTES TL • AMPLIFICADORES • CINE SONORO CON CINEMASCOPE Y TODOS LOS DEMAS SISTEMAS DE PROYECCION • PROYECTORES PARA 16 MM • EMISORAS DE RADIO Y TELEVISION • EQUIPOS DE TELECOMUNICACION • INSTALACIONES AUTOMATICAS DE TELEFONIA • DISCOS

Solicite nuestro interesante "Correo PHILIPS" al Apartado de Correos n.º 1.116. - Madrid.

Nombre

Domicilio

Plaza



LA CASONA

NOVELA

Por Carmen DEBEN

Las manos de María poseían una locuacidad extraordinaria. Allí estaban, blancas, resquebrajadas por la intemperie, aferrándose con energía a la borda del barco. Eran la introducción y el epígrafe de la historia de una vida...

El buque semejaba un terrible monstruo marino. Los escasos reflejos del sol sobre sus metálicas cubiertas parecían realizarse en la piel grasienta y negra de un mamífero. Podría ser aquel su día de descanso en una solitaria playa del Norte; el zumbido del motor, la respiración acompasada de la alimaña.

En el reloj del puerto sonaron las once. Existía actividad: correr de carros, ruido de maletas. Un viajero reclamaba su equipaje en la Aduana; otro, lucía un estridente atuendo de colores.

La grúa, el alarido acongojante de la sirena venían a resultar la música de fondo. Una interpretación sinfónica al progreso, a la actividad portuaria.

El cielo estaba lleno de churretes. Esas nubes oscuras, ennegrecidas. Como las manchas de tinta que hacemos de pequeños. Unas eran largas, equilibradas; otras, estentóreas. Todas grises. Enmarcaban bien un paisaje: las máquinas, las chimeneas, el mar de los puertos...

Mar negro, con petróleo y restos de frutas. Aguas que no acarician rocas ni estalactitas, sino muros desnudos, a lo sumo recubiertos de un verde como baba.

Graznó la grúa, las gruesas amarras, y el barco empezó a alejarse de la costa. Los contornos de la ciudad se dibujaban en la lejanía: las cúpulas redondas de las iglesias, el humo polvoriento de las fábricas al estilo de distantes embarcaciones.

A bordo había silencio...

La estilizada silueta de la muchacha, los arremolinados cabellos y su estatismo recordaban a la cautiva de un barco sarraceno. Una frágil cautiva que le contara al mar sus cuitas.

Toda su tragedia parecía residir allí: en sus manos crispadas, aferradas a los maderos de popa. Un simbólico abrazo a lo que ya dejaba atrás...

Bandada de gaviotas proyectaban caprichosos zigzagueos. El mar se iba haciendo más diáfano. María contemplaba las ondas, el reguero de espuma, pero sin mirada somnolienta. No imaginaba nauyades y tritones coronados por algas y corales. En el fondo del mar sólo parecían abrirse profundas simas. Una música macabra, sus familiares, amigos, ella misma. Todo mezclado en enorme desconcierto. Y recordó su vida...

El pueblo estaba situado en una hondonada. Lo enmarcaban unas lomas blandas, uniformes, que tenían aspecto de vientres carnosos. Las laderas se prodigaban en motivos coloristas: maíz, trigo, patatas. Cada parcela venía a ser pincelada en esta matización.

Arriba, en la cumbre, crecían matorrales de hierbas raquíticas y espinosas. Eran como un cerco protector, hiriente, de aquella naturaleza selvática.

Allí el aire era más oloroso. El cielo más azul. Sólo se profanaba el monte de la ermita del santo. Cada año se organizaba la romería por los caminos pedregosos y envesados. Delante caminaban las hoces, para desentorpecerlo de ramas y guijarros. Siempre igual.

Se formaba una comitiva lenta, como una caravana de orugas escalando una flor gigante. A lo lejos resaltaban los bultos simulando figuras de comparsa. Acudían los mozos y mozas azarosos y atropellados por ganar la cima. Respiraban hondo. Venía a formar verdadero concierto: el jadear de unos, las risas instintivas, los labios secos.

Junto a la ermita se almorzaba. Las viejas cumplían el voto al santo. Los otros aprovechaban el atardecer en un baile.

Sonaba la gaita con un chirrido bravo y agonizante, estentóreo y acariciador. En las mozas existía aire provocador; en ellos un mirar cazurril.

Una vez abajo, el pueblo se enfilaba de una manera rectangular. Todas las casas asomaban sus galerías a la carretera. Una vereda gris, con sombríos árboles a los lados. Era como la arteria principal de aquellas construcciones graníticas, con solanas encaladas y tejados acampanados.

Rellenando las rendijas de las piedras crecía un musgo húmedo, verdoso.

A través de las puertas se oía a pan cocido o a establo. Y es que aquellos contornos eran por antonomasia harineros. Los trigales, al extenderse, formaban manchas pardas entre los ubérrimos campos y la jugosidad de las huertas.

Había varias molineras en el pueblo y cada casa cocía su hornada. Ya al atardecer, por la carretera, aparecían las mozas panaderas con las cestas repletas de hogazas a la cabeza. Iban camino del próximo mercado. Eran grupos alegres.

—Adiós, Rumbosa. ¿Cómo fué la hornada? ¿Me prometes un baile?

Su paso era celebrado por los campesinos de azadón al hombro. Por el zagal de los carros de bueyes cargados de hierba o paja. Unos bueyes de mirar bucólico y caminar babeante.

La carretera recogía pues, la vida palpitante de la comarca. Cuando los domingos paseaban embracilladas, formando hileras, era allí donde los hombres gustaban de retozarlas:

—¡Paso a la guapa, a la reina del paseo!

En el pueblo sólo había una iglesia pequeña. Tenía campanario románico, portada con arquivoltas esculpidas y unos santos de nariz rota.

Luego, el señor cura, el médico, el notario. Llegaban años en la aldea. Sus tertulias tenían ese carácter adocenado de los que son obligados a re-

sidir en el campo. Predominaba la monotonía, el rutinarianismo.

Sólo la casa del señor notario parecía salvarse de esta mediocridad. Era un viejo caserón con los muros revestidos de verdín y el escudo coronando la parte alta del alero. Poseía un aire autárquico, con la verja de hierro y el inmenso castaño desafiando la entrada. Su silueta gris pretendía dominar al pueblo, esclavizarlo con un tiranaje basado en la solidez, en la fuerza. Estaba situado en un alto alejado de la carretera, como rehuyendo toda mediatización.

Esta era la casa de María. Por eso, al recordar al pueblo, se la representó. Y al imaginarla fué como considerarse a sí misma. Cada rincón del edificio era escenario de episodios y sucesos que deseaba no perpetuar en su mente...

* * *

El salón de la casa, por ejemplo, lo tenía vinculado a la memoria del abuelo. Era el salón ancho, confortable. Una cabeza de ciervo, de fina arboladura, adornaba la parte superior de la chimenea. Por las paredes colgaban escopetas y otros utensilios. Las butacas toscas, de cuero, la piel ennegrecida por alfombra, le daban aspecto de pabellón de caza.

Cuando en invierno soplaban el viento a través de los goznes de las puertas, simulaba el murmullo sordo de la jauría. Incluso aquellas cabezas inanimadas que adornaban las paredes adquirían, con la penumbra vitalidad, y se proyectaban en mil sombras fantasmagóricas.

Un arcón de tallas de animales y dibujos geométricos rellenaban la pared del centro; la de los grandes ventanales y gruesas contras de castaño.

A María le sobrecogía aquella habitación. Incluso el retrato del abuelo, con las cejas hirsutas y cara larga, de nariz torva. Poseía demasiada solemnidad. Venía a ser una pintura locuaz; los ojos violáceos, el gabán negro, abotonado. La imprecisión del dibujo se subsanaba por el toque efectista.

Ella cruzaba el salón rápida, sin mirar hacia atrás. El crujir del suelo parecíale pisadas de brujas y gigantes.

Pero no sólo por el retrato atribuía el recuerdo del abuelo al salón. Había más. Fué una mañana festiva, luminosa. Regresaba de corretear por los maizales y llenar de moras su cestillo. La vieja Ana la esperaba con impaciencia en el portón. Estaba congestionada. Al verla venir de lejos empezó a bracear llamándola:

—Siempre correteando por las correderas... Pareces un marimacho. Vamos, tienes que arreglarte un poco para la visita del salón grande.

Y la criada, con sus carnes foias y el mandil almidonado, se entretuvo en restregarle las rodillas, en limpiarle los churretes de la cara. Después le puso el vestido vaporoso de las solemnidades. Era color rosa. A María no le gustaba. Una vez había oído decir que el rosa era un color cursi. Pero se conformó.

La vieja Ana la acompañó por los pasillos aconsejándola:

—Debes ser cariñosa con el abuelo. Acaba de llegar de la ciudad sólo para verte. Entra y dale un beso.

Y así lo pensaba hacer María. Se había acostumbrado a obedecer con cierto mecanicismo, mientras su espíritu crecía levantisco, pujante.

Enderezó las piernas, tensando el cuerpo y penetró resuelta en la sala.

Esta vez resultaba una sala vulgar. Había descolorido los pesados cortinones carmesí y la luz se filtraba desafiante. Estaba deshecho el encanto; incluso ensordecían los crujientes maderos.

Las voces resonaban en el ángulo de la chimenea y avanzó hacia allá.

—¡Mi preciosa nietecita! Tienes la misma cara traviesa que mis fotografías de pequeño; seremos buenos amigos.

Brazos vigorosos la abrazaron, suspendiéndola largo rato del suelo. Era un abrazo cálido, acogedor. El abuelo reía. Luego, describiendo una serie de caprichosos círculos, la dejó en el suelo.

—¡Vaya! ¿Te ha gustado mi abrazo de «aterriaje»?

Después María fué a sentarse en un taburete próximo a sus padres y observaba.

Don Cosme tenía un enorme parecido con el del cuadro. Era él, sin duda.

Aquella figura violácea que tanto le impresionaba en los oscuros atardeceres del invierno.

Sin embargo, el óleo sólo personificaba la severa actitud de un togado, y el abuelo tenía una sonrisa burbujeante que se escabullía por las comisuras de la boca. A María le simpatizó su pelo entrecano; el aire con el viejo leñador del cuento de hadas.

Don Cosme estaba acomodado en un butacón a un lado de la chimenea. Venía a ser la figura central. María y sus padres seguían sus pintorescos relatos, sentados alrededor. Semejaba un jugador acaparador de los mínimos movimientos de su auditorio. Fué contando diversos viajes, anécdotas:

—¡Ah, cuándo pasamos por Dover! El cielo inglés nos saludó con su característico celaje. Una burla imperdible para los turistas de escudriñadores prismáticos.

Por momentos llenaba su pipa o tamborileaba un bastón de mimbre con empuñadura plateada. Luego proseguía... Venía a ser la reencarnación del genio emprendedor, del espíritu andariego.

María lo escuchaba absorta sobre el pequeño taburete de cuero. Al oírle, su rostro iba iluminándose como al contacto de violentas ráfagas. Desde un principio respetó sus silencios. Silencios en que, años después, cuando paseaban juntos, parecían quedar escuchando el paso de algo intarrible.

Y, allí, en el salón, fué cuando adoptó una resolución definitiva. Todo sucedió inesperadamente.

—Esta niña está hecha para otra vida y no para enterrarse en la ignorancia del pueblo.

Don Cosme la miró después con ternura, acariciándole las mejillas coloreadas como manzanas.

—¿Te gustaría venir conmigo, estudiar en la ciudad?

Se hizo un silencio expectante. Parecía envolverla más la mirada húmeda del abuelo. María sintió una sensación extraña. Como un cosquilleo doloroso que la reclamaba machaconamente:

—¡Ven, ven!

Parecía el monótono ruido del grillo o de la rana. La silueta de la ciudad fué agrandándose descomunadamente en su imaginación. Personajes enchisterados, hermosas damas, harapientos mendigos, pululaban por avenidas.

Se ahogaba. Ella también necesitaba ambientes grandes y pléticos. Niños que supieran leer cuentos y luego relatarlos fantásticamente.

—Sí, abuelo, quiero marchar contigo a la ciudad...

La charla concluyó a la hora del almuerzo. Prolongóse riente la mañana: fuera piaban los pájaros; ladraba «Negus», el de orejas lacias y lengua sangrante. Todo parecía persistir en un ritmo uniforme.

Sin embargo, desde aquella mañana, desde aquella decisión en el salón, algo comenzaba a variar en la vida de María. Surgía su terrible incógnita...

Hasta entonces había sido capitana de la grey infantil: enterraban bolas de cristal, se fingían piratas y salteadores; su cuartel, el derruido molino de piedra que había en el monte. Terminaba sus aventuras con los pelos revueltos, las pantorrillas arañadas por las zarzas.

En la ciudad, en cambio, se desarrollaría su espíritu. Aprendería a personificar, a inmovilizar el tiempo. Agujas negras, implacables.

Don Cosme le distribuía dos libros. Eran lecturas extrañas que hablaban del sol, del mar, de la muerte. Las frases cortantes, simbólicas. Carecían de argumento.

Cuando María las prestaba, entusiasmada, a sus amigas, éstas se aburrían. Pero ella las leía despacio, serenamente. Abriendo su espíritu a aquella fertilidad que le hacía pensar...

Y esto la aproximaba más al abuelo... Otras veces recorrían museos, admirando valores pictóricos. Estatuas, porcelanas. Y la sensibilidad iba haciéndose flexible aguda.

Por eso su estancia en la urbe implicaría aquella fuerza motriz, angustiosa de su vida posterior. Espíritu ambulante, desenfrenado, en medio de total paroxismo.

Era una terrible desazón ver las personas, los objetos, la vida palpitante de las enormes avenidas, sumidas en un letargo, y ella sentir necesidad de andar, de correr.

El salón, vinculado a los años transcurridos con

don Cosme en la ciudad, a su desarrollo intelectual, era, pues, también germen y raíz, por así decirlo, de sus inquietudes. Aquella angustia indescriptible que presidía su vida y la reclamaba con violencia...

En el ala izquierda de la casa había una caprichosa galería que daba al huerto de la finca. La galería, con sus múltiples cristales, semejava una pajarera. Era una antítesis a la mole granítica de la casa, a su aire autárquico.

El salón poseía cierta vetustez. La galería era frívola, luminosa. Recibía de lleno el sol del estío. La adornaban tientos de geranios y claveles. Allí era donde Mercedes, la madre de María, solía estar. Al morir don Cosme y regresar María a la casona, subía cada mañana a la galería con ánimo de acompañar a su madre.

Mercedes bordaba incansablemente en su bastidor. A su lado, en un cestillo, se apilaban las labores: mantelerías, cubrecamas.

Tenía fama de primorosa en la comarca. Sus manos, cortas y gorduzuelas, adquirían esa extraña flexibilidad en armonizar puntadas, colores. Como una enorme araña que produce rutilantes entramados para su tela.

A María le hubiera gustado imitar los bordados. Creía que la simultaneidad en un mismo oficio hermana más a las personas. Y ella necesitaba esa unión.

Al educarse junto al abuelo se había ido distanciando de su madre. Una separación espiritual que es más difícil de fundir.

Por eso deseaba bordar, superar a las muchachas del pueblo, enorgullecer a Mercedes. Pero sus dedos finos, alargados, resultaban torpes.

—Esto no es así. Es inútil, hija; tus manos no sirven para esto.

Sólo su tesón la mantenía en la desvencijada mecenedora.

Por las tardes se formaba allí una concurrida tertulia. Venían las importantes del pueblo con sus hijas y sus labores. Había que tenerlo en cuenta: Mercedes era la mujer del notario, el ama de la casona.

Una de las más frecuentes visitantes eran Federica y Rosa. Federica, la del farmacéutico, resultaba una mujer gruesa, con las carnes fofas y los pelos enmarañados. Se caracterizaba por su suciedad.

Cuando su cuñado envió y tuvo que enfrentarse con la educación de los pequeños, Federica se propuso ayudarlo:

—¡Estaba tan solo y eran tan traviosos los chiquillos!

Desplegó tanto celo y cuidado en su cometido que a los pocos meses el viudo inconsolable dejó de serlo y ella pasó de tía a madre de las criaturas. Federica cuidó a los dos sobrinos y a su prolífica descendencia con un cariño uniforme. Al transcurrir años, los dos mayores trabajaban de secretarios en los Ayuntamientos limítrofes. El resto, con sus greñas y su suciedad, correteaban todavía por las eras del pueblo.

Y no es que fuera mala Federica. Su carácter, noble, temperamental, pero muy fada a comadrecos. Venía a ser el lleva y trae de las tertulias de la galería.

—¿Te has fijado qué desmejorada está Balbina? Debió de reñir con el novio. ¿No sabes? La pobre de Marta está arruinándose. Ayer fué a la ciudad para vender unos cubiertos de plata.

Y mientras hablaba, arrellenándose en la butaca, entornaba sus ojos redondos, ahuevados.

Rosa era más taciturna, menos espontánea. Tenía tres hijas casaderas, feas y larguiruchas como un día sin pan. En el pueblo las apodaban «las Escopetas». Madre e hijas desplegaban una actividad policíaca en cuestión de amores. Llegaban el alta de todos los mozos de la aldea, de las campesinas reticzonas que se paseaban endomingadas. Los noviazgos y las bodas eran su obsesión. Siempre auguraban desastres y desacuerdos. Y casi siempre fracasaban.

Por eso su conversación rezumaba un virus pestilente, amargo como una mezcla viscosa capaz de empañarlo y entristecerlo todo.

Federica y Rosa solían enzarzarse en violentas discusiones. «La Escopeta» madre reprochaba la conducta de los hijos de Federica, muy dados a fiestas populacheras:

—Es que tus hijos no saben ser señores; tienen alma de campesinos.

—Todavía son jóvenes. Déjalos que se diviertan. ¡Tiempo tendrán a sentar la cabeza!

—Pero es intolerable su conducta. ¡Bailar con labriegas! ¡Ni que no hubiera señoritas en el pueblo!

Y las tres hermanas adoptaban una expresión lánguida, idiótzada. Como de reinas destronadas: —Al fin y al cabo se trataba de dos secretarios de Ayuntamiento y ellas ¡¡¡eran las hijas del juez de la comarca!!!

María se sentaba próxima a la cristalera, en silencio.

—Hija, estas callada como si no te dieran vela en este entierro.

Rosa aborrecía a María. No le perdonaba su belleza. Incluso aprovechaba las ocasiones en zaherirla, en criticar su torpeza en el bordado.

—Eres una completa calamidad, María. No sé qué va a ser de ti el día que te cases.

A María le dolía el ascendiente que Rosa y Federica ejercían en el ánimo de su madre.

—Mercedes, has educado mal a María. Fué un error haberla enviado con su abuelo. Don Cosme era un viejo simpático, pero chiflado. Ya ves el resultado. La nieta, muy dada a leer, a soñar despierta, pero una mala ama de casa.

Y aquellas palabras se adueñaban de Mercedes y se iban convirtiendo en ideas fijadas.

María odiaba la tertulia. Comparaba la mesa-camilla, de faldas floreadas, a un disco rutilante que había visto en la ciudad. Era un anuncio publicitario. Unos diablillos danzaban, señalando con su tenedor el producto de conservas. Pero esta vez no mediaban unos diablos ingenuos. Por eso cada noche, cuando concluía la reunión, iba encontrándose más distanciada de todo aquello, de la casona. Muchas veces había intentado dialogar a solas con su madre. Hablarle de sus proyectos, de sus inquietudes. Pero la conversación resultó insostenible.

Mercedes comentaba episodios del pueblo, de las tonalidades del bordado, pero no iba más allá.

—Mira, este rojo es casi igual al de las flores que plantó Andrés.

Andrés, el viejo criado, que hacía las veces de jardinero. Entonces María hacía que escuchaba. Su imaginación, por el contrario, estaba lejos: en las nubes rosadas como trozos de algodón de las ferias del campo, en la pluviosa invernada, en la grandiosidad de los campos o corpulencia de algún roble. Envidiaba la libertad de los pájaros. Incluso seguía el zigzagueante vuelo de las golondrinas hasta que desaparecían por la cornisa o las hierbas de los matorrales.

Ella soñaba con ese mundo grande que parecía reclamarla. Su madre bordaba reconcentrada en la tarea. Eran distintas: sus espíritus, sus manos... Mercedes venía a ser el genuino retoño de una familia patriarcal. Educada en la finca, tenía unas aficiones rústicas. Su carácter, al lado del voluntarismo de su padre, había crecido tímido, apocado. Como esas plantas pequeñas que viven adosadas a la corpulencia de los robles.

La hija, estilizada y de ojos penetrantes, amaba los horizontes amplics. Por eso escalaba los picachos abruptos para contemplar las puestas de sol. Su alma poseía una rebeldía primitiva, un tanto varonil.

La boda de Mercedes con el notario representó la ininterrumpida tutoría. María quería hacerse a ella misma. Hablaban, pues, un diferente lenguaje.

Otras muchas cosas había en la casa. La cocina y sus alacenas debosantes de pucheros. El lar, con el banco de piedra, lugar predilecto de los criados. Los lustrosos cacharros de cobre. Las mesas de pino.

Arriba estaban los dormitorios. Eran habitaciones amplias, con camas de barrotes afiligranados y piedras mármol en las mesillas. Luego, las maderas enceradas de los pasillos, que crujían sordamente bajo las botas del amo.

Aquellas pisadas las conocía bien María. Resonaban al amanecer, cuando su padre salía de caza. No eran unas pisadas enérgicas, sino arrastradas. Como las del reptil al ambular por el tronco de una encina.

Javier tenía aspecto de raposo: cuerpo pesado,

mirar torvo y sanguinolento. Había llegado muy joven al pueblo. En los primeros años, le subyugó el brillo de los salones, las intrigas y comadreo sociales. Intentó ser político, pero fracasó por su petulancia.

Una vez notario en la aldea, casó con Mercedes y se convirtió en amo de la casona. A partir de entonces, su inteligencia fué embotándose al igual de esos capones que ceban por fiestas. El aspecto venía a ser lujurioso. Incluso, últimamente, cometa tropelías en el pueblo abusando de su autoridad.

María pudo enterarse de esto de una manera circunstancial. Estaba sentada sobre el humedecido césped del huerto. Allí concluían sus paseos mañaneros después de recorrer los enrevesados senderillos del jardín. Y es que los jardines tienen mil estados anímicos: dulces y reposados al amanecer, alegres y bullangueros cuando los rayos solares irrumpen por sus caminos. María gustaba del jardín húmedo con las matizaciones de las flores tenues y las gotas de agua en los abetos. Después marchaba hacia el huerto y escogía las peras grandes, mantecosas, para el desayuno.

Toda la naturaleza despertaba ruidosa. Un cortejo de hormigas iniciaba la laboriosa caravana. Zigzagueaban los pájaros. Oía a tomillo, a tierra fresca. María frotó la piel vercosa de la fruta y saboreó su pulpa blanca, azucarada. Sólo las voces de Andrés y Chinto rompían el silencio. Estaban rastrillando el jardín, recortando los setos en formas cónicas, geométricas. Pero las matizaciones roncadas del hablar de Chinto y Andrés no desarmaban en aquel bucolismo.

A Chinto lo había visto en otras ocasiones. Era hijo de Ana, la criada. Un mocetón rubio, de piel curtida y manos toscas. Ayudaba a Andrés en las faenas de la poda.

—Y luego, Chinto, ¿no vas esta tarde al baile?

—No tengo rapaza, Andrés.

—Pues las hay lindas en el pueblo.

—Cierto; pero la que yo eligiera da en no ir, y esto me incomoda.

—Buena moza debe ser, Chinto.

—Buena, Andrés. Se trata de Manuela, la lavandera.

María, sin pretenderlo, escuchaba. Andrés y Chinto dialogaban alto, superando el ruido del rastrillo. Pero esta vez la voz de Andrés se hizo grave, sentenciosa. Y María sintió curiosidad. Habían cesado los instrumentos y era más perceptible la conversación:

—¡Alto, Chinto! Deja a Manuela. Es una rapaza desvergonzada que ya dió muchos desplantes en el pueblo.

Chinto rió jovialmente:

—¡Ya estás viejo, Andrés! A mí me gusta domesticar hembras.

—Pues yo te digo que la dejes, Chinto.

Pero Chinto, irreflexivamente, escupió sus manotazas, frotándolas, y enpuñó nuevamente el rastrillo. Andrés persistió tenazmente:

—Deja a Manuela, Chinto. El amo anda muy encaprichado tras ella, y todo el que se interpone sobra en este pueblo.

—¡Vaya con el galopin, qué vista tiene! ¡Fué a fijarse en la mejor rapaza!

María no quiso escuchar más. Las flores, las verdes matas la rodeaban con su elocuente mutismo. En el aire flotaban las palabras de Chinto, descaradas. Como caretas grotescas que se mofaban de su incertidumbre.

—¡Vaya con el galopin, qué vista tiene! ¡Fué a fijarse en la mejor rapaza!

Se vió sola, hundida. Con una extraña sensación hiriente, a la manera de látigo.

—¡Mi padre entregado a desenfrenos!! Todos en el pueblo murmuraban...

Y huyó hacia la casa. Aquel día no fué a la solana. Quería evitar a su madre. Vivir para ella misma la humillación. Subió a su cuarto y allí, en la cama, refugió su problema, su bochorno. Había sido muy cruda la impresión recibida. Se figuraba oír la mortificante cantinela de Rosa:

—Tu padre no sabe ser señor. ¡Andar con labriegas!

Pasaban horas. Horas largas, soñolientas. Su mente proyectaba esta idea fija, y la imaginación se encargaba de ambular, ya agrandándola o empuñeciéndola.

—¿Será cierto? No. Andrés y Chinto están equivocados. Mi padre es incapaz de tal villanía. ¡Los muy parlanchines! Ya se cuidaría ella de taparles la boca.



—Pero... ¿caso por qué iban a mentir? Hablaban entre ellos y Andrés era un criado fiel, viejo en la casona.

Se atormentaba. Por fin, decidió levantarse. Había gente en el porche. Hasta allí llegaba el trajete:

—¡A la paz de Dios, buenas gentes!

—¡Hola Manuela! ¿Que te trae por la casa?

—La ropa que la vieja Ana me ha enviado. Viene más limpia que los cristales del río.

La voz de Manuela poseía matiz de cascabeleo. La conversación en el portón ejerció un efecto fulminante sobre María. La sacudió de su inactividad.

Allí estaba Manuela, la desvergonzada rapaza, como decía Andrés. Quería conocerla. Era cierta curiosidad morbosa que la intranquilizó. Y dió en observarla por las contras entornadas.

—¿Cómo sería la embaucadora de su padre?

Manuela, con su aire retador y la cópica melena desentrenzada, simulaba una jaca percherona. Tenía una bata roja que se atenazaba a su cuerpo, subrayando las formas pletóricas, excitantes. Los cabellos, rojizos; los ojos, claros. La piel, dorada como una manzana reineta.

Chinto desgranaba unas mazorcas de maíz en el porche y la observaba cazarmente. Se paseaba Manuela con desenfadado, esperando el jornal que había ido a buscar la criada. En una de sus vueltas, dejó la zorca Chinto, preguntándole:

—Pero, ¿por qué no has de venir al baile? ¿Tengo monos en la cara?

Ella reía, enervándolo, continuando sus paseos.

—¡Vendrás, aunque te lleve a rastras!

Y Chinto, agarrándola de un brazo, la sentó a su lado.

A María se le antojó que aquella mujer era la expresión del mal, de instintos diabólicos.

La tarde caía pesadamente. En el aire flotaba un olor fuerte, a hornada. Chinto y Manuela reían con estruendo, gesticulaban desorbitadamente.

Fué cuestión de segundos. Por una de las ventanas resonó el autoritarismo de Javier:

—Chinto, ve ahora mismo al huerto.

Poseía un tino alterado.

Chinto, el rapaz rubio, de manos toscas, enarcó las cejas y se perdió abochornado por la puerta del estable.

María hubiera tenido ganas de gritar. Pero se sentía como una campana sin aldabón. No reaccionaba.

Manuela encogióse de hombros, estiró su falda y continuó esperando la propina. Luego miró con insistencia hacia las ventanas del piso alto, echando a andar a través de las eras, para perderse por el senderillo del molino. El molino derruido que coronaba la falda del monte.

María continuó abstraída, sin ver, apoyada en los cristales del mirador. Poco después las pisadas de Javier resonaban por el pasillo y se perdían con surdidez. Oscurecía. Y entonces María, maquinalmente, dió en escudriñar la portada, el camino. Javier, dando un rodeo a la casa, atravesó las eras y tomó el camino del monte.

Y María tembló. Nerviosamente. Apoyándose en los maderos de las contras. La certidumbre aparecía cruel, amarga.

A la mañana, cuando volvieron a cruzar los maderos del corredor, se encontró de frente con su padre. Guardaron silencio. Javier rehusó la mirada. Sus ojos brillaban felinamente y había unas bolsas violáceas, abultadas, bajo los párpados.

A partir de entonces las pisadas reptadas le producían a María desprecio. Había adivinado su espíritu...

—Está bien, María. ¿Insistes en concluir nuestra entrevista?

La pregunta de Ramón era contundente, tajante, no admitía dilaciones. Estaban en el banco de piedra adosado a la casa, frente al viejo castaño, María calló. No quería dar paso a sus sentimientos rebeldes. Prefería reflexionar consultarse a sí misma.

—Mañana Ramón. Quiero meditarlo esta noche.

Los ojos saltones del joven la observaron. Luego, con un gesto de conformidad, su silueta altanera fué a perderse tras la verja de la cancela. Y quedó sola.

Las sombras del castaño, ya en el atardecer, formaban un caprichoso entramado. Aquel árbol centenario parecía ser arcano de misteriosas historias y leyendas; como si alados duendecillos juguetearan por su frondosidad. Desde hacía años presidía los sucesos de la casona, de la finca. María lo contempló con ternura y permaneció sentada en el porche. Veía en su sombra un sentido protector.

La vieja Ana cruzó con el cortejo de gallinas, persiguiendo a las desperdigadas: «Churra, churra»...

Era un correr atropellado, de plumas de colores. Las crestas rojas, rugosos los zancos. Por momentos se percibía el lejano chirriar de un carro. Un chirriar quejumbroso. Después, silencio...

Todos los pensamientos negros vinieron a enturbiar la mente de María. Irrumpieron como siluetas frías, aprovechándose de la soledad de la noche. Al estilo de alimañas. Y entre aquella mascarada aparecía, desconcertándola, la mirada de Ramón, procaz, insultante.

María, allí sentada en el banco frente al castaño, sintió frío. Le hubiera gustado huir de las martilleantes ideas, pero debía enfrentarlas, darlas solución:

—Mañana, Ramón, quiero meditarlo esta noche...

Recordó su primer encuentro, cuando él llegó acompañado de su padre. Estaba ella devanando una madeja de lana verde sentada en el porche. Ramón vestía lustrosa chaqueta de cuero forrada de piel y el cinturón repleto de cartucheras. Se había adelantado resueltamente:

—Ten, María. Estas dos perdices son para tí.

Las cogió, dándoselas a Ana, para que las dejara en la cocina. Eran unas perdices irisadas, con los ojos inertes y el cuerpecillo cálido, en el que se podían percibir bien las perdigonadas.

A partir de entonces todos los días aparecía Ramón por la casona.

Primero con Javier; encasillando sus corceles, daban en perseguir las veloces liebres, monte travesía. Y es que la caza ejercía sobre ellos un enervante atractivo, el de la naturaleza vencida y palpitante; el último aleteo. A consecuencia de

esto habían estrechado su amistad. Fracasado Ramón como estudiante y convertido en labrador rico tenía, pues, cosas en común con Javier: tierras y casas en el pueblo; oficio de cazadores. Ambos se habían adaptado a la aldea, cegando toda espiritualidad, dando curso a los sentidos.

Después, cuando ya amocecía, de regreso, iniciaba su charla con María. Hablaban de la gente del pueblo, de los contornos. En algunas tardes, salían, incluso, a pasear juntos.

—María, ¿quieres que demos hoy un paseo por la carretera?

Las hojas amarillentas de los árboles se amontonaban en las cunetas. Eran montones resacos, rugosos; como papeles apollados por el tiempo. María gustaba de arrastrar los pies y percibir el crujido de la hojarasca. Caminaban lento. Inundados de la paz otoñal. Del viento que empezaba a ser helado y azotaba sus caras.

—¿Te gusta el pueblo, María?

—Desde luego. En la ciudad recordaba mucho mis correrías infantiles por el campo, entre las mieses y piedras del camino. Tenía ya ganas de venir y ver todo de nuevo.

—Pero tú no compaгинas con tu madre, con doña Rosa y sus tres «Escopetas», conmigo.

María rió:

—¡Vamos! ¿Tú también les llamas «Escopetas»?... Son tres buenas chicas.

—Tonterías. Son feas y eso es imperdonable.

Entonces Ramón la miraba. Y su mirada la acariciaba provocadora, desafiante. Era cuando María lo rehuía. Le producían miedo sus ojos pequeños. La doblez de la boca, en aquel gesto despectivo, impertinente.

Le hubiera gustado continuar sola la caminata, durante esos silencios turbios, pesados, en que se hacía más latente la presencia de Ramón, llevando el paso corto.

Pasaron la presa: el río estrecho, encajonado. Luego aquellas aguas tranquilas, trasponiendo la valla de cemento, adquirían vertiginosidad. Se prodigaban en estelas blanquecinas. De trecho en trecho surgía una balconada luminosa, el haz de paja, la casa del médico. Era un chalet de madera verde y gladiolos. Los gladiolos formaban la base de su ornamentación: existían en los mazorcos del jardín, en el búcaro de la mesa del comedor; asomaban a través de las ventanas con cortinas de organdí.

Al pasar por un recodo, Ramón se entretuvo golpeando con el pie una rama de abedul. Estaba caída en la carretera. Irguióse la rama altanera, desafiante mostrando la esbeltez del tronco, la galvanura de las hojas. Luego crujió bajo el zapato y resquebrajóse. Ramón la arrojó, en un volatín, a la cuneta. Cayo con inercia, pasivamente. Más tarde desgajando una rama, fué golpeándose Ramón sus botas, parsimoniosamente, mientras andaba como llevando el compás.

—¿Te contó tu padre las peripecias que tuvimos hoy en la caza? Ramón rehuía el silencio cansino, aplastante.

—Sí. Algo dijo mientras comíamos de lo que os dió que hacer una perdiz-macho.

—Fué de lo más divertido; «Negus» no se anda con contemplaciones. Adonde no llegó nuestra pólvora llegaron sus colmillos. Es estupendo el placer de la caza: ver la pieza, afilar la puntería y acertar. Tengo que enseñarte. Me gustaría que tú también te envicieras en esto...

Pasó un perro cabizbajo, color canela. De esos perros impersonales que abundan en los pueblos y casi se multiplican espontáneamente. Luego unos cuantos labradores de azadón al hombro y chaqueta de pana: las manos curtidas, los rostros ce-trinos. Regresaban de la faena. Al pasar cerca de Ramón y María quitaban la destefida boina saludando:

—Buenas tardes nos de Dios.

—Muy buenas.

Simulaba un canto monorrítmico, coincidiendo con su andar lento, autoritario. Era ya tarde. Oscurecía. Y María prefirió regresar. Se sentía más segura próxima a su casa.

—Es tarde, Ramón. Debén ya de echarnos de menos...

Ramón calló y reanudaron la vuelta. La carretera se enfilaba triste. Como una cinta gris bordeada por los árboles; unos árboles articulados.

Un paraje en el que sólo el traje floreado y la chaqueta roja de María constituían la nota colorista.

La casaca proyectaba a lo lejos una sombra trapezoide: las chimenas, el puntiagudo alero. Y el robe corpulento de la entrada con su celaje de hojas. Mientras andaban María observó a Ramón, de hurtadillas. Resultaba alto, atlético. Llevaba los pelos revueltos y un mechón le caía encima de la ceja izquierda. «Sweter» negro y pantalones grises de franela. Ella percibía un sentido protector cuando caminaban al unísono, cuando pasaba el brazo por el respaldo del sofá de la sala, cuando le ayudaba por los escarpados senderos que conducían a la casaca.

Pero Ramón carecía de sensibilidad aguda, de comprensión. Era un ser primitivo, educado en la aldea, y sus sentimientos poseían la espontaneidad de lo rústico. No ahondaba en sentimentalidades; en esa sensibilidad femenina que analiza el detalle el gesto.

No lograba adentrarse en María, en su ánimo.

—Volveremos mañana a pasear por la carretera, María?

—Lo pensaré. Aunque creo que mañana habrá tertulia en la galería y no debo faltar.

—¿Es que no te gusta venir conmigo? ¿Por qué me evades tanto?

Ramón le cogió una mano, reteniendosela.

Era una sensación repelente, extraña, la de aquellas manazas. Los dedos cuadrados, desarmónicos. La presión pegajosa, calenturienta.

Y María huyó. Y respiró hondo cuando penetró en el ambiente de familia...

Durante dos semanas María vivió momentos de pesadilla. Fueron días bochornosos, nublados. Coincidió con la llegada de la invernada, de la temporada pluviosa. Una tupida niebla lo empañaba todo. Era una pátina encubridora, densa. Por eso el cielo tenía un color gris, duro, escalofriante, que promovía a la soledad, al abandono. Los pájaros buscaban refugio en la coquead de los aleros, en la emigración hacia tierras calientes. Soplaban un viento helado, coitante.

María había tenido que abandonar sus paseos y refugiarse en la casa. Por aquellos días, coincidiendo con el oscilar del castaño y los resoplidos del aire la tertulia de la galería había crecido en animosidad en concurrencia. Federica continuaba con su aspecto ajamonado, sus aspavientos y charla cotorril. Rosa, con el moño más tieso y empaquetado, y las tres «Escopetas», rebasaban el colmo de la cursilería con unos trajes color verde lechuga.

—No me explico lo que te propones hacer, María. Andas como una automática, lees durante horas y horas, encerrándote en tu cuarto y no paseas como las demás chicas, por la carretera. Vas a volverte neurasténica.

—Además, hija, como no te des un poco más de gracia quedarás para vestir santos. Ahora estás en lo mejorcito de la edad y debes espabilarte.

—¡Déjala! ¿No ves que todo le viene pequeño? Yo no sé esta niña dónde se habrá creído que está, o qué clase de pájaros tiene en la cabeza. Ya tiene fama de insoportable en el pueblo y no va a haber quien le mire a la cara.

—Desde luego. Mis dos chicos comentan que eres muy rara, muy especial—rezongaba Federica.

—¡El pobre de Ramón hizo el idiota enamorándose de ti? ¡Ahí tienes! Un chico estupendo, de los más ricos del pueblo, y tú la gran tonta sin hacerle caso. ¡Ay, si fueras hija mía! Y Rosa, entonces, suspiraba profundamente y sus tres hijas, al oírlo, parpadeaban afectadas llevándole el compás. Parecían figuras de postales antiguas: la boquita de piñón, las cejas depiladas y el rostro vahido, incoloro. Allí estaban tan tiesas y pintarrajeadas, con el polvo de arroz embadurnándoles la cara. Eran cursis por naturaleza. Una hablaba parsimoniosamente, con un tono aflautado, mirando al infinito. Las otras dos escuchaban con las manos recogidas sobre la falda ladeando la cabeza en actitud seráfica.

A María le sublevaba aquella conversación. Oyéndolas, le subía una oleada de calor a la cabe-

za, irritándola, enardeciéndola, como una especie de aluvión falaz. Tenía ganas de chillar, de dar voces, de abrir las ventanas para echarlas a golpes de la galería.

—Y bien. A vosotras ¿qué os importa? ¿Me queréis dejar en paz? ¿No os dais cuenta de que yo no quiero a Ramón?—pensaba.

Eso era para ella lo más importante. Queriendo, estaba dispuesta a todo: a vivir en el pueblo, a soportar aquellos comadreos idiotas.

El ambiente sólo sería el marco de su cariño, de su intimidad feliz. Pero no. Con Ramón todo aquello era imposible. Recordaba su mirada torva, huidiza; su risa, con el labio inferior colgando en un rictus impertinente.

Ella tenía una sensación viscosa de sus besos, cuando aquel anochecido, la estrechó en el pasillo del salón. Fue algo tan inesperado que no tuvo tiempo a reaccionar. Pero la sensación repelente y escurridiza, la persiguió durante varias semanas. Luego la presión pegajosa de las manos al concluir el paseo. Los dedos desarmónicos y cuadrados que todo lo destruían: la rama del camino, las perdices...

Aquellas perdices irisadas que él le regaló, con las perdignadas en el cálido cuerpecillo. Ella odiaba la caza. Los estampidos de la pólvora cuando retumbaba en el monte, entre los matorrales. La figura de su padre al regresar cansado con las escopetas y los morrales repletos.

Eran trofeos sangrientos, resultado de instintos destructivos. Además, aquellos animales, pensaba María, venían a ser víctimas huidizas, temerosas. Y le molestaba esa desproporción de fuerza. Por eso, cuando pensaba en Ramón, se lo representaba como Javier. Todo lo que aborrecía en su padre: la mirada torva, las pisadas reptadas, el manibrar en la vida ramplonamente, iba identificándolo con su imaginación, en Ramón; revistiéndolo con una careta común. Una careta grotesca de expresión soez burda, de sonrisa sarcástica. Una de esas caretas de cartón pintado que venden en las ferias: las cejas pobladas, al estilo de cepillos, la nariz prominente y colorada. Asustan a los niños, más que por su fealdad, por su expresión.

Cuando anocheció y la visitas habían desaloja-





do la solana, Mercedes fué a charlar con María. Era entonces cuando la casona se recogía en un silencio misterioso al estilo de una muchachita temerosa de la oscuridad. Silbaba el viento, trepitan las maderas de los suelos, y los árboles, con el ventear de hojas y ramas, producían un sordo ruido.

—Es ya tarde, Mercedes, tenemos que irnos.

Bueno recuerdos a tu hermana Fernanda.

—Adiós, hasta mañana.

Muchas veces, cuando el suelo estaba pantanoso por las lluvias y las ruedas de los carros, que al pasar sobre la tierra blanda, formaban espaciados surcos, tenía que acudir la farola de Andrés a alumbrar el camino.

Así se podían divisar piedras para poder apoyarse y salvar encharcados donde, por la arcilla blanda, quedaban incrustados los tacones.

Después corría Ana una gran tranca de madera. Y la casa recobraba esa intimidad sigilosa.

—Vamos hija déjate de tanto pensar y decídate de una vez. Estás ya resultando cargante en el pueblo; todas mis amigas critican tus pretensiones para la boda. ¿Es que no te gusta Ramón? Porque si das en figurarte que tú eres una artista de Hollywood estás muy equivocada.

Mercedes, con la toquilla de punto lila y zapatillas negras de fieltro, estaba sentada en uno de los sillones de mimbre, de espaldas a la puerta. Su aspecto simulaba un aire cansino: los ojos de trabajar en el bordado, las ojeras acentuadas por el frío.

—No mamá. No me considero ninguna belleza, sino más bien algo vulgar.

Pero es inútil que os empeñéis en casarme con Ramón. ¡Sería horrible para mí! Son cosas muy difíciles de explicar.

—Está bien, María. Sin embargo creo que esta vez tendrás que enténdetelas con tu padre. El está dispuesto a apoyar esa boda y no admite disculpas. Sabes muy bien como se las gasta cuando alguien lo contraría.

Por eso había huido. Porque le repugnaban los besos de Ramón. Porque cuando habló en la sala

con su padre éste no la había llegado a comprender.

—Te casarás ¿sabes?, te casarás. Me da a mí la gana y eso es suficiente.

Sus dedos le aprisionaban las muñecas, haciéndole daño. Luego le atenuaron los hombros, sacudiéndola, vapuleándola.

—¿Me oyes? ¡Me da a mí la gana! Te has de casar con Ramón aunque tenga que llevarte a rastras.

Y cuando ella quiso protestar, cuando pretendió gritar su desesperado ¡no! Javier la abofeteó. Una bofetada que la quemó la cara.

—Aunque te lleve a rastras—pensaba María...

Lo mismo que Chinto a Manuela, que su padre con Manuela...

No. Ella lo odiaba. Odiaba a Ramón: sus manos, su labio caído.

Huía de la casa. Aquella casona con su mole granítica, simulando un pájaro agorero de alas rotas. Allí quedaba el roble con su entremado misterioso de hojas, donde salía esperarla Ramón. Los pasillos, las tertulias de la solana. Todo quedaba muy atrás.

Ahora, en la borda, ante las aguas grisáceas del mar, discurría solamente un reguero de espuma nítida. Las huellas del pasado, de los días en la aldea, parecían concretarse sólo en sus manos. Eran como culpables por resistirse a los bordados, por ser rebeldes a las caricias... Allí, apoyándolas en los maderos del buque, se percibían ásperas, un tanto resquebrajadas por la brisa del mar y la salitre. Marchaban hacia una ciudad extraña, a consagrarse en un trabajo honrado, sufrido. Ellas habían logrado arrancarla de un mundo concreto, encarrillado, y la arrojaban en una barahúnda de incógnitas...

Solicite una suscripción a

POESIA ESPAÑOLA

Administración: Pinar, 5, MADRID

Revista mensual :—: 10 pesetas

CARMEN DOLORES BARBOSA VIVE LA REALIDAD DE UNA VIEJA ILUSION

TRAE A ESPAÑA, EN CINCO MIL LIBROS, EL MENSAJE ESPIRITUAL DEL BRASIL

"Mi vida puede ser un ejemplo de cómo habiendo nacido pobre, de padres sencillos y sin proceder de familias acomodadas, se puede llegar a ocupar las más altas posiciones", dice esta leonesa enraizada en tierras de Sao Paulo

DEL Brasil, por medio de la mano de una mujer, ha llegado un regalo amplio, hermoso, inusitado y ejemplar. Tres mil libros de todos los colores y de todos los tamaños componen esta salutación. El milagro, al que todavía le faltan dos quintas partes del total para su completa redondez física, tiene un autor material, Carmen Dolores Barbosa, una mujer ejemplar, una mujer de temple, de raza de acero, de cadencia, de ritmo, de generosidad interminable, de inteligencia diáfana y límpida.

Ella ha traído a España esta biblioteca formada total y exclusivamente de libros brasileños; ella ha traído, con su gesto, una alegría honda y sentida a esta hermandad de dos pueblos que se miran y se contemplan cara a cara, como los hermanos que se quieren y que viven el uno para el otro.

Carmen Dolores, dulce voz, dulce acento, dulces maneras, habla de su ilusión, hecha ya realidad.

—Es una vieja idea mía esta de traer a España una biblioteca y dar a los estudiantes españoles la oportunidad de conocer el Brasil tal y como el Brasil es. Yo creo que las naciones, como los hombres, deben acercarse unas a otras por el camino de la cultura, de la inteligencia y del corazón.

Carmen Dolores Barbosa tiene un ligerísimo temblor en la voz: está emocionada. En su emoción puede advertirse el descanso de una vieja ilusión que ha sido ahora cumplida.

—La idea hace unos cuatro o cinco años que bulle en mi cabeza, pero hasta ahora no he teni-

do tiempo de realizarla. Yo soy una mujer muy ocupada. Tuve noticias de que España iba a hacer una Exposición de libros de todo el mundo, y me pareció que el Brasil tenía necesidad de hacerse representar. Creí entonces que era el momento oportuno de llevar a la práctica lo que yo idealizaba hacia años. Porque una biblioteca completa es siempre, en cantidad y en calidad, algo más que una simple muestra de libros. Yo quise que el Brasil, si era posible, fuese la nación mejor representada.

YO NACI EN UN PUEBLECITO DE ESPAÑA

Esta mujer española, leonesa enraizada en tierras de Sao Paulo desde hace años, tiene al hablar un deje sonoro que es mitad castellano y mitad portugués. A veces le cuesta encontrar la palabra precisa, la palabra justa y clara para su idea. Entonces cierra un poco sus ojos y golpea el cristal de la mesa en que yo escribo. Cuando la

Al aire de la Gran Vía ma d rileña Carmen Dolores sonríe



Carmen Dolores Barbosa

encuentra sonríe satisfecha, como diciendo: «Ve usted, no me he olvidado de nuestra lengua. La hablo y la escribo como si toda mi vida hubiese vivido en España.»

—Estos libros que yo traigo no son puramente decorativos. Son libros que instruyen, que enseñan, libros para estudiar y aprender.



Una de las inevitables visitas que esta ilustre dama ha girado durante su estancia en Madrid ha sido a su pueblo natal. Hoy Carmen Dolores Barbosa tiene cuarenta y un años. Hace treinta y siete que salió por vez primera de España. Me ha confesado que una de las mayores alegrías de su vida ha sido esta de contemplar, al cabo de los años, la casita sencilla y humilde de ese pueblo leonés que la vio nacer.

—Ante aquella casita justificaba yo todo el cariño y todo el amor que siento por España.

—¿Tiene usted hijos?

—Hoy tengo un hijo, que tiene veintitrés años. Antonio Fernando es inteligente. Estudia Derecho. Se graduará este mismo curso y el próximo ingresará en la carrera diplomática. Es muy trabajador y muy bueno. Por las mañanas asiste a la Universidad y por las tardes ayuda a su padre en las oficinas.

—¿Viene usted a España con mucha frecuencia?

—Sí, con muchísima frecuencia. Yo no puedo pasar un año fuera. A veces la nostalgia llega hasta a ponerme triste, y cojo el avión para acá. Cuando a España se la lleva dentro es imposible vivir sólo del recuerdo. Siente uno como la necesidad de tocarla, de pisar su suelo, de vivirla. Y conste que para mi Brasil, mi patria de adopción, me ha mimado como al mejor de sus hijos. En aquellas tierras no he tenido más que satisfacciones y alegrías.

LA OBRA DE UNA MUJER

Esta biblioteca de autores brasileños, creada y organizada por doña Carmen Dolores Barbosa gracias a los donativos por ella conseguidos de departamentos gubernamentales, y, sobre todo, de editores y autores que en el Brasil gozan de su amistad, no es una exposición efímera ni pasajera, sino que perdurará en España como una perenne presencia de la tierra inmensa y generosa de más allá del Océano, cartografiada en grandes ríos, en selvas inmensas, en ciudades alzadas al cielo y, sobre todo, en hombres y mujeres de corazón amplio y generoso, como esta Carmen Dolores Barbosa, mensajera y portadora de un envío que tiene mucho de mágico.

Seis secciones componen esta biblioteca de autores brasileños. La primera se llama así: *Brasiliana*. Existen en ella escritores de la época colonial hasta los últimos libros históricos o políticos de la actualidad. A la poesía, a la eterna poesía ingrátida va destinada la segunda sección. Queda aquí representada toda la producción poética brasileña, desde las obras de Tomás Antonio Gonzaga hasta las poesías de Manuel Bandeira y Carlos Drummond, sin duda los mayores poetas vivos del Brasil contemporáneo. Novelas y cuentos es la tercera. Toda la inmensa fuerza emotiva del buen novelar brasileño, pasado por los años, tiene su asiento en los títulos y en los autores de las obras colocadas:



«Estos libros que yo traigo no son puramente decorativos. Son libros que instruyen, que enseñan; libros para estudiar y aprender, libros para conocer el Brasil de cuerpo entero»



Carmen Dolores Barbosa nos explica cómo pudo reunir los cinco mil libros que ha traído a España como mensajera espiritual del Brasil

libros para conocer el Brasil de cuerpo entero.

—¿Qué procedencia tienen estos libros?

—Quiero hacer constancia de que esta biblioteca ha sido donada, en parte, por organismos oficiales; pero en su mayoría, por mis amigos editores particulares del Brasil.

Doña Carmen Dolores Barbosa siente la necesidad de decir por ella misma algo que yo aun no le había preguntado:

—Yo soy española. Nací en Villafranca del Bierzo, un pueblecito de León. A los cuatro años marché, con mis padres, a Brasil. Hoy sólo vive mi padre. Mi madre murió cuando yo tenía apenas trece años.

—¿Qué recuerdos guarda usted de ella?

—Mi madre fué mi mejor amiga. Es ella el mejor recuerdo que guardo de mi niñez. Nació en un pequeño pueblo de cuarenta casas de la provincia de León.

Hay en las palabras de Carmen Dolores un gesto de protes-

ta cuando intenta narrar, a largos trazos, los años de su infancia. Ella reniega de muchas cosas y reniega y protesta con una sinceridad admirable. Pero, antes de la protesta, de la renuncia, hay en su conversación un reconocimiento de ejemplaridad humilde. Un ejemplo que alecciona y conforta.

—Mi vida puede ser un ejemplo de cómo habiendo nacido pobre, de padres sencillos y sin proceder de familias acomodadas, se puede llegar a ocupar las más altas posiciones.

Propietaria del periódico brasileño «O Tempo», Carmen Dolores ha creado en el Brasil cuatro premios, de veinticinco mil pesetas cada uno, destinados al mejor libro de poesía, de novela, cuento o la obra más importante editada cada año. Es en ella en quien tienen las letras brasileñas al más generoso mecenas.

—Mi infancia ha sido de lo más confortable, pero muy sacrificada, porque me hicieron vivir siempre pendiente de los estudios. Yo he pertenecido a aquella época en que era imprescindible a una mujer, para ser de buena sociedad, que supiese dos dedos de francés, que pintase acuarelitas y, sobre todo, que supiese poner las manos en el piano. No quiero ni acordarme. Me han robado lo que es irrecuperable: la niñez. Mientras los otros niños jugaban, que es lo que se debe hacer, yo me estaba sentada en el taburete de mi piano estudiando cinco horas todos los días. Cuando me casé, a los dieciséis años, mi marido me regaló un gran piano de cola, que hasta ocho años después no fué estrenado.

Cuando doña Carmen terminó de hablar abrió su bolso negro y del fondo saltó a la mesa un diminuto guifol: una de esas gitanillas de metal que andan y bailan solas. La había comprado el día anterior en la puerta del hotel.

—Ve usted, estos son los inconvenientes de no haber jugado a tiempo. Esta mañana, en mi cuarto, he pasado una hora deliciosa viendo saltar a esta muñequita de Triana. ¿Verdad que es muy salada?



Millones de consumidores le otorgan su confianza.

C.S. 14.472

LABORATORIOS PROFIDEN, S. A.
INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS • MADRID

Manuel Antonio de Almeida, el primero en el tiempo; Humberto de Campos y Afranio Peixoto; José de Alencar, con su sugestiva «Cinco minutos»; Monteiro Lobato, con su estilizada «Minotaurito», o las obras modernas, briosas y perfiladas de Mario Donato «Presencia de Anita» y «Madrugadas sin Dios», dos de sus títulos; y, presidiéndolo todo, la colección completa del mejor novelista del Brasil, Machado de Assis. En esta misma sección figuran las últimas y más recientes obras publicadas en el Brasil; ahí están dos títulos: «Cangaceiro» y «A Menina Mortea».

La cuarta sección la componen *Crítica, Bibliografías y Ensayos*, donde figuran las obras de excepcional importancia para la comprensión de la literatura brasileña: «La historia de la literatura brasileña», de Silvio Romero, o la de José Verissimo; o la de Ronald de Carvalho y Juan Ribeiro. Derecho, Religión, Economía, Filosofía Diplomática y Polémica integran la quinta sección. En ella comparecen las obras imprescindibles para la comprensión del espíritu brasileño en el campo de las leyes y de las relaciones internacionales como las de Joaquín Nabuco, Ríu Branco, Tristán de Ataíde, Callo Prado (junior) y Ruy Barbosa.

Didáctica, además de otros libros variados, han sido incluidos en la última sección de esta incomparable biblioteca, fruto espléndido de una inteligente generosidad abierta. Para orgullo de Brasil y de España, el editor brasileño José Olympio ha editado

do en una edición de lujo, con ilustraciones de Doré, nuestro «Don Quijote de la Mancha», en cuatro volúmenes, donados afectivamente para esta biblioteca.

Dos amplias salas de la Biblioteca Nacional ocupaban las vitrinas y las estanterías en que se encontraban, en el día de su inauguración, los dos mil libros de que se compone esta primera expedición.

«Por los caminos de la inteligencia y de la cultura.» Y es ésa, verdaderamente, la línea más cierta para que dos pueblos se conozcan y se compenetren. Además de las razones históricas para este mayor acercamiento de Brasil y España, existirá ya para siempre esta otra razón, este otro camino trazado por la mano despreñada y eficaz de esta mujer que un día salió de España y mil días ha vuelto a ella para no olvidarla.

UN PREMIO Y UN MENSAJE

—¿Qué autores españoles son más conocidos en Brasil?

—Los clásicos, todos. Allá hay una gran preocupación por conocer todo lo español. Entre los modernos, los más conocidos son don Pío, Benavente, Unamuno, Lorca, Gerardo Diego, Juan Ramón Jiménez y Ortega. Lain Entralgo también puede considerarse como uno de los escritores modernos que más se leen.

—¿Y brasileños en España?

Doña Carmen apenas me deja terminar la pregunta.

—Ninguno. Por eso les traigo yo esta biblioteca.

Juntamente con los libros de estas vitrinas, doña Carmen Dolores Barbosa nos ha traído otro presente. Este es exclusivo para los periodistas. En el Banco de España hay depositadas veinticinco mil pesetas para el mejor trabajo periodístico sobre algún aspecto del Brasil. Para los cuatro mejores reportajes publicados en el año hasta mayo de 1956. El premio lleva el nombre de su fundadora.

—Mi intención había sido en un principio otorgar el premio a escritores, en el sentido amplio de la palabra. Después lo pensé mejor y lo he circunscrito sólo para periodistas.

Es la una menos cinco de la tarde. A la una esperan a doña Carmen en la emisora de Radio Nacional.

—No será difícil tomar un taxi aquí, en la Gran Vía, ¿verdad?

—Pues... no, no es difícil.

Dentro de unos meses, los dos mil libros de esta biblioteca habrán aumentado a cinco mil. En el Instituto de Cultura Hispánica hay una gran sala para ellos. La Sala Brasil. Cinco mil libros han supuesto un millón de pesetas.

Cuando el Ministro de Educación Nacional impuso a doña Carmen Dolores Barbosa el Lazo de Isabel la Católica, ella respondió:

—Os traigo el mensaje espiritual del Brasil.

Y el mensaje, pleno y rotundo, ahí está, sobre las mesas. Es el mensaje de la generosidad.

Ernesto SALCEDO

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

12 AÑOS CON HITLER

Por el Dr. Otto DIETRICH



LA mayor parte del pueblo alemán ha confiado en un hombre, le ha venerado como un ser enviado de Dios y le ha querido como a un padre. Este hombre le ha conducido a la mayor catástrofe de la Historia. Este es el hecho desnudo, brutal y aplastante que se le presenta hoy al pueblo alemán en medio de la ruina de su pasado. Millones de personas buscan actualmente las causas y las explicaciones de este desastre sin igual. Tratan de encontrar estas cosas en la línea de sus anteriores concepciones. Yo creo, y estoy en lo cierto, que solamente por el conocimiento total y absoluto de la personalidad de Hitler, de su ser interior y de su auténtico carácter, se puede aclarar lo oscuro y comprender lo incomprendible. Únicamente a través de los demonios de su personalidad se llega al camino que nos lleva al conocimiento de la verdad, de la culpa y del destino. Las profundidades de su alma es el punto de partida, el prisma

en el que se descomponen los rayos de la oculta comprensión y en donde se puede unir la verdad histórica de lo acontecido. Exclusivamente en lo más profundo de su ser podemos descubrir los ocultos motivos y descifrar en el cuadro de su verdadero carácter la tragedia del pueblo alemán.

Los alemanes no poseen hoy, después de la caída de los titanes, ninguna claridad sobre Hitler. Pero esta claridad es una premisa imprescindible para dar cualquier paso afortunado desde las ruinas del pasado hacia un mejor futuro. El destino me ha colocado durante muchos años en un puesto que me permite poder contribuir a aclarar la tragedia de Hitler y, con ella, la del pueblo alemán. Durante doce años he trabajado como periodista junto a Hitler. No fui a este puesto forzosamente, ni tampoco lo busqué; fué el propio Hitler, el 30 de enero de 1933, quien me nombró, cuando él designó a Funk como jefe de Prensa de su Gobierno. Dispuso que permaneciera en su proximidad, quizá porque viese ya en mí su futuro biógrafo. Aprendí a valorar sus rasgos simpáticos y sus esfuerzos por el bien del pueblo; pero en el curso de muchos años también pude reconocer su cambio interior y sus faltas, y hasta llegué a odiar su ser despótico. A pesar de mis repetidas intenciones, no me permitió marcharme. He escuchado mucho, pero no sé todo. El oído del publicista y

OTTO Dietrich, jefe de Prensa de Hitler durante doce años, escribió en 1946, mientras vivía internado en un campo de concentración inglés, el libro que hoy resumimos en esta sección. El hecho de haber convivido con el Führer durante tan largo período y de haber permanecido con él permanentemente da a sus escritos una autoridad indiscutible. El libro constituye en cierto modo una especie de autojustificación, y la dureza con que trata al político alemán resulta algunas veces incomprensible, si se piensa la gran compenetración política que debió de existir entre ambos hombres. Solamente la conmoción que produjo la derrota y el indiscutible empeoramiento temperamental del Führer iluminan este brusco cambio de posición.

Teniendo en cuenta los numerosos libros aparecidos sobre las características personales del Führer, hemos dejado en segundo plano la parte del libro que nos ocupa, dedicada a estos aspectos, dando preferencia a las que expresan la opinión del doctor Dietrich sobre Hitler. Otto Dietrich murió en noviembre de 1952, poco después de ser puesto en libertad de su internamiento. Su libro no se publicó hasta después de su muerte, ya que el autor expresó su deseo de que no saliera antes, para que así no se creyera que trataba de buscar el favor de los vencedores.

DIETRICH (Otto).—12 Jahre mit Hitler. Isar Verlag München. 1955.

del periodista no capta lo que la opinión pública no debe saber. Hitler sabía callar y no decía más que aquello que debía servir para algo. No tomé nunca notas, pero han quedado grabados en mí millares de detalles de la vida pública y privada de este hombre, con el que viví durante más de doce años, que me hacen comprender la esencia de la personalidad de tan enigmático personaje.

Seis años de éxitos poco corrientes durante una época de paz hicieron olvidar casi las debilidades de Hitler frente a la grandeza de su obra. Seis años de guerra hicieron más patentes los rasgos contradictorios de su carácter y la fuerza de su personalidad demoníaca. El era un abanderado, y en tanto quedó una esperanza de forjar el destino, creyeron innumerables alemanes inconscientes que no se podía abandonar la bandera. Fué sólo cuando terminó todo con el desmoronamiento de un hombre y de su autoritarismo despótico cuando

se vieron las falsas esperanzas y cuando el pueblo y los que le rodeaban comprendieron su engaño.

Durante los últimos meses he pensado mucho si debía hacer accesible como alemán mi juicio y mis conocimientos de Hitler a la opinión pública. No quiero anticiparme a la Historia, pero debo contribuir a aclarar los hechos. Si mis conocimientos y mis observaciones personales no pueden pretender el carácter de exclusividad y totalidad, sin embargo estoy convencido de que pueden contribuir a enfrentarse con el mito de Hitler en tanto que éste exista, y hacer comprender muchas sombras del pasado. Por ello he llegado a la convicción de que no puedo sustraer al pueblo de lo que sé, en interés de este mismo pueblo. El pueblo alemán esperaba que Hitler no le abandonase sin una palabra de justificación sobre su obra y sin algo que le aliviase la indecible miseria y aflicción en que le dejaba. Ante su propia muerte, ante la lucha sin cuartel de su pueblo, no cambió la terquedad de su carácter ni buscó una mejor perspectiva. Su manera de comportarse durante su muerte confirma el juicio de su vida. Lo que escribo en este libro trata de ser fiel a la verdad, pues le soy deudor, no sólo al pueblo alemán, sino también a mí mismo, de este trabajo. Como periodista he sentido, inflado de idealismo, el lado

simpático de Hitler y lo he expuesto ante los ojos del pueblo, colaborando a aproximar su figura a muchos corazones alemanes. En 1933 escribí un libro, *Mit Hitler in die Macht (Con Hitler en el Poder)*, en el que yo describía, lleno de entusiasmo, el lado pacífico de Hitler. Ahora debo a la opinión pública la trágica continuación de este libro, la segunda parte del drama, la caída de Hitler en el abismo, que explica, por otra parte, el desmoronamiento del Reich.

LA DUALIDAD DEL ALMA DE HITLER

Si tratase de caracterizar la manera de ser de Hitler, tal como se me aparece después de mi experiencia de doce años con él, lo haría así: Hitler estaba poseído por unas concepciones populares totalmente ficticias. No sufría ninguna dura enfermedad corporal y todas sus contradicciones se explican por la tirantez de su espíritu y por la fuerza explosiva de su voluntad. Estoy seguro que si se pidiese un diagnóstico médico sobre su situación psíquica, se hablaría, sin duda, de que estaba atacado de megalomanía. Hitler poseía una doble faz. Las contradicciones internas, que tan a menudo se dan en los genios humanos, se presentaban hasta el máximo en Hitler, y llegaban a constituir el rasgo fundamental de su existencia. Es por ello por lo que lo esencial de esta figura no se puede comprender a través de sencillas y naturales representaciones, sino recurriendo a los conceptos de polaridad y de contradicciones internas. En el hecho de su doble naturaleza está todo el secreto de su enigma humano.

En el terreno intelectual-espiritual se ve de una manera manifiesta esta escisión del alma de Hitler. Es indudable que disponía de una capacidad espiritual que en algunos aspectos llegaba a la genialidad. Poseía una penetración para descubrir lo esencial, una memoria sorprendente, una fantasía debidamente condicionada, una enorme fuerza de representación y una audacia en las decisiones que posibilitaron sus obras sociales y sus nada comunes creaciones pacíficas. Por otra parte, en otros muchos aspectos, tales como en la cuestión racial, en el juicio de los problemas religiosos y en la incomprendible minimización de todas las fuerzas morales de la vida, que le llevaban a una auténtica primitividad espiritual, mostraba una ceguera y una incapacidad verdaderamente inverosímil. Este mismo hombre, que en tantas cuestiones mostraba una sensibilidad extraordinaria y que sabía actuar dentro de la mayor lógica, con una inteligencia y una audacia que le permitía, en medio de una enorme depresión económica, nunca conocida en Alemania, dar trabajo a siete millones de parados e introducirlos en el proceso de la producción, elevando al mismo tiempo el nivel de vida de Alemania, daba muestras en determinados momentos, tales como en la guerra de Polonia, de no poseer ni la más mínima chispa de comprensión, metiendo a toda Alemania en la rueda de la Historia, que debería fatalmente aplastarla. Inteligencia creadora y ciega incapacidad, he aquí los dos aspectos de su intelecto, los que más o menos siempre han estado presentes en su vida, trató de estar bajo un denominador común, lo cual sólo era posible cuando se reconocía la enorme escisión de su índole espiritual.

En el pecho de Hitler se albergaban justas sensaciones y fría implacabilidad, amor a las criaturas y dura crueldad; todas ellas convivían juntamente. Unas veces le vemos buscando a los hombres buenos, como amigo entusiasta de los artistas, cariñoso para los niños, lleno de amabilidad para las mujeres, compartiendo el dolor y la alegría con los que le rodean. Pero, como hoy sabemos, en ese mismo pecho había un impulso hacia la inhumanidad que le permitía tomar decisiones de una dureza indecible sin la más mínima delicadeza.

LA POLÍTICA INTERIOR DE HITLER DURANTE LA GUERRA

Las guerras que se realizan exclusivamente con armas han tenido en la Historia sólo en muy raras ocasiones un buen fin. Y el estadista, que en la guerra sólo dirige campañas militares, pero que no saca el debido valor como político de las victorias y de las batallas ganadas con el fin de crear un nuevo orden, es en la mayoría de los casos como un cachete que aparece en el horizonte as-

ciendo, pero que vuelve a caer rápidamente, como una estrella perdida. Hitler a este respecto fué como un meteoro, que brilló durante corto tiempo y que después, a su caída, no sólo destruyó el Reich, sino que conmovió todo un continente y el mundo entero.

La existencia de Hitler muestra extrañas concomitancias con la vida del pueblo alemán. Como simple soldado, decidió en noviembre de 1918 convertirse en político, ya que creía que la primera guerra mundial no había sido perdida por Alemania militarmente, sino sólo en el terreno político. Como tal político puso al pueblo alemán interiormente en forma, pero le preparó en política exterior la segunda guerra mundial. Cuando arribó con su estrategia política de la fuerza al fin de la paz, no reconoció su bancarrota internacional, sino que comenzó con sus excesos desmedidos, sus osadas aventuras y sus métodos suicidas a agotar al pueblo alemán a través de la guerra. El político se hizo veinte años después soldado, para perder, finalmente, en el terreno militar la segunda guerra mundial.

Al principio Hitler presentó una decisión nueva y un éxito constante, tacto y suerte, y con ello su gloria como estratega militar resplandeció brillantemente. En menos de dos años dominó militarmente la casi totalidad del continente europeo. Nuevos aliados se unían a su carro triunfador y nuevas alianzas y pactos epilogaban la marcha victoriosa de sus soldados. Este soplo de victoria deslumbró a Hitler y le llevaría a la total incompreensión política para los demás.

¿Qué de posibilidades se han dejado pasar aquellos años! En los años 39, 40 y 41, Hitler podría haber encontrado muchos amigos si hubiera tenido una clara idea de lo que buscaba y si hubiera forjado nuevos caminos para el desarrollo progresivo y la colaboración pacífica de las naciones. El capital político, que Hitler en aquellos años acumuló por su desconocimiento de los pueblos extraños y por sus métodos violentos, es totalmente despreciable. Ocupó muchos países, pero no conquistó ningún corazón. Prometió libertades, pero trajo nuevas cadenas. El continente que había ganado un soldado reunía enormes posibilidades para que un político realizara su tarea, pero sólo quedó un montón de ruinas.

Hitler era como político una figura del pasado, no del futuro. Vivía con convicciones medievales sobre el heroísmo y la soberanía y sus ideas sobre el poder pertenecían al Imperio germánico. Su espacio vital era la Historia y el futuro siempre estaba oculto a su espíritu. No mostraba ninguna preocupación por el desarrollo político y el progreso espiritual del hombre. Por eso no se puso ninguna meta ideológica ni poseía ninguna concepción sobre una nueva Europa.

HITLER COMO SOLDADO

Hitler había sido soldado en la primera guerra mundial. Lo fué apasionadamente. Resulta difícil comprender cómo Hitler, que en su juventud mostraba una naturaleza de artista, sintiera ese extraordinario interés por la cosa militar. Ya antes de la toma del Poder poseía un enorme conocimiento de temas militares. Dominaba la historia bélica y la literatura técnica castrense le ocupó largas noches de lectura. Era un verdadero fenómeno, y sus conocimientos teóricos dejaban deslumbrados a almirantes y generales. Hitler poseía una memoria portentosa para los acontecimientos guerreros. También entendía mucho del manejo de las armas y del desarrollo de los ejércitos en los diversos países. Visitaba frecuentemente las grandes fábricas de armamento y los astilleros del Reich, convenciéndose personalmente de los progresos realizados y planeando, probando y discutiendo con los ingenieros lo que se llevaba a cabo. La construcción de la Westwall (muralla del Oeste) fué por él determinada en sus más mínimos detalles.

La nueva Wehrmacht, que entró en guerra en 1939, era su obra. El la había forjado y era su orgullo el poder dirigirla. Idea suya eran las unidades motorizadas, actuando independientemente y con grandes formaciones de tanques. La estrategia y la táctica de las audaces penetraciones de las armas blindas para destrozar y desorganizar la retaguardia enemiga pertenecían también a sus concepciones. El fué el creador de los ejércitos de la Blitzkrieg y él deseaba una gloria, que esperaba recoger personalmente. La campaña de dieciocho días en Polonia aumentó sus conociemien-

tos militares. El salto a Escandinavia fué también idea suya, y así la mayoría de las operaciones victoriosas.

La estrategia de Hitler se basaba en la ofensiva; pero desde el año 1942 Hitler no logra ya ninguna gran victoria. Se acabaron los cercos, e incluso al fin de ese año sus Ejércitos fueron rodeados. En el frente oriental, los rusos habían aprendido la lección. Con la desaparición de las posibilidades de pasar a la ofensiva se apagó también el fuego de su genio militar. Stalingrado fué la tumba del Sexto Ejército y el punto clave del destino alemán. Aquí fué rota la voluntad de Hitler. El elemento fundamentalmente dinámico de su existencia y el tuétano de la fuerza de resistencia alemana. El genio del estratega, cuya chispa se encendía por la iniciativa y el impulso de la propia voluntad, decayó en el momento en que tuvo que inclinarse y hacer frente a las leyes que otros le imponían y que él no era capaz de dominar.

Desde agosto de 1942 estaba redactado el comunicado especial sobre la caída de Stalingrado y permanentemente colocado sobre la mesa de Hitler. Su cuartel general había sido trasladado a unas chozas en la llanura ucraniana. Tres meses más tarde, el 8 de noviembre, declaraba a su vieja guardia en la tradicional reunión de la Bürgerbräukeller de Munich: «Estoy en Stalingrado y permanezco en él.» Poco antes, a las tres de aquel mismo día, había recibido la noticia en su viaje hacia la capital bávara, del desembarco aliado en el Norte de Africa. El 20 de noviembre Stalingrado era cercado y el 1 de febrero de 1943 caída la ciudad con 80.000 soldados alemanes en manos de los rusos. En seis meses, de agosto a febrero, ocurrió la crisis decisiva que conmovió totalmente a Hitler.

En la derrota le faltaba a Hitler el impulso y la fuerza que sabía dar en la victoria a las tropas que luchaban. Desde entonces ya no quiso comparecer ante los soldados. La última vez que lo hizo fué en febrero de 1943, cuando la caída de Stalingrado amenazaba convertirse en una desbandada general. Entonces Hitler se trasladó al cuartel general de Manstein y consiguió con su presencia de tres días en el frente colocar la línea de éste en el Dniéper.

También en el soldado Hitler se mostraba la escisión y el desgarramiento de su alma. En su última época mostró tanta incapacidad como anteriormente había tenido inteligencia. Su superioridad en el aire y sus técnicas de guerra, su estrategia ofensiva y sus tácticas de ruptura y cerco fueron aprovechados por sus enemigos y se volvieron contra él. Hitler era el alma y la conciencia del Ejército alemán. Pero sus pasiones desmedidas le llevaron al desastre. Como cabo tenía un genio militar, pero como general en jefe aparecía a menudo como un suboficial con mando. Quizá la Historia juzgue a Hitler de otro modo que como lo hace la actual generación; pero la desgracia que sobre su pueblo y los demás trajo es demasiado grande como para aprobar su capacidad militar, cuyos fundamentos él mismo destruyó.

LA DUALIDAD DE HITLER EN SU MANERA DE SER

Hitler procedía de una familia pequeñoburguesa austriaca. Nunca abandonó por completo las condiciones que determinaban este origen. Dos características mostraban el origen austriaco de Hitler: en primer lugar, su manera de ser jovial y amable en los círculos privados, totalmente imposible de

imaginársela cuando se piensa en su dureza política, pero que, sin embargo, se revelaba con artistas y mujeres, y en segundo lugar, la mala distribución de su tiempo en su trabajo y vida.

Hitler era un hombre de naturaleza bohemia. Nunca pudo realizar un trabajo vulgar y burocrático. Por otra parte, Hitler estaba lejos de ser un hombre que odiase el contacto con sus semejantes. No podía estar solo y llamaba la atención cómo le espantaba esta circunstancia. A mí esto me parecía que era como si temiese el encontrarse, cuando estaba solo, con su propia interior dualidad.

Hitler tenía su residencia oficial en Berlín pero la privada estaba en Munich. En Berchtesgaden poseía, a más de 1.000 metros de altura, su residencia alpina. Durante la guerra se encontraba en su cuartel general, que lo varió numerosas veces de lugar.

Hitler leía mucho; durante la noche más que nunca, y sobre todo cuando no podía dormir. Sus lecturas personales consistían principalmente en conocimientos técnicos, biografías de todas las clases y obras sobre estudios de arte. Sentía una especial antipatía por la novela y la poesía. Estas últimas le aburrían y las novelas no las leía nunca. El sarcasmo de Bernard Shaw le entusiasmaba.

Relaciones familiares tenía pocas Hitler. Su padre murió pronto, y después de la muerte de su madre, cuando él tenía dieciséis años, vivió siempre solo. Esto no fué obstáculo para que posteriormente concentrase todo su interés en la educación política de la juventud, y quizá también su pasado revele su interés por coger al niño desde la más temprana edad, sustrayéndole en cierto modo a la influencia familiar y escolar.

Munich era la patria chica adoptiva de Hitler. Como perteneciente al proletariado artístico, como antiguo dibujante y acuarelista, había venido a esta ciudad desde Viena. En ella vivió la existencia de un vagabundo y aquí fué donde conoció el estallido de la guerra. A la capital bávara volvió como cabo y con una Cruz de Hierro de primera clase. Aquí desarrolló sus talentos oratorios y el poder de su palabra sobre los hombres. La impulsiva voluntad demoníaca, que dominaba a las masas, se unían en él con el sentimiento nacional y con el convencimiento de que tenía que cumplir una misión nacional. En Munich surgió su estrecha y en ella conoció a sus mejores amigos.

En Munich tenía muchos viejos partidarios, con los que convivía e invitaba a su casa durante su residencia en la ciudad. En casa de Hoffmann, su fotógrafo, conoció al ayudante de éste, Eva Braun. Era esta la hija de un destacado catedrático de Munich y que parecía mostrar gran interés por los temas culturales, cualidad que Hitler valoraba mucho en las mujeres. Existían unas grandes diferencias entre Hitler y la que había de ser después su mujer. El ideal femenino de Hitler correspondía a las mujeres altas y rubias. Eva Braun, sin ser pequeña, no se podía encajar en ese modelo. Era elegante y mostraba un gusto muy escogido para vestirse con las modas más recientes. Criticaba a menudo a Hitler lo mal que se hacía sus uniformes y trajes, así como el poco gusto de sus corbatas. Aunque no le gustaba el alcohol, era una apasionada fumadora y le encantaba bailar, mientras que Hitler odiaba el baile y nunca comparecía en una sala de danza. No obstante, los dos llegaron a no entenderse mal del todo. Las grandes diferencias se suelen superar en el curso de muchos años. A Eva Braun no le faltaba inteligencia, pero, sin embargo, no pertenecía a ninguna organización del partido ni en su vida hablaba de política. No obstante dejaba sentir su influencia sobre Hitler en las cuestiones sociales y culturales, así como en lo referente al teatro y el cine. Naturalmente, ésta no se sentía en lo más mínimo en la vida pública y política de Hitler.

CONCLUSION FINAL

Hay que ver a Hitler dentro de la más pura realidad. Hay que reconocer que una culpa trágica y fatal ha pesado sobre él. Sobre su enigmática figura ha habido un desgraciado encadenamiento de contradicciones que le han producido un deslumbramiento enfermizo de su espíritu y que han producido la ruina moral de toda la obra de su vida. Nuestra actual generación necesita justificarse de lo que ha hecho durante treinta años de una vida dolorosa y sacrificada. Por ello no puede otorgar a Hitler una auténtica grandeza después de la miseria y la desgracia que dejó tras él.

ARMONICA VIAJERA

(Viena y Landeck, agosto, 1954)

por

FELIX ROS

En el número 41 de

“POESIA ESPAÑOLA”

UNA COLONIA DE HOMBRES DE ACCION

MAS
DE MIL
FAMILIAS
ALEMANAS
VIVEN EN
MADRID

Dos costumbres traídas
por ellos a España: el
árbol de Noel y el amor
a la cerveza

“Encajamos bien en este país. Nos ayuda mucho para ello el carácter amable y abierto de los españoles”

EN cualquier momento, la dulzura de una canción alemana puede sorprendernos. Como nos sorprenden esos viejos tipos alemanes con su pipa enorme, con su alegría de niños, de gigantescos niños germánicos; con sus tradiciones, celosamente guardadas en medio de los valles y de los bosques.

Si los vemos en un repertaje cinematográfico, si los ideamos a través de una página literaria, pensamos siempre en su lejanía y en sus brumas. Como si aquellas dulces canciones sólo se pudieran producir por los alrededores del Rin y del Danubio. Esas coras parece que no le van muy bien a nuestro sol de cartel turístico, a nuestro bullicio de meridionales. Y, sin embargo, la verdad es que, bien unido a nosotros, vive y trabaja un grupo bastante numeroso de alemanes. De diez a doce mil alemanes viven en España, perfectamente

adaptados a nuestras costumbres.

La colonia alemana madrileña tiene 2.278 miembros permanentes más otros 242 incluidos en la Embajada alemana en la categoría de no permanentes, aunque, en su mayoría, deseen serlo. Aproximadamente, el total da unos mil cabezas de familia, que en su mayoría llevan en España más de veinte años. Sólo una pequeña minoría ha llegado después del año 1945.

Ellos hace años que irrumpieron en España con sus sabrosos platos, con sus canciones, con su tesón de trabajadores infatigables. A los alemanes les gusta España. Es ésta una afición de siglos: Ya en el siglo XV, cuando los peregrinos alemanes hacían la ruta de Compostela, les gustaba ya quedarse en nuestra Patria. Y con mucha más razón se siguieron quedando cuando la Historia se encargó de unir la vida de los dos pueblos.

En este edificio de la calle Hermosilla está la Embajada de Alemania en Madrid



La actual colonia alemana en Madrid es una colonia de veteranos en la vida madrileña. Industriales, dueños de bares, de restaurantes, representantes de casas alemanas, técnicos; todos ellos conocen a la perfección el ritmo y las costumbres de esta ciudad en la que viven desde hace muchos años. Unos se casaron aquí, con españolas; tuvieron aquí sus hijos, y aquí triunfaron en esta o en aquella actividad. Otros vinieron ya casados o se casaron aquí con alemanas. De todas formas, aun con su acento inconfundible, aun con sus canciones melancólicas y dulces, ellos viven aquí sin echar de menos, por lo menos mucho, sus viejos pueblos. Conocen el truco de los «chatos» y del café. Y emplean, de vez en cuando, en su conversación algún «timo» madrileño.

EL «HOLSTEINER SCHNITZER», EL PLATO PREFERIDO POR LOS ESPAÑOLES. AL SEÑOR ROTHFRIEZ NO LE GUSTA LA CERVEZA

Entre la cocina alemana y la española existen numerosos

puntos de contacto. Son dos cocinas que se entienden bien y sin demasiadas dificultades: condimentos fuertes, salsas... Indudablemente hay una remembranza de la cocina vasca en algunos de los platos o de las salsas... culinarias alemanas. Y si el alemán se hace en seguida a los usos y hasta a los abusos culinarios a la española, al español le suele ocurrir otro tanto con las delicias gastronómicas alemanas. Hace años que el emigrante alemán dándose cuenta de esta debilidad española por las morcillas de ternera y los codillos de cerdo, decidió explotarla debidamente.

Abundan en Madrid los restaurantes alemanes. Desde Gambrius a Edelweiss pasando por Horcher. Todos ellos dedican sus esfuerzos a levantar bien alto la fama de los fiambres, de la repostería y de la condimentación alemanas.

—Aunque los fiambres «alemanes» que consume nuestra clientela, son fiambres fabricados por nosotros mismos con materia prima española.

El señor Rothfriez, dueño de Edelweiss, hace treinta y tres años que vive en España. Es un hombre fuerte, de estatura media y cara bonachona, que, para asombro de tradicionalistas, no siente ninguna afición por la cerveza. En cambio, siente una vocación extraordinaria por la cocina y desde su primera época de pinche en Baden-Baden cuando sólo tenía catorce años, hasta hoy, su vida se ha desarrollado por completo entre «choureroutes», «Bismark con legumbres» y otras especialidades.

—Al restaurante viene toda clase de gente, españoles y extranjeros. Los españoles cuando vienen a «los alemanes», suelen preferir sobre todo el codillo de cerdo y morcillas de ternera, jahl, y el «Holsteiner Snitzer».

El «Holsteiner Schnitzer» es una especie de gigantesco plato combinado de cafetería. Aunque al lado del «Holsteiner» cualquier «combinado número tantos» adquiere aspecto de hijo raquítico. Porque el plato en cuestión consiste, nada más y nada menos, que en un gigantesco escalope empanado sobre el que cabalga un huevo frito. Si a esto se añaden tres diferentes clases de legumbres, una buena cantidad de pa-

tatas, y una guarnición de rebanadas de pan untadas de foi-gras y adornadas con anchoas, se comprenderá fácilmente que el «Holsteiner», por sí solo, constituye todo un menú. Por lo visto es uno de los platos más populares entre nuestros compatriotas.

—También el salmón ahumado y toda clase de arenques tienen aceptación. La «chourrutte», en cambio, cae más dentro de los gustos extranjeros. De repostería gustan mucho las tartas de manzana y de queso y las tortillas alemanas con mermelada.

Como la carta de la casa es interminable, en la cocina se empieza a trabajar muy pronto. Desde las ocho de la mañana hasta la una de la madrugada hay trabajo para los cocineros de Edelweiss.

—Once cocineros. Casi todos españoles y de ellos, el jefe de cocina es también español. Para mí trabajar con españoles es agradable. Son disciplinados y rinden mucho. La verdad es que durante estos treinta y tres años yo me he hecho de tal manera a las cosas de España, que de ella me gusta todo: luz, sol, carácter, ritmo de vida. Ahora no podría ya soportar brumas ni fríos, ni nieves...

El señor Rothfriez está casado con alemana; sus hijos son alemanes... y, sin embargo, sólo siente deseo de volver a Alemania «de paso», «de visitas». Su vida está aquí, en España. Le gustan nuestro clima, nuestra tranquilidad y nuestra zarzuela.

LA VIDA ENTRE LA COLONIA. LOS HUEVOS DE PASCUA, EL ARBOL DE NOEL Y EL AMOR A LA CERVEZA

Si al señor Rothfriez no le gusta la cerveza, en cambio no se puede decir lo mismo de un buen número de miembros de la colonia. La prueba es que existen grupos bastante numerosos de bebedores que celebran sus tertulias en Edelweiss mismo, o en cualquier otra parte, bien provistos de sus historiaditos y preciosos jarros de cerámica. Los miércoles y los viernes son buenos días para esta clase de reuniones y los asistentes son en su mayoría viejos industriales, directores de casas alemanas, técnicos. La cerveza y los bolos deben de tener alguna conexión especial. El caso es que, como aficiones, se suelen dar

unidas. Y el tema central de la conversación de estas reuniones de cerveza son los bolos.

Los mil cabezas de familia que viene a haber en total en la colonia alemana pertenecen, casi todos a la categoría de hombres de acción: técnicos, representantes de casas alemanas, gerentes de casas que, como la Telefunken o la Osram, aunque son españolas en la actualidad conservan el antiguo personal. Todos ellos estaban aquí con anterioridad al año 1945. A partir de ese año la colonia alemana no ha engrosado mucho. Todo lo más unos cuantos técnicos e ingenieros venidos al I. N. I. en esa fecha.

Y estos hombres, estas familias tienen cada cual su círculo de amistades españolas, su mundo dentro de la vida madrileña. La vida de relación de la colonia consiste para algunos únicamente en estas reuniones en torno a un «bock» de cerveza, para otros en las excursiones que organiza a la Sierra la Asociación Deportiva, y, para casi todos, en los conciertos y sesiones de cine que organiza la Asociación Benéfica, unas veces en el local del Círculo de la Unión Mercantil y otras veces en el teatro del Instituto «Ramiro de Maeztu».

Alto, impecablemente vestido de gris, el señor Perchermeier es el prototipo de la corrección germanica. El conoce a fondo la vida y las actividades de la colonia.

—La Asociación Benéfica vuelve a comenzar sus actividades en 1950. La Asociación Deportiva no se reorganizó hasta 1953. La Asociación Benéfica tiene por objeto ayudar a aquellos miembros de la colonia que lo necesitan, y con ese fin se organizan bailes, fes, conciertos.

Esta Asociación Benéfica alemana tiene una larga historia y una intensa tradición en nuestra Patria. Porque con el nombre de Hermandad Benéfica fue creada por los Reyes Católicos en 1482 para ayudar a los peregrinos alemanes que hacían la ruta Compostelana. Casi cinco siglos de existencia, con parentesis más o menos largos.

Cuando se le plantea la pregunta de las tradiciones alemanas que se conservan en el seno de la colonia el señor Perchermeier duda largamente.

—Pocas. Los alemanes se suelen adaptar magníficamente a la vida española. Un porcentaje muy elevado de ellos contraen matrimonio con española y las costumbres que imperan a partir de ese momento son las de ustedes.

Pero aún queda algo. —La costumbre de los huevos de Pascua. Los españoles se han contagiado de esta costumbre aunque no lo hayan recogido tal y como es entre nosotros. En las casas alemanas la tradición consiste en pintar diferentes motivos sobre la cáscara de huevos cocidos. Estos huevos luego se esconden donde a uno se le ocurra y... ¡hay que buscarlos! El que más encuentre tiene un premio.

Y según Perchermeier, hay también otras dos costumbres

Una de las clases del Colegio Alemán de Madrid



traídas por los alemanes a España: el árbol de Noel y el amor a la cerveza.

Muy pronto la colonia alemana madrileña y los españoles amigos de Alemania dispondrán de un gran centro de cultura e información de las cosas y temas alemanes: el Instituto Alemán de Cultura.

LOS NIÑOS ALEMANES HABLAN MÁS CASTELLANO

No es raro que entre las familias alemanas que viven en Madrid se produzca el fenómeno de la pérdida de viejas tradiciones familiares y nacionales. En primer lugar, la colonia es, en su mayoría, una colonia vieja, o, para entendernos mejor, veterana, en la vida española. Sólo unos cincuenta de los tres mil miembros de que está formada llegaron a Madrid después del año 1945. Lo que quiere decir que el resto de los hogares hace mucho que pasaron la desesperante fase de la adaptación. Los hijos han crecido en ambiente totalmente español, y aun en los casos en que ambos padres son alemanes, estos hijos tienen ya el sello de su segunda patria.

La población infantil de la colonia asiste, en su mayor parte, al colegio San Miguel, colegio alemán que dirige el doctor Niedermayer. Un porcentaje muy pequeño de muchachos asiste a colegios españoles. La razón es obvia: los padres desean que el hijo aprenda correctamente su propia lengua.

Y aquí viene el problema del niño bilingüe, del muchacho que «desde siempre» sabe dos lenguas. Porque el chiquillo, por un fenómeno de pura lógica, se inclina siempre del lado de aquella lengua que puede hablar con el hijo de la vecina de enfrente.

El doctor Niedermayer vive pendiente de todos estos niños que le confían sus compatriotas.

—No es fácil, no. Los muchachos deben tener clara la imagen de esa patria en la que no viven. Conocerla aun sin conocerla. Y al mismo tiempo deben saber vivir en su segunda patria y considerarse incluidos en ella. Con los idiomas muchas veces ocurre que son capaces de redactar mucho mejor en castellano que en alemán.

En el colegio alemán hay un gran orden. La casa es pequeña y los alumnos son cada vez más. La dirección dispone de dos pequeños hotelitos, uno para el «Kindergarten» y el otro para los muchachos mayores. Los chicos cursan a la vez el bachillerato español y el alemán.

—La historia ayuda a los alumnos a unir la imagen de sus dos patrias. Grandes trozos de historia son comunes a los dos países, muchas empresas las hemos acometido juntos, y la hermandad de las dos naciones ha sido un hecho durante siglos.

Por eso el doctor Niedermayer, gran hispanista, ha escrito un libro de historia, un texto especial para estos alumnos especiales. Historia del mundo en la que a España se le da la extensión y la importancia que merece.

En las pequeñas aulas los chicos tienen una respetuosa deferencia para con su director. Es

una deferencia también amistosa. Al alumno se le concede un amplio margen de libertad (para que se sienta responsable). En los pasillos, en el tablón de anuncios se colocan algunas advertencias que serán cumplidas a rajatabla. Y de lo que se dice «verboten», es que lo está de verdad. En una esquina del tablón de anuncios hay un papel pequeño: «Sólo se permitirá traer bicicletas a la escuela a aquellos alumnos que vivan francamente lejos.»

Siempre el problema del espacio.

WILLI HÖPFNER, CREADOR DE BARES

Hay una cosa que conservan los alemanes generalmente, pese a los muchos años de residencia en España, y aunque se adapten perfectamente a nuestras costumbres y a nuestro modo de vivir: el acento. Un alemán, por bien que hable el castellano, por larga que sea la suma de horas en las que se expresó en nuestro idioma, siempre conserva un perceptible acento particular que le descubre. La diferencia entre ambos idiomas es tan grande, por lo visto, que nunca se consigue vencerla del todo. Willi Höpfner, una de las figuras más populares y más conocidas de la colonia alemana madrileña, podría ser un buen ejemplo de la persistencia del acento. Willi nació en Berlín y lleva ahora en España casi treinta años.

Desde su llegada allá por el año 1927, ha tenido que hablar en castellano muchas horas todos los días, porque su profesión requiere un contacto directo con el público. Pues bien: a Willi, aun hoy, aun ahora, cuando nos relata sus comienzos, se le nota acento de alemán:

—Siempre he trabajado en el ramo de la hotelería. Cuando llegué a Madrid me coloqué en el Hotel Nacional. De allí pasé al Palace. Y luego empecé a trabajar por mi cuenta.

Willi, como buen alemán, es buen trabajador. Y hombre de iniciativas. Pertenece a esa interesante serie de extranjeros que han creado establecimientos perfectamente encajados en el ambiente de Madrid y han popularizado sus nombres hasta el punto de convertirlos casi en símbolos de la vida de todo un sector social. Y casi, de toda una época. Su nombre va unido a los de bares americanos, tan conocidos, en



El señor Rothfriez, dueño del restaurante Edelweis, hace treinta y tres años que vive en España. Empezó como pinche en Baden-Baden

Madrid, como Bakamik y Mansard.

—En Bakamik, en el de la calle Olózaga, estuve hasta 1936. Después, con otro alemán y un español, fundé otro bar en Alcalá: Mansard.

A Mansard se le llamó, al prin-



Willi Höpfner, el de Indiana, una de las figuras más populares y conocidas de la colonia alemana madrileña

cipio el Bakamik de Alcalá. Al de Clózoga se le llamaba, por ser anterior y para distinguirlo, «el antiguo». Por los dos ha pasado, y sigue pasando, gran parte del gran mundo madrileño. Willi Höpfner, en este arte de establecer bares, ha creído siempre, por lo que se ve, «obras maestras». Estamos hablando con él en otra de sus obras, en la última, en la calle de Recoletos, en Indiana».

—Este local se abrió bajo el nombre de Epai, palabra formada por las iniciales de cuatro países: España, Portugal, Alemania e Italia. El segundo dueño le cambió el nombre. Le puso Indiana. Y cuando yo me quedé con él, conservé este nombre.

Debe hacer de ello unos diez años. Y durante estos años, y mientras siga abierto, Indiana ha sido y es por obra y gracia de Willi Höpfner —que Willi es un alemán con gracia— uno de esos nombres que conoce mucha gente, de los que no necesitan decirse acompañados de la dirección correspondiente al tomar un taxi. A menos que el taxista sea novato en Madrid o no ande experto en la ruta de los aperitivos o desconozca el itinerario de los locales que los castizos siguen llamando «de postín», basta decir, al tomar el taxi, «vamos a Indiana», para llegar, sin más explicaciones, al bar de Willi Höpfner.

EL CARACTER AMABLE DE LOS ESPAÑOLES.—Y SU SABER BEBER

A uno, que tiene debilidad por los bares americanos, y lo confiesa, le gusta el ambiente de Indiana. Indiana tiene una entrada discreta y un clima íntimo. En la puerta, anunciada solamente por dos faroles, que —ejemplo de buena educación luminosa— no intentan deslumbrar a nadie, una mujeruca ofrece claveles y lotería. Adentro, paredes pintadas de un suave tono verde, cuadros de paisajes ciudadanos, cortinas grises, luces indirectas. Y a ratos, velando el murmullo de las conversaciones que brotan de cada mesa y se empalman en la barra, mezclándose al tintineo del hielo en la coctelera que agita el «barman», las notas de las melodías de moda. Porque en Indiana —no sé si por la vocación musical de su raza— Willi Höpfner mantiene un piano. Y todas las tardes, un pianista anima el local. Y atiende a las peticiones de los clientes, que le transmiten los camareros, casi siempre con la misma fórmula: el nombre del peticionario, el nombre de la pieza y la invitación a una copa para corresponder.

Cada época tiene su música. En el piano de Indiana, como en un reloj que midiera períodos sentimentales, han sonado y se han perdido en el recuerdo los días del fox lento de «Casablanca» y los días de «El tercer hombre». Y cantan hoy, que suele ser el cine el que marca el compás, las notas de «Candlejas» y los sonos de una melodía que lleva lo «suave» en el tono y en el estribillo.

Willi Höpfner, pelo rubio, sonrisa fácil, estatura española y amabilidad internacional está casado con una Carmen española y tiene dos hijos: Carmen y Guillermo.

Por su matrimonio, por el tiem-

po que lleva aquí y por sus costumbres, es ya un madrileño más. un madrileño alemán.

—Encajamos bien, en España, los alemanes. Nos ayuda mucho, para ello, el carácter amable y abierto de los españoles.

Antes de despedirnos había que hacer una pregunta inevitable, dada la profesión de Willi. Y él responde:

—Los españoles saben, en general, beber. Saben tomar cada cosa a su tiempo. Porque cada bebida tiene su hora oportuna. Ahora, por ejemplo, un «martini»...

Termina la frase abarcando con un gesto amplio el local. Como si quisiera añadir: «Aquí, en Indiana, antes de cenar.» Y la cita tácita a la que acuden ellas y ellos todas las tardes, queda escrita en el aire, mientras sonríe Willi, un madrileño con acento alemán.

EL SECRETO DE ESPAÑA. WALTER SCHUMACHER. AFICIONADO A LOS TOROS

En España pasa lo contrario de lo que, según el príncipe Hamlet, ocurría en Dinamarca. Hay, según parece, «algo» atractivo, algo que huele bien y seduce a los alemanes. Algo, en suma, que les ayuda a entrar pronto en nuestra vida, tan distinta en tantas cosas de la suya. El tal «algo» es un secreto manifiesto. Walter Schumacher lo explica así:

—Es un particular optimismo frente a la vida. Aquí, en general, todo el mundo es alegre. Hay en las calles, por la suma de la alegría de todos, una perceptible atmósfera de vitalidad que resulta contagiosa. Yo, si estoy de mal humor, con salir a la calle o entrar en un bar, se me pasa.

Y no vayan ustedes a pensar, maliciosos lectores, que Walter Schumacher al decir esto, alude a disgustos caseros. Está casado con una mujer guapísima,

El matrimonio Schumacher sólo lleva en España un par de años, pero están encantados por ese particular optimismo frente a la vida que han descubierto entre nosotros



que tiene de añadidura un estu-pendo buen humor: Brigitte, rubia y con un tipo de ejemplar armonía, pese a su gran talla.

A ella también le gusta vivir en España. Al principio cuando llegaron hace un par de años, se sintió decepcionada ante el paisaje seco y sin árboles de Castilla.

—A mí, naturalmente, me gustan más las provincias del norte de España. Su verde, sus árboles y su cielo nublado me recuerdan a mi patria. Pero ya he empezado a sentir el encanto del sol y la tierra llana y seca.

Los Schumacher, pese a ser casi «nuevos» aquí, conocen muchas zonas de nuestra variada geografía porque viajan con frecuencia. Walter es director-gerente de la Chlorodont Española S. A., y, claro está, visita todas las plazas. Todas las plazas en el sentido mercantil y en el sentido taurino de la palabra. Porque es un aficionado, reciente, pero intenso, a nuestra fiesta «más nacional». Que el fútbol, por muchas vueltas que quieran darle, es un espectáculo de importación.

—Habré visto —calcula— unas sesenta corridas de toros. Tengo mucha afición. ¡Con decirle que cuando llego a una ciudad, una de las primeras cosas que hago es enterarme de si hay toros! ¿Ha visto usted al Chamaco? Yo lo he visto en Zaragoza. Es impresionante.

Este es el único punto de divergencia del joven matrimonio Schumacher. Porque a ella no le gustan mucho los toros. Y es lástima, porque ¡vaya si debe estar guapa en una barra!

Brigitte prefiere la casa y la cocina.

—Mi madre —recuerda— gustaba de un modo muy parecido al estilo de la cocina española. Así, yo no he notado mucho el cambio. Aquí sigo haciendo algunos platos alemanes. ¿Ha probado el «kartoffel-kleesse»?

Y me explica el desconocido plato: bolas de patata—de Turingia, que son las buenas—cocidas, con trocitos de pan tostado, que se sirven con una carne escmetida a un tratamiento especial: metida por seis días en vinagre aguado o leche agria. Todo ello aderezado con una salsa muy picante. La cosa resulta, según dicen, superior.

Los Schumacher, en los ratos libres, pueden salir con la gran libertad de movimiento que supone el no tener hijos. Y no han escogido mal sus sitios: para el deporte, el aire y el sol, el Club Velázquez; para la tertulia que precede a la cena con frecuencia, algún bar típico, por ejemplo, «Gayango»: buenos pinchos, buen vino y la buena compañía de algunos compatriotas y amigos.

Solamente hay una cosa que no tolera Walter Schumacher en España ni fuera de ella: que le habien en sus ratos de descanso de dentífricos, y menos del Chlorodont. ¡Para que luego digan que los alemanes viven únicamente para su trabajo!

Diego JALON

CITA DE ALCALDES EN MADRID

EN EL CONGRESO IBEROAMERICANO SE UNEN AL MUNDO DE LA LENGUA ESPAÑOLA LOS REPRESENTANTES DE BRASIL Y EE. UU.



LA ALCALDESA DE SANTIAGO DE CHILE BESO LA TIERRA ESPAÑOLA AL PISAR BARAJAS

DE verdad que se deja uno ganar el ánimo, igual que los botijeros del sonar de las fuentes, por las lenguas dulces y sonoras del habla española de América. —Pues que todos somos unos— dicen los cubanos.

Pero, aun así, nadie puede impedir que el oído, atento como suele ser el de las mozas casaderas, se entregue al santo gozo de auscultar tantas voces gemelas y hermanas. Tantas palabras que se comunican, de corro en corro, como corre con las buenas campanas de bronce, un mismo «san to y seña». Que esta es, al fin y al cabo, la superioridad de España. Que éste es el gran lujo de nuestro Congreso Iberoamericano de Municipios: reunir más de veinte naciones que vienen de viaje, bien veraniegos los trajes, y ponerlas a trabajar y a vivir, sobre la marcha, bajo una misma lengua. Quien dé más y pueda más que se presente.

Los congresistas, como todo el mundo sabe, unidos a los Alcaldes españoles, vienen a discutir, tomar contacto entre sí y promover, por último, nuevas fórmulas de vida municipal que podrían ordenarse para todo el orbe hispánico.

Cada congresista americano tiene honda y firmísima la convicción de la alta dignidad de su cargo. No en balde los Cabildos fueron durante la Colonización el más alto símbolo ordenador. Si es válida la frase de que los soldados de Napoleón llevaban el bastón de mariscal en la mochila, debiera ser igualmente válida otra que afirmara era imposible llegar a conquistador en la América española, sin haber tomado antes la vara de Alcalde. Y era para tan firme, tan enraizada en la vida española, que ante ella, más de una vez, se dobló la de los Reyes.

—Tan grande es que los Cabil-

dos serían el fundamento de nuestras rebeldías.

Quien lo dice es Carlos M. Morán, secretario general de la Organización Interamericana de Cooperación Intermunicipal.

Y tiene razón.

DESDE ASTURIAS A CUBA PARA SER ALCALDE DE SANTIAGO DE CUBA

Con Carlos Morán está en el grupo cubano. Cada uno de ellos, a pie firme, buena la sonrisa, se dispone a hacer frente a uno de sus colegas que ha dejado la pluma por la cámara fotográfica. Están en las escaleras de entrada del Instituto de Cultura Hispánica, que es donde se celebran las sesiones. En el tejado, altas y picudas las puntas de las astas, galopan las banderas de las Américas. Todavía no ha empezado el trabajo de ese día y, mientras llega, los regidores, Alcaldes y personalidades del Congreso pasean por los jardines. La Ciudad Universitaria, despejada por el sol de un verano que ya da sed, no tiene ni una sola niñera despreciosa. Es el sol de las cuatro de la tarde.

La representación cubana tiene, como Cuba, el aire de la resurrección de la cordialidad humana. El Alcalde de Santiago de Cuba, Maximino Torres, un hombre que habla despacio y tiene vivos ojos que no parecen haber perdido su aire de muchacho,

—Fíjese cómo querrán a los que nacimos en España, que me eligieron con más de 20.000 votos de diferencia sobre los dos cubanos que se presentaron. Claro está que soy súbdito cubano, pero el hecho es el mismo.

—¿Dónde nació?

Me mira un momento sonriente y luego dice:

—Nací en Asturias y a los quince años me marché por Cuba.



El Presidente del Consejo, conde de Mayalde, entregando la Medalla de Madrid a la alcaldesa de Santiago. En otras fotografías, los alcaldes de Nueva Orleans, Santiago de Chile y el de Guatemala

Luego, lucha y lucha, hasta que ahora me ve donde me ve.

Cierra un momento los ojos como si quisiera eludir la luz del sol o las lágrimas y prosigue: «No podría explicarle la emoción

que he sentido al volver a la Madre Patria y ver cómo está prosperando.»

EN UNA GRAN PIZARRA PÚBLICA LAS CUENTAS MUNICIPALES

El mozo asturiano que es hoy un hotelero importante en Santiago de Cuba me cuenta, en ese su contar emocionado y silencioso, su manera de llevar la administración municipal.

—Cada año mando poner en el Parque Central una pizarra enorme en la que se explica con todo detalle el movimiento de ingresos y gastos que hemos tenido.

Se ve que ama su oficio. Que le gusta la responsabilidad y que está contento de cortarme a mí, un español entre los españoles, lo que ha hecho, río arriba del mundo, un niño que marchó de quince años.

La conversación se cruza, ahora, con todos. El profesor de la Universidad de la Habana, señor Camarona Romay, que es un hombre de gran valía intelectual, me asombra con una contestación que me hace. Le había preguntado si conocía España y me dio esta respuesta impresionante:

—Con el alma sí.

UN BIZNIETO DE CASTAÑOS, EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Estos hombres que nos vienen de América nos traen, con su vida, una oleada de recuerdos. Nosotros vivimos entre ellos, como los burgaleses bajo la sombra de su catedral gótica, y terminamos por no tener conciencia de lo que significan, pero el hispanoamericano aprieta contra su pecho, la mano sobre el corazón, todo lo que le trae desde el pasado su propia figura.

—Mi padre —me dice—, que era madrileño y que llegó a ser Alcalde de La Habana, impulsó la creación de la cátedra de Gobierno Municipal que yo ejerzo hoy. Trabajó mucho por La Habana y, ya ve usted, era nieto, por línea materna, de don Francisco Javier y Castaños. Del que, por lo tanto soy biznieto.

Estamos, naturalmente, ante un especialista de las materias que se tratan en el Congreso y quiero preguntarle su opinión personal. Sus palabras, claras siempre, toman ahora una concreción total:

—Creo que es el Congreso más importante de los que he asistido hasta ahora. Las materias a tratar son muy interesantes y lo es también su sistematización. Me ha gustado y sorprendido agradablemente la colaboración de los Alcaldes españoles y la preparación cultural que poseen.

El más joven de la expedición cubana, un periodista destacado, termina la conversación afirmando una teoría de la personalidad:

—Mire: todos nosotros somos descendientes de españoles y ustedes son o tienen que ser hispanoamericanos!

Todo el mundo se ríe. El termina:

—¿Sabe lo que contesto yo cuando me preguntan de dónde soy?

Yo, desde luego, no lo sé, pero la expedición cubana tampoco parece tener grandes noticias sobre el asunto.

—Pues digo que soy de Madrid-Camagüey.

UNA ALCALDESA RODADA DE FLORES

María Teresa del Canto Molina es la alcaldesa de Santiago de Chile. Si quieren saber lo que eso significa sepan que la ciudad tiene 1.600.000 habitantes.

María Teresa del Canto Molina tiene una cabeza redonda y animosa. Unos ojos vivos, dulces, pícaros y firmes, que parecen saber todo lo preciso para manejar esa gran casa que se llama el Ayuntamiento de la hermosa Santiago de Chile.

En el Congreso se ha convertido un poco en institución y ha sido nombrada con don Juan Luis Lizarralde, ministro de Guatemala, congresista de honor.

—A mí me gusta estar en primera fila no por vanidad personal, sino por dejar en buen lugar a la mujer chilena. Allí, en mi tierra, hemos peleado mucho por la independencia de la mujer y lo hemos conseguido.

Me mira sonriente mientras abre, en su habitación del Palacio, la correspondencia. Se le ha amontonado en unas horas. En las camas hay media docena de ramos de flores que le han enviado de los sitios más diversos.

UNA MUJER BESA LA TIERRA ESPAÑOLA

Nuestra conversación, apresurada, porque la prisa está en medio como un perrillo faldero, no evita que hablemos de sus impresiones de España.

—Se va rehaciendo de una forma fantástica y feliz. Yo —me dice repentinamente grave— sentí tal emoción al llegar a España, que nada más bajarme del avión en Barajas me arrojé en el suelo y besé la tierra.

Siente uno correrle por el cuerpo, en el cuarto repentinamente silencioso y como vacío, un escalofrío de emoción.

Pero la alcaldesa de Santiago no se entrega fácil y cambia la conversación a sus ideas sobre la independencia y la vida de la mujer.

—Hay que pelear mucho, mucho. Yo he sido hasta ministro de Educación en el año 1952.

Esta mujer resuelta, a quien gusta el trabajo tanto que dice de él, como si se tratara de un dulce, «que es una cosa muy rica», ha sido durante treinta y cinco años, hasta su jubilación, profesora de inglés en el Liceo de la capital de Chile. Sin embargo, no hay en sus ademanes ni una sola licencia varonil. Su fuerza y su carácter son completa y totalmente femeninos. Eso es su gracia y su contraste. Hablar de su tiempo de profesora la anima y la encanta.

—Mire: por cualquier sitio que vaya me encuentro con antiguas alumnas mías.

—¿Cuáles son sus horas de trabajo en la Alcaldía?

—Verá, hacia las ocho comienzo a visitar las obras, y media hora después, en casos normales, entro en el Ayuntamiento. Allí estoy hasta las dos. Me tomo una hora para almorzar y vuelvo al trabajo. Estoy luego sin contar las horas. Muchas veces hasta después de las diez.

Me cuenta que una vez tenía un secretario «medio flojo» y que

el hombre no comprendía aquellos excesos;

Vuelve la conversación hacia España. Se siente encantada del Congreso y piensa, que los «torneos» van a justificarse plenamente, por el interés de las ponencias, unos resultados especialmente importantes.

—Ahora —me dice— ya he pedido audiencia al Caudillo. No quiero marcharme sin haberle presentado mis respetos y los de mi país.

De pronto recuerda a la secretaria:

—Lo que siento es no estar en Santiago de Chile el día 19 de junio, que es cuando se cumplen mis dos años de alcaldesa. Fíjese —dice sonriente— que me van a hacer un homenaje y que dejarán durante los actos mi silla oficial vacía.

Antes de marcharme, ya de pie, me enseña un regalo que trae para el conde de Mayalde, Alcalde de Madrid y presidente, a su vez, del Congreso.

Se trata de una fotocopia del acta de fundación de la ciudad de Santiago de Chile. Las primeras palabras, graves, solemnes y hermosas, comienzan: «A doce días del mes de febrero, año de mil quinientos cuarenta y un año fundó esta ciudad en nombre de Dios, y de su bendita Madre y el Apóstol Santiago, el muy magnífico señor Pedro Valdivia...»

Ya en la puerta, le sugiero que me dé un consejo para la mujer española. Se queda grave y como escuchándose interiormente antes de contestar: «Yo no conozco mucho a la mujer española, pero nosotros, al pelear, sobemos muy bien lo que queremos y lo que necesitamos. Una de las pocas mujeres españolas que conozco —añade— es Pilar Primo de Rivera. Pienso que si hubiera muchas mujeres como ella, España tendría una gran colaboración femenina, como estoy segura tendría».

Dos horas después, en el Ayuntamiento, su secretaria me dijo que el discurso lo había compuesto a grandes velocidades. Cuando lo leyó parecía, sin embargo, una obra reposada y tranquila. La señora alcaldesa de Santiago de Chile va despacio cuando va de prisa.

EN LA DELEGACION DE EL SALVADOR. CON LOS ALCALDES, UN POETA

La Delegación de El Salvador, con el alcalde de su capital, don Pedro Escalante, tiene un aire familiar de viaje de novios. Don Pedro Escalante, de ojos claros y firmes, de cabeza redonda y el aire y la personalidad española, claramente definida y concreta, tiene con él a su bella esposa. Los dos estaban contentos y alegres de su estancia en Madrid. Cuando de su estancia en Madrid. Cuando pregunto a la señora por sus impresiones de estos días en nuestra ciudad la brilla la sonrisa: «Esta ciudad es una joya».

Todo el grupo está entusiasmado por los espacios verdes, por las zonas de jardín y bosque que poseemos. Como hay un poeta entre ellos, don Julio Enrique Avtrilla, que es hijo adoptivo de Sevilla y presidente del Instituto de Cultura Hispánica salvadoreña, le interrogo a él.

—¿Y usted, qué opina?
—Yo sólo le puedo decir que

Madrid es el jardín del mundo. Queda con ellos, con unos ojos chispeantes y negrisimos, la señorita Marta Dueñas de Regalado, delegada de la municipalidad de El Salvador que me da una sorpresa: «estamos asombradas y entusiasmadas de la belleza de la fiesta de los toros. En El Salvador no la tenemos».

Cada Delegación tiene su personalidad y se inclina hacia una determinada visión del Madrid que ven en estos días de trabajo y de magia.

Don Pedro Escalante, como su esposa, se asombra de la limpieza de la ciudad. Me dice textualmente que es una de las ciudades más limpias del mundo.

—Y luego—dice el poeta—su crecimiento es increíble.

La señora Escalante todavía me dice algo más: «Yo estoy asombrada del sentimiento de alegría que tienen las calles. Todo el mundo—dice—parece estar o ir a una fiesta».

Sus negros ojos, pensativos y tristes, parecen buscar, todavía, el secreto.

DE GUATEMALA, LA EMOCION

Don Julio Enrique Obiols, el alcalde de la ciudad de Guatemala, es un hombre delgado, fino, de ojos sensibles y oscuros que parece han vivido estos días, muy rápidos y voraces, las horas españolas.

—He pasado—me dice—unos días absorbiendo hasta donde no podía ya más todo lo que me rodea.

Yo le creo tan firmemente que comprendo que está dolorido, que no le caben tantas emociones en su pecho. Se vuelve de repente y me dice:

—¿Ve usted este escudo que llevo en la solapa? Lo concedió Carlos V a la ciudad de Guatemala, ¿comprende? Yo lo llevaba siempre conmigo como una participación en mi persona del pasado, pero al llegar aquí veo cosas las cosas como si tuvieran siglos, como si estuvieran todavía ancladas a la Historia, y me detengo ante los monumentos y ante las iglesias para saberlo todo. Nosotros tenemos allí una cultura transplantada, pero aquí se sienten las cosas en su raíz y en su origen.

El patetismo de sus palabras es tan profundo que me gustaría poder ofrecerle, en nombre de España, algo sólido y definitivo como la tierra o el pasado mismo. De pronto me dice:

—La vida española es única en el mundo. Aquí me siento como en mi casa. El otro día fuimos a La Corrala a ver «La verbena de la Paloma»... Comprendo que a ustedes eso no les pueda decir nada, pero nosotros no podíamos creer que estábamos en Madrid de emocionados y felices que estábamos.

Paz y gracias, Julio Enrique Obiols.

«SI YO PUDIERA VIVIR EN ESPAÑA, ME QUEDARIA AQUI», DICE UN NORTEAMERICANO

Entre los representantes de los Estados Unidos está el presidente del Consejo Municipal de Nueva Orleans. El señor Schiro, de nariz aguileña y rápidos y nerviosos gestos, me dice estas sorprendentes y bellas palabras:

—Si yo pudiera vivir en España, me quedaría aquí.

—¿Por qué?

Me mira con sus ojos vivos, queriendo sorprender las palabras más exactas de su castellano. No las encuentra y me dice en inglés:

—Es un país caliente. Un pueblo que está vivo.

Le pregunto dónde ha aprendido a hablar el castellano y se defiende tenazmente de mi afirmación de que sabe hablarlo. Pero me dice que es su afición y su pasión por América y por los problemas de las dos Américas la que le ha llevado al estudio del castellano.

Su esposa, una mujer rubia, silenciosa y bella, me dice que en Nueva Orleans siguen llamándose con nombre español el cabildo, la iglesia y todos los edificios oficiales que se conservan de la colonización española.

—Nadie puede tocar esos edificios—dice el norteamericano apasionadamente—sin tener un permiso para ello. Ni una sola piedra. Se conservan en su verdadero aspecto...

Durante el tiempo que llevan en España han visitado ya Avila y Salamanca.

—España—dice Schiro—es un país maravilloso, que, además, no es como los demás. Tiene algo desconocido, pero es un sentimiento que arrastra. Nosotros hablamos con la gente, con los campesinos, porque nos gusta saberlo todo, y, además, la comida es excelente—dice, sonriendo a la mujer.

LOS CONQUISTADORES Y LOS LIBERTADORES

Los congresistas van pasando al salón donde se entregaba, por el Alcalde, la Medalla de Madrid, en oro y plata, según la jerarquía de la ciudades o de las personalidades, a todos los asistentes americanos.

Antes del conde de Mayalde había hablado el alcalde de Lima para recordar en qué manera España está unida a la historia de todas y cada una de las Repúblicas americanas. Después habló, con su discurso hecho de prisa, pero que parecía despacio, la alcaldesa de Santiago de Chile, y, por último, uno de los representantes del Brasil, la numerosa y alegre delegación que ha actuado según elogiosas palabras del conde de Mayalde, con verdadero espíritu de trabajo y de equipo. Su Delegación, emocionadamente, advirtió que España había inventado una nueva diplomacia más fuerte y profunda que los tratados y los pactos: la de la persona humana.

Ardía todavía esa traca caliente y emocionada de las cuerdas remotas del espíritu cuando se levantaban en el Ayuntamiento de Madrid, que podría ser el de Caracas o el de cualquiera de las magníficas representaciones nacionales, las palabras de su Alcalde: «Es nuestro deseo que la avenida de América tenga y recoja las figuras de los conquistadores, y que, a su lado, y en lugar de honor, aparezcan también los libertadores.»

Hasta el Gobierno, Alcalde de Madrid, director del Instituto de Cultura Hispánica y el resto de las personalidades que han hecho posible el Congreso llega, invis-



El grupo de representantes de El Salvador Cuba y un momento de la intervención, uno de los delegados del Brasil. En la última foto, el cartel de la plaza Cibeles dan la bienvenida a los huéspedes hispanoamericanos de Madrid

ble pero exacta, la emoción de unas jornadas que están medidas por unas palabras de la alcaldesa de Santiago: «España nos es necesaria.»

Enrique RUIZ GARCIA (Fotografía de Mora.)



"LAS LLAVES DE SAN PEDRO"

UN LIBRO CONTRA EL VATICANO
ESCRITO COMO REVANCHA FRAN-
CESA POR LA FIRMEZA DE LA IGLESIA

SI analizamos el rumbo de la vida espiritual de Francia durante los últimos tiempos, tenemos que llegar a reconocer, guiados, al menos, por los signos externos, que su estado natural y habitual parece ser el de la confusión. Confusión en el planteamiento de los problemas filosóficos y en los políticos, y confusión, al fin, en lo religioso.

Sin embargo, por ello mismo, sería extraordinariamente pueril y peligroso dejar las cosas en esa simple frontera de la indiferencia o de la banalidad. Hay que entender lo que significan los movimientos de la existencia francesa porque, de hecho, y ante nuestros ojos, se está desarrollando un vasto plan contra Roma que golpea las teclas más diversas.

Ya sabemos que la mente moderna parece poco habituada y dispuesta a confesarse la posibilidad de una herejía religiosa. El hecho cierto, indiscutible, es que hay quienes están alimentando en Francia, con todas sus consecuencias, la preparación histórica e intelectual de una rebeldía latente y concreta contra el Vaticano, contra el Santo Padre, cuyas manifestaciones íntimas van mucho más allá de lo que puedan pensar los incautos sobre una posible di-

ferencia entre el «progresismo» católico francés y Roma.

Esta manera de presentar el problema, es decir, de un lado los progresistas y del otro los retrógrados, es una de las fórmulas más extendidas, pero que no resisten, de verdad, un análisis. Todo el mundo sabe, además, que la Iglesia ha tenido siempre, en cada ciclo histórico, sus soldados de avanzada, preparando el porvenir sin que ello significara seriamente, ningún problema. En el caso de Francia existen datos oscuros que se eluden y no se presentan nunca.

Uno de ellos, el más significativo, es la coincidencia con que, desde trincheras distintas, se está preparando, incesantemente, el ataque brutal o solapado contra el Vaticano. La resistencia a Roma es el signo cabalístico de lo que se llama, en medio de la juglaría de los inocentes, el «renacimiento religioso francés». A ese elemento sospechoso y perturbador hay que unir un hecho concreto: que en Francia, repentinamente, laicos y progresistas católicos se han puesto de acuerdo sobre objetivos puramente materiales y pacíficos. Aparentemente y tal es el espíritu con que se presenta siempre la colaboración, no hay por qué no

trabajar conjuntamente en cosas sin importancia o que nada tienen que ver con la fe.

Sin embargo, de esa sustancial colaboración ha nacido la corriente peligrosa que inunda hoy el destino de la vida católica de Francia. Ya ese simple dato puede decirnos en qué medida se ha utilizado el catolicismo francés para hacerle coincidir con los políticos y, en virtud de esa conexión, tener que enfrentarse con Roma. Es corriente ver en periódicos de la triple tendencia, es decir, los «progresistas» católicos, los neutralistas y los comunistas, idénticas palabras sobre «la rigidez doctrinal del Vaticano». Coinciden así, destruyendo el elemento más importante del existir católico que es su conexión y obediencia al Vicario de Cristo, periódicos como la «Vie Catholique», «Le Monde» o «L'Humanité».

LA ENCICLICA DE PIO XI

Conveniente sería no olvidar que Pio XI, en marzo de 1937, decía estas proféticas palabras: «Así, viendo el común deseo de paz, los jefes del comunismo fingien ser los más celosos propagadores del movimiento por la paz mundial, pero al mismo tiempo excitaban a una lucha de clases. Así fundan, bajo nombres que no hacen alusión al comunismo, asociaciones y revistas, con el objeto de hacer penetrar sus ideas en medios cuyo acceso le sería difícil de otra forma, y ellos intentan, con perfidia, infiltrarse hasta en organizaciones francamente católicas o religiosas.»

Sin abandonar sus principios perversos, invitan a los católicos a colaborar con ellos en terrenos humanitarios o caritativos, proponiendo cosas que puedan estar conformes con el espíritu cristiano y con la doctrina de la Iglesia...»

Ese vaticinio profético de Pio XI se ha cumplido en todas sus partes, pero con el siguiente agravante: con haber llevado el propósito de forzar a la Santa Sede a ceder en determinados aspectos del apostado (recientemente está el caso de los sacerdotes-obreros) o a tener que tomar las medidas que inevitablemente la Santa Sede tenía que tomar.

EL PUNTO CUARTO DEL CARDENAL FELTIN

En casos como esos la actitud de los periódicos franceses ha sido la de presentar, exclusivamente, un lado del problema: el suyo. Un caso concreto: cuando comenzó la crisis del otoño de 1953, el cardenal Feltin se dirigió a los padres de su diócesis (pág. 134) para ponerles en guardia contra cuatro peligros. El punto cuarto se dedicaba a «la disminución en determinados padres del espíritu de obediencia». Pues bien; la mayor parte de los

periódicos católicos, sobremanera los del trust Sauvageot, censuraron el punto cuarto. «L'Actualité Religieuse», en su número del 15 de octubre, que reproducía la conferencia del cardenal, resumía en tres líneas los puntos de vista del cardenal Feltin sobre esa cuestión.

De igual forma, en el libro de Pierre Andréu sobre los sacerdotes obreros (pág. 232), se da a conocer lo siguiente: «Monseñor De Provenchères ha escrito a los dirigentes de la A. C. O., de su diócesis diciéndoles que el Papa le había expresado su pena porque el Decreto del Santo-Oficio haya sido ignorado en Francian. El Decreto es el del 28 de junio de 1949 en el que se confirmaba, bajo amenaza de graves sanciones, la condena aportada por la Enciclica «Divini Redemptoris» en que se decía: «El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir en ningún terreno la colaboración con él».

Conocido todo lo anterior no cabe otra cosa que decir lo siguiente: a raíz de las sanciones impuestas por Roma a diversas personas o publicaciones ha comenzado una verdadera campaña contra el Santo Padre.

EL ÚLTIMO ESCANDALO

El último escándalo, acogido favorablemente por la Prensa francesa, ha sido la publicación por Roger Peyrefitte de un libro de 438 páginas, «Las llaves de San Pedro», en las que se recoge, literariamente, la herencia de Voltaire y de Zola para escribir un panfleto contra la Santa Sede.

El tema del libro, que se titula «novela», es el siguiente: un joven seminarista francés llega al Vaticano para entrar al servicio de un ficticio cardenal Belloso. Desde ese momento el seminarista, por sus propios medios, descubre—inventa— todos y cada uno de los secretos del Vaticano. No hay que decir, naturalmente, que no falta el lado obscuro.

Pero en su esencia, el libelo está montado con un exclusivo objeto denigratorio de la Santa Sede y del Santo Padre. No se perdona, por pueril, ningún tópico que sirva para presentar o ampliar los efectos que se pretenden. Las desvergüenzas se van amontonando en él constantemente. Tan claro es el objetivo, que hay que entender la catalogación del libro fuera, naturalmente, del puro terreno de la literatura, y aun del escándalo, para entenderle completamente.

El libro de Roger Peyrefitte hay que situarle como una verdadera revancha de los grupos marxistas-progresistas, quienes la única oposición doctrinariamente concreta que encuentran en Francia es la de la Santa Sede. Roger Peyrefitte y los suyos saben que el Vaticano no rendirá



Roger Peyrefitte, el autor de «Las llaves de San Pedro» y especializado, sectariamente, en libros escandalosos

nunca la espada y, por ello mismo, entregan al hombre medio ese fabuloso explosivo de un libro que quiere ser un reportaje del Vaticano.

Si no se tuviera la absoluta certeza de que el libro responde, cuidadosamente, a un planteamiento político, no habría otra forma más clara de llegar a comprobarlo que verificando un examen de la Prensa francesa.

LOS PERIODICOS FRANCESES, FAVORABLES AL LIBELO

No en todos los casos la Prensa francesa se ha inclinado, de frente como la Prensa comunista, por el libro. Otros periódicos, cuyo público forma grupos de opinión católica o independiente, han tenido más cuidado en sus juicios empleando sutilezas dialécticas en el texto para llegar a la misma conclusión que «L'Humanité» aunque por distintos caminos.

En el caso concreto de periódicos como «La Croix» (La Cruz), su posición ha sido lo suficientemente importante para que el propio Roger Peyrefitte exhiba la

declaración de su director como un triunfo personal. El director de «La Croix» ha dicho que el libro es de «un orden y una riqueza por encima de toda crítica». En la «Aurora» se ha llegado a decir que la novela «refleja un verdadero respeto por la Iglesia», y el intelectual católico que hace la referencia del libro en «Combat» llega a decir que «el autor tiene demasiada elegancia para llegar a la injuria».

Si pasamos a escritores católicos como François Mauriac, la situación es igualmente grave y dañina, porque Roger Peyrefitte, en la carta que ha enviado al Santo Padre, se apoya en sus declaraciones.

Según Mauriac, «el libro debería abrir los ojos a las autoridades responsables». Y todavía, en «L'Express», añade: «Nosotros sabemos que la Iglesia es santa y que sus miembros fueron siempre pecadores». ¿Es esto una defensa de la Iglesia o es más bien, solapadamente, un torpedeo? Por lo pronto hay que atender a la propia situación de Mauriac: intelectual católico haciendo el juego a la «nueva izquierda francesa» y a los hombres de Mendes-France.

Así desde el «Express», servido por hombres confusos, se puede llegar a las mismas conclusiones que hace Etienne Borne en «Le Monde».

No queda nada, en fin, que diga y cuente al francés la terrible confabulación que se está ejerciendo, desde una Prensa conectada subterráneamente por «trusts» financieros para acabar con su personalidad histórica. Porque lo curioso es que ha llegado a tal el estado de confusión, que una obra que desde la primera a la última página es un ataque desnudo contra la Santa Sede, ha encontrado en los periódicos franceses palabras tan oscuras y extrañas como estas: «Sin duda las intenciones del autor son puras. Roger Peyrefitte, antiguo alumno de los Bons Péres, no es antirreligioso...» (número 497 de «P-Press», magazine).

Ha habido, cierto es, periódicos y librerías que se han negado a anunciar el libro, pero ello no cambia, en sus líneas generales, el sentido de lo expuesto anteriormente.

LA REACCION DEL «OS-SERVATORE ROMANO»

Además de lo expuesto anteriormente no hay que olvidar que los últimos éxitos de Roger Peyrefitte corresponden a un escándalo parecido. Su libro «Embassades» le valió una polémica enorme con el ministerio de Asuntos Exteriores francés. Es decir, en ambas ocasiones, la obra del autor corresponde, esencialmente, a un deseo de desprestigiar, por los procedimientos «más impuros posibles», instituciones estatales o religiosas. No



queda nada más que averiguar a quién reporta todo ello algún beneficio. Está claro que ambos escándalos favorecen y ayudan la propaganda comunista. «Claro es que Roger Peyrefitte, según el texto citado, no es antirreligioso». Naturalmente el éxito radica en que la obra se hace entre unos hombres, el que la escribe y los que la propagan, que no forman, oficialmente, en los cuadros del partido comunista. Si fuera así, perdería toda su eficacia.

Mientras tanto, en Roma, la reacción del «Osservatore Romano» ha sido, a pesar del catolicismo progresista francés, de una enorme violencia. Califica la obra de odioso panfleto y advierte que «han sido realizadas gestiones en Italia para perseguir la novela por ofensas a la persona del Soberano Pontífice, a la Iglesia y por pura obscenidad». Como un semanario italiano ha publicado algunas partes de la novela, el periódico añade estas graves palabras: «Los dos cómplices de este asunto (el director y el traductor del semanario) harían bien en meditar, con todos aque-

llos que están dispuestos a regalar con esas podredumbres, sobre la noción de la libertad cuyo culto termina por convertirse en sacrilegio y cuyo abuso la despoja de toda confianza. La libertad comprendida así no sirve para la elevación de los espíritus, sino para su envilecimiento».

Nada de esto, bien claro y definitivo, influyó sobre los que confiaban en la «pureza del autor».

LA CARTA AL SANTO PADRE

Roger Peyrefitte ha querido apurar el escándalo con la soberbia y ha escrito una carta al Santo Padre, firmada el domingo de Pentecostés, en la que se dicen cosas tan ásperas y denunciadoras del estado de su espíritu como las siguientes: «La «gaffe» del ministerio de Asuntos Exteriores francés me sirvió para escribir «El fin de las Embajadas», después de «Las Embajadas». Yo deseo resistir a los que me incitan a escribir, después de «Las llaves de San Pedro», el «Fin del Vaticano».

Después de atacar en la carta al R. P. Beslay, quien desde Radio Vaticano ha dicho del libro lo que es justo e imperiosamente necesario que se diga, Roger Peyrefitte cierra su carta con estas palabras: «Vuestra Santidad me permitirá implorar su bendición y besarle sus pies sagrados tan devotamente como Vcltaire besó, en una dedicatoria, los de Benoit XVI».

Creo que apenas será preciso decir nada. El menor comentario interrumpirá la diatriba mental, el rubor que invadirá a cualquier hombre de fe al leer unas palabras que van envueltas, bien claramente, en una honda y estúpida falta de respeto.

Pero Roger Peyrefitte queda, a su vez, retratado. Es él a sí mismo, el que se define. En cuanto a sus ideas políticas, bien escondidas tras su capa de católico progresista, se delatan en la diatriba que hace de los Papas. El más innoblemente tratado es Pío X, que resistió al gobierno irreligioso de Francia y se decidió por declarar al comunismo «intrínsecamente perverso».

NORMA Y REALISMO

EN el I Congreso Iberoamericano de Municipios, que en estos días se celebra en Madrid, y ante los ciento cincuenta representantes de los países de Iberoamérica, de Estados Unidos y de la nítida representación española, el Ministro de la Gobernación ha pronunciado un discurso de doctrina orientadora y magistral ante todos los problemas que hoy se insertan en la vida íntima o pública del Municipio.

Con su clara visión de jurista, y aportando en su discurso la experiencia de los años al frente de su Departamento, el Ministro ha pasado revista a las principales cuestiones y puntos que por su naturaleza, por su trascendencia o por su nueva vitalidad operante aparecen como fundamentales o decisivos para la vida municipal de todos los pueblos.

El Municipio, como institución originaria, como elemento básico e integrador de las actividades humanas, como organización natural a la que el hombre—tan pronto nace—pertenece, es, sin duda, la primera entidad social que más de cerca viene participando de toda la complejidad humana en la que el hombre de nuestro tiempo se encuentra necesaria y vitalmente inserto. De aquí la importancia y el interés que este I Congreso Iberoamericano de Municipios reviste. Cuando se estudian soluciones nuevas para la vida de los Municipios, es la misma vida del hombre, del ciudadano, la vida del hombre moderno con toda su problemática, la que se siente como único objetivo de este estudio y de estas soluciones.

El Ministro de la Gobernación ha considerado en su discurso todas las facetas de la vida municipal: desde la nueva concepción de las actividades del Municipio gestionadas en régimen de empresa, en orden a la prestación de servicios y a las formas de explotación económica, hasta el conjunto de problemas que presenta el pequeño Municipio, en el que se arraiga una masa de población con elementos de vida que, «por ser primaria, es irreductible y constantes».

Es difícil hoy, como en tiempos antiguos, considerar al pequeño Municipio con cierta independencia autárquica, como viviendo a expensas de sus exclusivas fuerzas, de sus solas funciones económicas o sociales, cuando el imperativo vital, social o simplemente económico de nuestro tiempo es de signo contrario. «Es difícil que estos pequeños núcleos se basten a sí mismos cuando los

«standards» de vida, en virtud de la tendencia difusiva al disfrute de los bienes sociales, tiende a ponerlos al alcance del mayor número.»

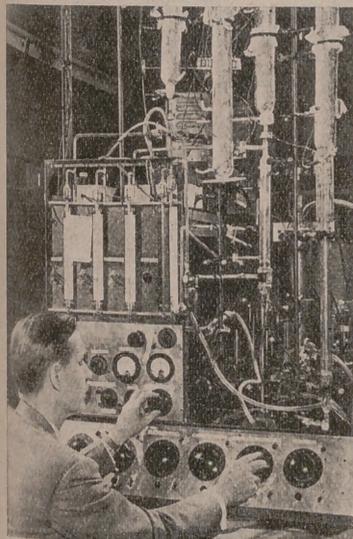
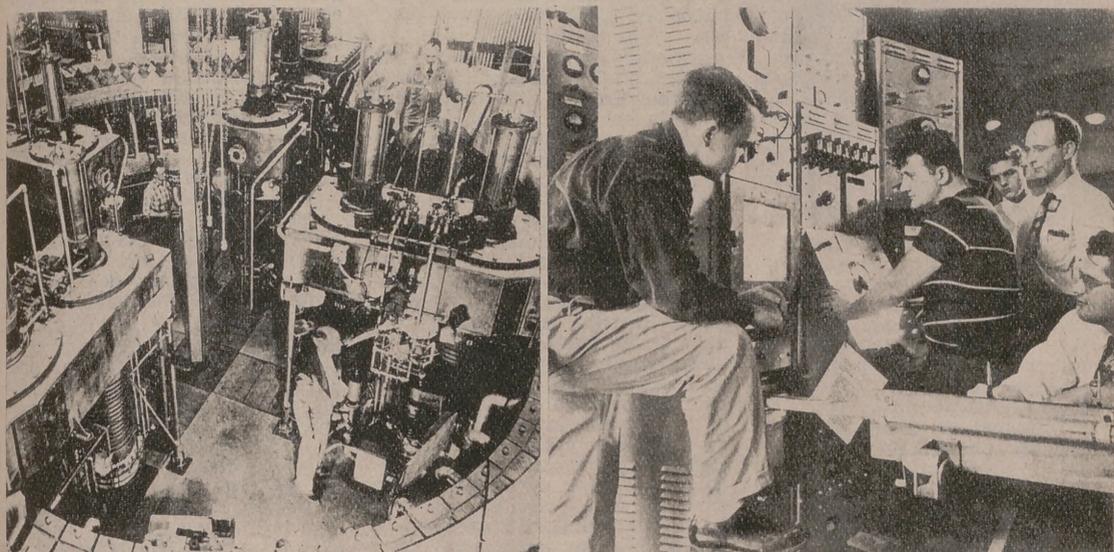
Podría por sí sólo llenar ampliamente las deliberaciones y ponencias de este I Congreso Iberoamericano de Municipios el tema de las concentraciones urbanas, abordado con claridad meridiana, con precisión profunda y con la pericia propia de un docto municipalista, en las palabras del Ministro de la Gobernación. Si hay una característica específica—y necesaria—a las ciudades y a los pueblos de nuestra época, es esta de las grandes concentraciones sobre las que se va articulando el desarrollo de una civilización y la permanencia de una cultura. «No se trata—ha dicho el señor Ministro—de constreñir la expansión de tendencias vitales ni de reducir ortopédicamente el tamaño de las ciudades... Pero si es posible paliar con inteligencia el crecimiento cuando tiende a la deformación.»

El crecimiento de una ciudad responde naturalmente a tendencias de constitución orgánica. Don Blas Pérez González, a la hora de estudiar este problema de las concentraciones urbanas, ha puesto de relieve la única solución viable al referirse a una distribución racional de poblaciones satélites, al fomento de las comunidades de barrio, al establecimiento, mediante diferentes tipos de vida, de la organización de los núcleos en consonancia con la división del trabajo y a una máxima articulación de la ciudad y el campo «combinando elementos que requieren la técnica agronómica y forestal tanto como las del arquitecto y del ingeniero». En última instancia, toda nueva articulación, toda moderna organización o distribución de la ciudad han de quedar subordinadas a conceptos éticos y sociológicos, como patrón ordenador del conjunto.

Después de este estudio, estudio de especialista, el señor Ministro situó con realismo un tema que flota en la misma convocatoria de este Congreso: «La necesidad de acentuar las relaciones entre los países americanos y sus asociaciones, especialmente las de tipo cultural... Estrechar nuestras relaciones, hacerlas densas al cargarlas de sentido y descargarlas de tópicos aparatosos, constituye nuestra mayor y mejor aspiración.»

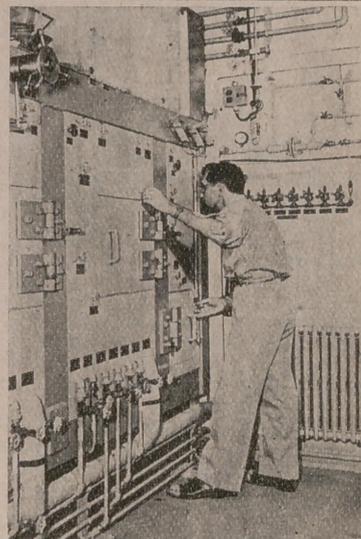
EL ESPAÑOL

20.000.000.000 DE PESETAS TRAS EL ATOMO



LA ENERGIA NUCLEAR AL SERVICIO DE LA PAZ

LA CIUDAD ATOMICA ESPAÑOLA



¿QUE fué Hiroshima? Un trágico, apocalíptico, cohete anunciador de algo nuevo para el hombre. La rotura de un misterio. ¿Acaso el cohete mañanero de una nueva Era histórica? Tal vez.

Hablen unos datos: una línea de un milímetro de longitud contiene 10.000.000 de átomos. En cada átomo, dos partes. un núcleo central, en el que hay protones de carga positiva y neutrones, y envolviendo al núcleo, un «aparazón» de electrones, que son partículas ondas. En el núcleo está la «materia», pero tan pequeñísima, que ocupa la mil-billonésima parte del espacio del átomo. Por esta razón, su densidad es mil billones de veces mayor que el de la materia ordinaria. Es decir, una masa de núcleo atómico del tamaño de una gota de agua pesaría dos millones de toneladas. Así.

Lo dicho es la «materia», aunque materia distinta a la así llamada ordinariamente. Pero, ¿y la energía? En la Tierra todo permanece unido y compacto por la gravitación. En el núcleo atómico, no. Aquí hay unas fuerzas mu-

cho más potentes que la de gravitación. Hay número para explicar la diferencia de potencia entre ambas: la cifra 1 seguida de 37 ceros basta para expresar la supremacía de la fuerza interna del átomo. Aquí, dentro del átomo, es donde la gravitación nada tiene que hacer.

Así que, en verdad, se ha descubierto un nuevo mundo.

CIENTO CINCUENTA TONELADAS METRICAS DE URANIO EQUIVALEN A TODA LA PRODUCCION DE CARBON.

Todo tiene explicación: en los principales países industriales se ha duplicado durante el primer tercio del siglo la cantidad de energía utilizada. Hoy es de 0,50 HP. por persona. Poco. Pero con desigualdad. Un norteamericano consume, por término medio, seis veces más que un habitante de cualquier parte del resto del mundo.

Consecuencias: si el resto del mundo ha de conseguir el nivel actual de los Estados Unidos habrá que multiplicar por seis la cantidad de energía. Es decir, habrían de elevarse a 15.000 mi-

llones los 2.500 millones de toneladas de carbón de la producción anual de nuestro tiempo. No sabemos con exactitud, pero los yacimientos petrolíferos y de gas natural, como también los carboníferos, tienen sus años contados.

Y cabe preguntar: ¿cuántas toneladas de uranio se necesitarían para producir la energía equivalente a la de la combustión de 2.500 millones de toneladas de carbón que hoy se extraen en el mundo? Teóricamente. 150 toneladas de «uranio 235». Como este metal se encuentra en el mineral en la proporción del 1 por 100, la cuenta no es difícil: 15.000 toneladas de mineral habría que sacar de las minas. Pero, en la práctica, aun suponiendo con optimismo que la operación logre un 50 por 100 de eficacia, hay que doblar la cifra: 30.000 toneladas de mineral. Es decir, un tonelaje 80.000 veces inferior que el del carbón actual.

LOS BUSCADORES DEL «NUEVO ORO»

España no es muy afortunada en carbón. Tampoco le ha obsequiado el subsuelo con yacimien-

tos de petróleo. Y sus grandes saltos de agua para la producción de energía eléctrica dependen del juego caprichoso de los elementos atmosféricos, pocas veces generosos. En resumen: escasa energía, térmica o hidroeléctrica.

Fué clara la visión y oportuna la previsión del Estado español: «La trascendencia que los materiales radiactivos, y aquellos otros que puedan ser utilizados para la preparación de sustancias radiactivas, tendrán en el futuro inmediato para la vida industrial y económica de las naciones, aconseja...» Este consejo fué recogido en un decreto-ley de diciembre de 1948.

En octubre de 1952 se constituyó la Junta de Energía Nuclear, con misiones que van desde la prospección minera de los territorios de soberanía nacional hasta proponer la legislación complementaria en relación con la energía nuclear y materias afines. Un instrumento adecuado, que responde al deseo, firme y consciente, de no quedar esta vez atrás.

Así ocurrió que, cuando el Presidente Eisenhower, vuelto de espaldas a Hiroshima, señaló nuevo camino a esta energía, nacida bajo el signo de la tragedia, España contaba ya, tenía en explotación un Coto Minero Nacional. Sola.

Un coto minero no es más que una zona definitivamente reservada para la Junta Nacional porque en sus criaderos se ha obtenido resultado positivo. Hay en España uno, situado en Sierra Morena que está en explotación hace año y medio. El primero, pero no el único. En éste, como en los otros, se ha ido tras el uranio, berilio o circonio, metales que, con el torio, son punto de partida del costoso y delicado proceso de liberación de energía y obtención de isótopos radiactivos.

Ahora que ha variado por completo la estampa. Ni el buscador del «nuevo» oro es el típico zahorí que, con zurrón a cuestas, se tira al monte sin más pertrecho que el azar y la ventura, ni tampoco es igual la fisonomía del núcleo urbano que se concentra no lejos de la bocamina. Un aire de novedad hay en todo. El buscador de uranio lleva, además del zurrón, un contador Geiger; no tiene que excavar ni volver con pedruscos. Sobra, basta con inclinarse un poco, acercar una especie de varilla al suelo, y ésta se encargará de acusar la presencia del mineral registrando las ondas radiactivas.

EL PRIMER COTO MINERO NACIONAL

Ni una, ni dos, ni tres, sino 45 de las 50 provincias españolas, han conocido, han sentido el paso de los equipos de prospección —ingenieros de Minas y geólogos universitarios—, que, con detector alerta, han ido haciendo la radiografía de los terrenos, captando silenciosos los mensajes del metal huido en la Naturaleza.

¿Es nuestro territorio rico en uranio? Es costumbre todavía no sabers, las cifras exactas; pero las exploraciones detalladas de más de 28.000 kilómetros cuadra-

dos, que hoy constituyen el haber de esta contabilidad, insinúan, permiten decir que sí, que no está mal dotado de yacimientos. Hay uranio en cantidad suficiente para garantizar un programa, no corto ni tímido, de reactores. Es más: este mismo año de 1955 se habrá reunido el mineral que pueda necesitar el primer reactor.

¿Dónde? En las provincias de Madrid, de Cáceres, de Badajoz y Córdoba. En esta última, concretamente su zona montañosa, está el primer centro o yacimiento abastecedor. En plena Sierra Morena. No lejos de un poblado, completamente nuevo, residencia de los trabajadores, que, por una carretera de 17 kilómetros de longitud, también de reciente construcción, se une a las poblaciones de la provincia más cercanas. Santa Bárbara de la Sierra es su nombre. Es pueblo es un producto del uranio, pero muy diferente, por sus trazas arquitectónicas, por su urbanización y servicios, de los característicos campamentos, de esa especie de aduar inclemente y provisional. Construido bajo el plan de un arquitecto para dar albergue a 250 familias, no ha nacido casa tras casa en la forma más arbitraria; responde a algo permanente, a una decisión llena de esperanza. Hoy cumple una función. Mañana, no sabemos cuándo, quedará como resto arquitectónico de una empresa auténticamente nacional.

LO QUE CUESTA LA INVESTIGACION NUCLEAR

No menos de 20.000 millones de pesetas tiene el mundo movilizadas, en curso activo, tras el átomo. ¿Quién iba a decir, no más de un siglo, que el misterio de lo pequeño absorbería el seso y el dinero de los hombres? Hubo siglos, los dos últimos, en que la preocupación humana parecía proyectada hacia los espacios infinitos, el cosmos, queriendo seguir las rutas de los astros y penetrar en el misterio de su lejanía. La Astronomía daba grandes zancadas. De pronto, en nuestro siglo, y nosotros somos testigos puesto que todo ha comenzado a partir de la tercera década, se ha quebrado la línea. La línea viene a incidir ahora en el principio de la materia y de la energía.

Pero téngase en cuenta una cosa: buscar ecuaciones económicas en el complejo laberinto del átomo es acercarse a «números-sorpresa». Antes se calificaban de «astronómicas» las cifras descomunales, las rebesantes de toda previsión. ¿A quién se adjetivará de atómico? ¿Qué cifras serán atómicas? Parece que lo atómico se aplica al sentido de velocidad o aniquilación. Pero también es impresionante en el orden de los números.

Nadie sabe, porque no se ha dicho, y ya veremos si se dirá en la próxima reunión interna cional de Ginebra, en agosto próximo, cuánto cuesta la instalación de un reactor con toda su servidumbre. Nadie lo ha dicho. Sólo han revelado los presupuestos globales disponibles, el capital base para cubrir las necesidades de la investigación nuclear: Estados Unidos, el 1,5 por 100 del presupuesto; Alemania, Inglaterra y Rusia, el 1 por 100.

Francia, que en todo quiere seguir siendo «uno de los grandes», ha quedado con quince años de retraso. Poco eran los 8.000.000.000 de francos de su presupuesto de 1944, tan corto y débil que un profesor a esto dedicado ganaba menos que el cobrador de un autobús. En 1955 ha dado vigor económico a su Comisariado de la Energía Atómica.

Hasta ahí. De ahí no se ha pasado en orden a valoración económica. También se sabe que los Estados buscan alianza económica con capitales privados. Suiza, Suecia, Inglaterra... En Suecia, este año invertirán el Estado y empresas privadas 500.000.000 de pesetas. Inglaterra ha creado con Nueva Zelanda una Compañía, con 10.000.000 de libras de capital, para la producción de agua pesada en la lejana isla oceánica.

En España, el Gobierno ha podido ya poner a disposición de la Junta de Energía Nuclear una cifra de pesetas acorde con su misión: 139 millones. Para prospección y minería y para el complejo industrial. Al primer grupo, el 60 por 100; al segundo, el resto. En estos porcentajes queda reflejado el estado actual del proceso de investigación atómica: el grueso de las actividades aun no ha salido de la fase minera, sin que esto signifique falta e importancia de plantas industriales y laboratorios.

LA CIUDAD ATOMICA ESPAÑOLA

No lejos de Madrid, en las inmediaciones de la Minera, reverberan al sol el encajado de puertas y ventanas de la pequeña ciudad atómica española.

Jóvenes de bata blanca —las nuevas generaciones de físicos, químicos e ingenieros— se mueven de un lado a otro, hacen girar con mucho tiento los mandos mecánicos observan probetas y tubos. Hay una lucha de objetos y máquinas por el espacio.

Todo rezuma novedad, el frescor de lo recién brotado. Y sigue el desarrollo. No hace mucho, sólo meses, que se instaló la sección de Metalurgia. Ya funciona la de Química Analítica, en cuyo haber hay más de diez mil análisis de minerales y de manipulados en las plantas industriales. Y la obtención de agua pesada con innovaciones originales. Y la de Física Teórica, que realiza cálculos teóricos de una pila atómica. Y la de Física Experimental. Y la de Física Instrumental, a cuyo cargo está la obtención y suministro de instrumentos. Y, por último la de Física Sanitaria, cuyo cometido es fácil de adivinar: seguir de cerca al personal expuesto a las radiaciones.

Secciones son todas ellas como preliminares de la función definitiva, que es la desintegración del núcleo atómico en un reactor. Falta el reactor. Pero si hay, en las instalaciones situadas a la izquierda del paseo de entrada, aceleradores de partículas.

Tal vez no sobre decir que es un acelerador. Los técnicos conocen ya los medios de producir energía atómica, pero desconocen el mecanismo y la acción de las fuerzas nucleares. Estos fenómenos pueden ser explorados en

partículas de muy alta energía existentes especialmente en la irradiación cósmica. Pues el acelerador es una máquina que tiene por objeto producir artificialmente esa irradiación cósmica bombardeando los núcleos atómicos. Estos rayos cósmicos artificiales en laboratorios son indispensables para una investigación científica sistemática. Son muy caros. Y además exige para su perfeccionamiento una gran movilización de técnicos en muchas materias.

En 1930 construyó el profesor Lawrence la primera máquina aceleradora, llamada «ciclotrón». Energía de la aceleración obtenida: 80.000 electronvoltios. En 1954, en el Laboratorio de Radiaciones de Berkeley (California), el «Bevatron» llegó a los 5.000.000.000 electronvoltios. El electronvoltio es la unidad de energía que se usa en esta clase de máquinas.

En nuestra ciudad atómica hay aceleradores. Uno —proyectado, construido y montado por nuestros técnicos—, de 400.000 electronvoltios. Y otro, adquirido en Cambridge, de 2.000.000. Y un tercero, hoy por hoy probable, que será construido por dos ingenieros de la Junta Nuclear que ahora trabajan en una Universidad de California, bajo la dirección del profesor Gintzon, en el proyecto y construcción de un acelerador lineal de 75.000.000 de electronvoltios.

UN REACTOR: 50 MILLONES DE DOLARES

Las múltiples instalaciones, todas de mucho costo, ha hecho necesaria la cooperación internacional.

Valgan las cifras. Un reactor pequeño cuesta entre uno y cinco millones de pesetas. Uno grande, de 25 a 50 millones.

El uranio se cotiza a unos 1.000 dólares el kilogramo. Pero hay que purificarlo, lo que aumenta varias veces su precio inicial.

Hay que contar con el plutonio como agente productor de neutrones. Cuesta varios millones de pesetas el gramo.

El reactor con el uranio o el torio son los elementos básicos para la producción de energía nuclear. El plutonio no existe en la Naturaleza. Es un producto de la desintegración del «uranio 238». Del pacífico uranio sale el explosivo plutonio. Secretos de la Naturaleza, a cuyas puertas se encuentra la ciencia. El uranio fisible —que puede desintegrarse con liberación de energía— es el «uranio 235». Hay varios uranios, cada uno con su numeración distinta, que es la suma de los protones —materia con carga positiva— y neutrones, pero manteniendo siempre igual el número de protones, que es 92. Y, con ellos, sus propiedades químicas. Lo que varía son los neutrones. Mientras haya 92 protones en un núcleo, ese átomo será uranio. En cuanto varíen éstos hay un cuerpo distinto a la vista. Esto es lo que ocurre en la fisión del núcleo atómico: que al partirse quedan dos grupos con un número distinto de protones. Según el número de protones que cada uno tenga, así será el cuerpo químico resultante. Puede ser bario o

cualquier otro. ¡Lo que buscaban con otros fines los alquimistas de la Edad Media! Todo se realiza en el reactor.

¿CERCA DEL MISTERIO DE LA VIDA?

Ha llegado el momento de exponer las posibles, ya reales en parte, aportaciones de la energía. Esta energía—conviene aclarar—no actúa directamente. La explicación es: en el reactor se produce una explosión nuclear controlada. La energía es absorbida por los materiales circundantes y reaparece en forma de calor. Y este calor, al evaporar el agua refrigerante del reactor, mueve turbinas y engendra electricidad. Esta corriente eléctrica no se distingue, por tanto, en nada de la obtenida por cualquier otro procedimiento.

Hay más, pero en sentido negativo. Todo reactor ha de llevar un aislador eficaz que absorba los neutrones liberados por la fisión y evite que pasen al lugar donde se encuentra el personal. Unos gruesos muros de grafito o de cemento, o de las dos cosas a la vez. Consecuencias: es pura ilusión pensar que un reactor, que ha de pesar varias toneladas, pueda emplearse en mover un coche o un avión.

El ataque de los isótopos al cáncer es la máxima esperanza de la humanidad. Hay ya movilizados algunos. El radiccobalto —de mayor radiación y menor coste que el radio— produce en los extremos de su tubo rayos Gamma. Para el tratamiento del cáncer de piel se utiliza papel secante ordinario embebido de una solución de fosfato radiactivo, que se aplica al tumor mediante un esparadrapo. El oro radiactivo actúa disparando con un diminuto cañón pequeñas bolitas, que quedan en el cáncer hasta destruirlo.

De la misma manera es útil el empleo de isótopos en pequeñas cantidades y de radiación débil, tan débil que no pueda causar daño. A éstos se da el nombre de *trazadores*, porque van revelando su presencia con débil radiación, independientemente de las reacciones químicas en que tomen parte. Sirven, por tanto, para seguir su curso a través del cuerpo humano u otro organismo, pudiendo determinarse los cambios químicos que hayan sufrido. ¿Está cercano el momento de conocer el misterio de la vida?

Los mosquitos, los otros insectos, todos los seres vivos caen bajo control, si se quiere. Hay quien estudia ya las costumbres de los mosquitos cuánto tiempo viven, hasta qué distancia pueden volar y de qué sustancias se nutren. De la misma manera está al alcance del hombre la observación de las aves, sus hábitos y migraciones. Isótopos y un contador Geiger.

Unas compañías se han valido de estas radiaciones para controlar el curso del petróleo a través de las tuberías.

Se ha conseguido buena información sobre las relaciones del fósforo y la planta. He aquí una conclusión de los suecos: el fosfato existente en un abono es absorbido por las raíces al mo-



El señor Areilza con el jefe de la Energía Atómica, mister Lewis L. Strauss y el subsecretario de Estado Herbert Hoover Jr. después de la firma del acuerdo sobre Energía Atómica entre España y Estados Unidos

mento de esparcirse en el suelo. Los norteamericanos han descubierto: el maíz, la remolacha, el tabaco y el algodón absorben el fosfato de los abonos solamente en su primera etapa de crecimiento.

Hace días que España firmó un Acuerdo de Cooperación Atómica con Estados Unidos. Estipulaciones: España recibirá en préstamo la cantidad necesaria de material desintegrable, a base de uranio enriquecido—U-235—, hasta un límite de seis kilogramos, que será aplicado como combustible a un reactor tipo «Swimming pool», capaz de producir una fuerza aproximada de 900 kilovatios. Entrega de diseños e información relativos a la construcción del reactor experimental. Intercambio de especialistas y técnicos.

Compromiso del Gobierno español: medidas de seguridad necesarias a la construcción y funcionamiento de los laboratorios atómicos, y que ningún material que reciba del Gobierno americano sea empleado para fines militares.

¿Qué representa esto? Una libra de carbón produce un kilovatio-hora, y una libra de combustible atómico puede generar 2.500.000 kilovatios-hora. Es decir, equivale a 1.250 toneladas de carbón.

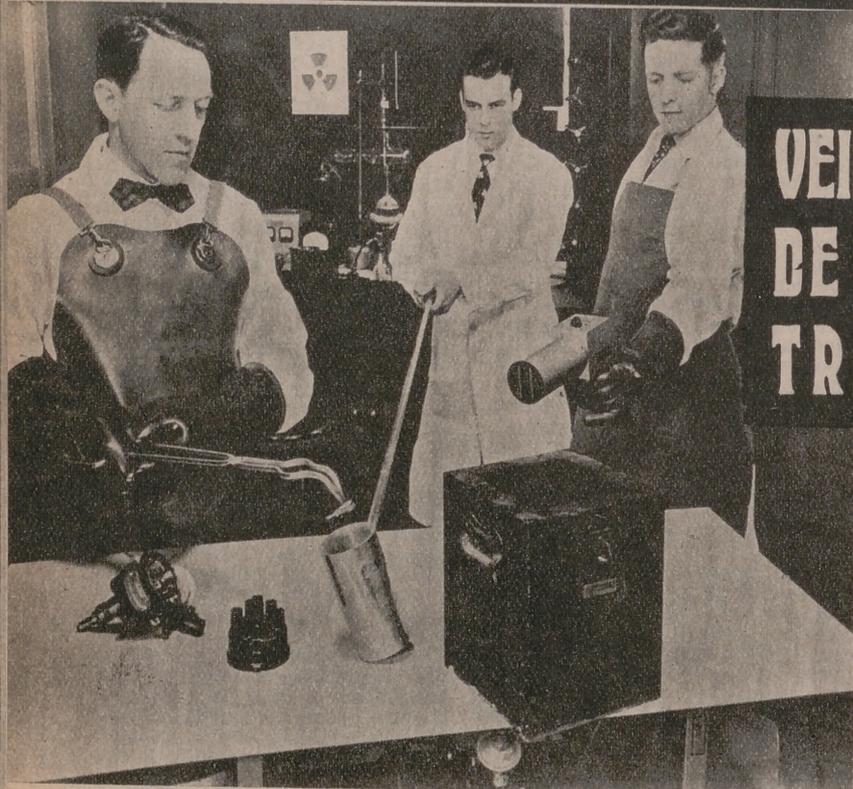
Hay cuatro factores que estrañulan la industrialización del país, meta a que se dirige el nuevo Estado. A los cuatro al canzaría la energía nuclear. A la industria siderúrgica, haciendo viable el empleo sistemático del horno eléctrico, con el consiguiente ahorro de carbón. A la industria del cemento, logrando altas temperaturas, incluso con el calor directo del reactor nuclear. Hay también ahorro de carbón. Y, por último, al binomio cobre-aluminio—este último el metal del porvenir—, haciendo posible la concentración, la integración de las dos fases de esta industria, que es una de las que más electricidad consumen. Valgan cifras: en la segunda fase de su producción consume alrededor de 18.000 kilovatios-hora por tonelada corta de aluminio producido, es decir, que la electricidad representa un porcentaje que oscila entre el 18 y el 40 por 100 del total. Esto ha motivado una doble localización de la industria: una, cerca del punto de origen de la bauxita, y otra, en lugares de electricidad barata. Bastaría sólo la concentración.

España, sin petróleo y no sobrada de carbón, ha de mirar con esperanza la experiencia nuclear. Lo demás vendrá por añadidura.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



**VEINTE MIL MILLONES
DE PESETAS
TRAS EL ATOMO**

**LA ENERGIA NUCLEAR
AL SERVICIO
DE LA HUMANIDAD**

LA CIUDAD ATOMICA ESPAÑOLA TRABAJA PARA LA PAZ



Para trabajar a los centros atómicos, los especialistas han de operar con aparatos adecuados

